

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16.

NÚM. 183.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MARZO 1904

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
MINISTERIO DE CULTURA

LA PRINCESA TARAKANOFF

(NOVELA)

PRIMERA PARTE

VIII

Yo estaba aterrado. ¿Pensaba, en efecto, el conde hacer traición á la emperatriz? Pero no; esto era imposible por parte de un patriota probado, de un héroe célebre, de un primer oficial de Catalina. Sin embargo, ¿qué significaba entonces aquel mensaje? Atormentándome la mente en vano, tomé el partido de sondear al conde acerca de sus proyectos. Al mismo tiempo, corría el rumor de que acababa de ser llamado y que iba á ser reemplazado en el mando de la flota del Mediterráneo.

—Perdonadme, excelencia—me atreví á decir tímidamente;—pero como me marcho mañana á Roma con un mensaje de una naturaleza sumamente especial, permitidme que os pregunte lo que sucederá si la pretendiente acepta vuestra invitación y viene á Bolonia.

—¡Ah, astuto pajarraco de mar!—exclamó el conde riendo.—Todos los marinos estáis cortados por el mismo patrón; sería preciso abrir nuestro corazón y ponerlo ante vuestros ojos; por desgracia, nosotros los diplomáticos no gustamos de charlar. Espera un poco; ya lo verá el que viva. Has de saber solamente, y tenlo bien entendido, que soy y seré siempre el devotísimo súbdito de nuestra emperatriz Catalina Alekseievna.

—Concededme, excelencia, un generoso perdón por mis importunas preguntas—repliqué;—pero mi mensaje no se refiere á cosas de marina; afecta á la diplomacia, y yo no me he dedicado nunca á ella; lo que me preocupa es el temor de que la pretendiente proclame abiertamente sus derechos al trono.

—Eso es lo que me inquieta á mí también... Tal vez sea ella, en efecto, un vástago imperial de la sangre de nuestra madre Isabel Petrovna. Hay que estar dispuesto á todo. Por de pronto, trata de acudir en su ayuda, aportándole dinero de que carece. Tus servicios no serán olvidados, y ¿quién sabe? tal vez algún día nos lo agradecerá la misma Catalina... Quizá su corazón, á veces de piedra, experimentará compasión por la desgraciada, y las circunstancias harán lo demás.

El conde, pensé yo entonces, no hará traición á la emperatriz; por el contrario, quiere, sin duda, disuadir á la pretendiente de sus proyectos, y convencerla de la locura de toda tentativa sobre el trono de Rusia. Así fué que me puse en camino para Roma con verdadero celo.

Era en los primeros días de Febrero de 1775. Al llegar á la Ciudad Eterna encontré al mensajero del conde, un teniente de navío como yo. Decían que era griego; pero á mí me parecía más bien medio judío y medio alemán. Se llamaba Ivan Moisievitich Chrystenieck. Hable con él del asunto común que nos reunía: Chrystenieck tenía una perpetua sonrisa y melosas palabras; pero sus ojos hipócritas desmentían lo que decía, no se sabía á punto fijo si con su expresión malévola os pedían vuestra alma ó vuestra bolsa.

Me dijo que la princesa ocupaba en el Campo de Marte el piso bajo de la *villa* Juani, y que vivía aislada bajo un falso nombre, en una gran penuria; tenía que pagar 50 sequinos por el alquiler de su vivienda, no disponía más que de tres criados, no recibía á nadie, salvo un padre jesuíta y un médico, y no salía sino para ir á la iglesia. Chrystenieck, disfrazado de mendigo, había rondado por los alrededores de la *villa*, pero no había podido lograr el ser admitido en ella. Me llevó al

Campo de Marte. La *villa* Juani estaba aislada en medio de un vasto parque. Me acerqué á la puerta cochera, y dí tres golpes tímidos. En una ventanita, á la que hacía marco una vid silvestre, apareció la doncella de la princesa Tarakanoff, Francisca Mecheda, hija de un capitán prusiano; detrás de ella percibí la figura del fiel secretario Tcharnomsky.

—¿Qué desea usted?—preguntó con acento de desconfianza.

Apenas le reconocí. Su elegancia, su actitud insolente y altiva de otro tiempo, habían desaparecido. Sus cabellos no estaban ya rizados; en su rostro no había ya afeites, y su traje estaba usado.

—Vengo de parte del conde Orloff.

—¿Tiene usted una carta?—preguntó él con acento breve.

—Espero, de todos modos, que podré entregarla personalmente á la princesa.

—¿Trae usted una carta?—repitió el secretario, volviendo en él su arrogancia.

Comprendí que era inútil insistir y le entregué un paquete sellado. Cogió la carta, leyó ávidamente la dirección, escrita en alemán, y se precipitó sin decir palabra al interior de la *villa*. Transcurrieron dos ó tres minutos; después la puerta se abrió de par en par ante mí.

—Perdone usted, se lo ruego—me dijo Tcharnomsky inclinándose;—no le había reconocido á usted á causa de su uniforme. Entre usted: la princesa le espera. Es usted un visitante deseado.

La pretendiente me recibió en una salita cuya ventana daba á un gran jardín. No se veían allí, como en Ragusa, tapicerías de damasco, muebles forrados de seda, ni señales de aquel lujo tan reciente todavía. La pretendida princesa de todas las Rusias, Isabel Tarakanoff, la princesa de Wladimir, la señora de Azoff, la princesa Pinneberg, la seductora del poderoso y caprichoso shah de Persia y de los príncipes de la sangre de Alemania, estaba allí, reclinada en un modesto sofá

de cuero, con una manteleta de terciopelo azul sobre los hombros, calzados sus piecitos con unas zapatillas de abrigo. La habitación era fría y húmeda. Un moribundo fuego arrojaba en la chimenea vacilantes resplandores. La princesa me pareció envejecida. Pero, á pesar de sus facciones enflaquecidas, de sus mejillas pálidas y hundidas con placas rojas, de sus descoloridos labios, estaba siempre bella. Pareció alegrarse de volverme á ver, y sonrió mirándome con benevolencia; pero ya no era la despreocupada sonrisa que entreabría sus labios rojos en Ragusa: ahora tenía el aire de una corza asustada y casi mortalmente herida que ha escapado de la feroz jauría, pero que siente su fin próximo.

—Sea usted bienvenido. ¡Por fin le veo á usted! Me trae usted la respuesta tan impacientemente esperada del conde de Orloff. La he leído, y le doy á usted las gracias con todo mi corazón. ¿Qué más me tiene usted que decir?

—El conde Orloff es vuestro devoto servidor y vuestro muy humilde esclavo—dije, repitiendo lentamente las palabras de que él se había servido;—está en absoluto á vuestro servicio, y se prosterna á vuestros pies.

La princesa se levantó á medias, y arreglándose las ondas de su magnífica cabellera, me tendió su mano, que besé respetuosamente.

—Todo el mundo me ha abandonado—dijo ella con voz triste y vibrante, tosiendo febrilmente y llevándose su pañuelo á los labios;—además, estoy enferma. Pero mi enfermedad es lo que menos me preocupa; lo más grave es que mis recursos están agotados: estoy sin ningún medio de vida. El príncipe Radziwill y los demás magnates polacos, los franceses, que me habían prometido su apoyo, todos me han desamparado, todos han desaparecido como por encanto. Y todo esto ha ocurrido inopinadamente, en cuanto el ejército de usted ha estipulado un armisticio con los turcos. ¡Oh! algún día me vengaré de todas esas gentes. Por ahora me encuentro sin nada; no tengo con qué pagar al médico ni las medicinas, ni con

qué comprar provisiones; los acreedores me asedian, la policía me amenaza y mis enemigos me persiguen. Esto es atroz, es para volverse loca... y nadie para salvarme...

Se calló, presa de un acceso de tos seca; después fijó en mí una mirada llena de ansiedad; en sus ojos no había ya ni señales de aquella audacia salvaje, de aquella fe en sí misma, de aquella orgullosa confianza que me asombraran en nuestra primera entrevista.

—Señora—dije profundamente conmovido, — he aquí una letra de cambio que el conde Orloff me encargó entregaros. Su excelencia no me dijo á qué suma se eleva; pero os ruega que la aceptéis de buen grado, como débil muestra de su abnegación.

Y diciendo esto, tendí á la princesa un pliego sellado con las armas del conde, y conteniendo valores pagaderos en casa del banquero Jenkius. La princesa rompió precipitadamente el sobre, pasó una mano por sus deslumbrados ojos, me dirigió una mirada indefinible, volvió á toser, y por fin exclamó con voz ahogada por la emoción, estrechando el papel contra su pecho anheloso:

—¡Cómo! ¿es esto posible? ¿no es un sueño? ¿no es una broma?

—Un hombre tan célebre, tan eminente como su excelencia el conde Orloff, no tiene la costumbre de bromear en esta clase de asuntos.

La princesa, olvidándose de su padecimiento, se puso en pie, dió palmadas como una criatura, y riendo y llorando á la vez, se precipitó á la habitación inmediata. Oí palabras entrecortadas por sollozos nerviosos: «¡Crédito ilimitado!» Después, un ir y venir de criados consternados é inquietos, sin saber qué hacer para calmar la crisis; por fin, apareció Tcharnomsky pálido y convulso.

—Gracias en nombre de la princesa — me dijo, estrechándome fuertemente la mano. — En estos momentos, desesperadamente críticos, usted solo aporta un socorro, solamente us-

ted no ha faltado á su promesa. Esos ingratos polacos han seducido á la pobre princesa, y la han abandonado cobardemente en los momentos de más inminente peligro, después de haberla entretenido con promesas y esperanzas insensatas. El conde la invita á ir á Bolonia. ¿Accederá ella? no lo sé todavía; pero, sin embargo, es probable. Emprendedora y audaz hasta la locura, no retrocede ante ningún peligro desde que se trata de su causa.

—¿Puedo dar parte de las palabras de usted al conde Orloff?

—Espere algunos días. Usted conoce su situación y sabe que está enferma—respondió Tcharnomsky.—Iré á ver á usted con objeto de llevarle su respuesta definitiva; hasta entonces, se lo ruego, sírvase guardar todo esto en el mayor misterio; va en ello la seguridad de la princesa.

—Hay, sin embargo, aquí, por lo que he oído decir, algunos rusos que tienen acceso con ella y que podrían perjudicarla. ¿Quiénes son?

Tcharnomsky se turbó, y contestó evasivamente que no sabía nada.

Picado por esta falta de confianza, me retiré. Pasaron algunos días, durante los cuales no tuve ninguna noticia de la princesa. Desde un hotel próximo espiaba con Chyrsteneck lo que ocurriese en la *villa* Juani. Durante los primeros días, la *villa* estuvo tan silenciosa y tan desierta como anteriormente. No vimos más que al médico y á una mujer con un velo negro que tenía aspecto de religiosa y permanecía siempre mucho tiempo con la princesa. Al fin, una tarde un criado llevó un coche con las cortinillas echadas, y la princesa, vacilante, con su manteleta de terciopelo azul, apareció en el umbral.—Procuraremos saber á dónde va—dije á Chyrsteneck.

El coche tomó por callejuelas desiertas, por pasajes estrechos y sombríos, y se detuvo en el Corso, ante las oficinas del banquero Jenkius. Transcurrió otra semana. Tcharnomsky tardaba en devolverme la visita prometida, y yo estaba molesto

y preocupado. Por añadidura, Chrystenieck, que observaba cada paso de la princesa, me dijo un día con acritud que probablemente se burlaban de nosotros, y que aquella pretendiente no pensaba ni por asomo en emprender el viaje á Bolonia.

La princesa pagó sus deudas, y la desierta *villa* se transformó como por milagro. Día y noche había carruajes estacionados ante la puerta. La princesa tomó posesión de los pisos de la *villa*. Amuebló las habitaciones, tuvo coches, elegantes libreas, caballos de silla. Recorría las galerías, los museos, daba bailes suntuosos.

Roma, en aquellos momentos, estaba muy animada: era la época del Cónclave que debía dar sucesor á Clemente XIV. Los salones de la princesa se vieron frecuentados por los más nobles señores, por los artistas, los poetas, los escritores más célebres, y por el alto clero. La desconocida del velo negro había desaparecido por completo. Un día la vi á poca distancia. Me lanzó una mirada de cólera y de odio, y me pareció oírla murmurar un juramento en ruso; pero no pude distinguir sus facciones al través de su espeso velo, y no vi sino unos cabellos dorados mezclados á hilos de plata. Los sonos del arpa, que la princesa tocaba como artista, me llegaban á intervalos.

Una muchedumbre de mendigos, á los que daba grandes limosnas, asediaba su puerta y saludaba con gritos y aclamaciones la llegada de las ruidosas cabalgatas que iban de excursión por los alrededores de Roma. La princesa se había vuelto á poner fresca y alegre, seductora y llena de confianza en sí misma. Me alegraba de la metamorfosis de aquella mujer, medio niña, ligera y frívola. Pero Chrystenieck me exasperaba con alusiones repetidas á la desconfianza que no podía dejar de inspirar al conde aquella lentitud. Roma hablaba de la bella desconocida, como antes habló Ragusa. Chrystenieck me dijo que el banquero Jenkius había asignado á la princesa, de parte del conde Orloff, diez mil escudos; que la princesa resucitada prodigaba locamente aquel dinero, como si creyera que nunca había de tener fin.

Un día recibí una invitación para una de sus fiestas. La princesa, en medio de sus invitados, se parecía á un sol radiante rodeado de astros luminosos. Ejecutó un número musical en el arpa, y puso en ello tanta alma, que me quedé absorto y conmovido. Al hablarme no hizo ninguna alusión á su partida; pero cuando me despedí de ella, me dijo en secreto:

—Esté usted tranquilo; todo se arreglará de la mejor manera.

Siguiendo los consejos de Chrysteniecek, dos días después la recordé por carta que me debía una respuesta definitiva respecto al viaje á Bolonia. Estuvimos bastante tiempo sin respuesta. Nos perdíamos en conjeturas. Por fin me trajeron un billete firmado por la princesa, en el que me daba una cita en la iglesia de Santa María de los Ángeles.

Declinaba el día; entré en la iglesia, iluminada á medias y perfumada por el incienso. Unas lamparillas ardían ante las imágenes de los santos. Un silencio misterioso reinaba en el desierto templo. Solamente las sombras negras de las estatuas y de las columnas se destacaban en el sombrío fondo de la iglesia. Ante un altar, en una de las naves, había una mujer alta, esbelta, con la cabeza cubierta por una mantilla de terciopelo. Reconocí á la princesa.

—El deseo del bienestar y de la felicidad de mi patria es tan vivo en mí—dijo ella con voz clara y sonora,—que á pesar del riesgo y del peligro que corro tal vez, acepto la invitación del conde Orloff. Antes desconfiaba de él; creo en él ahora. Ya ve usted que cumplo mi palabra. He anunciado á todos mis amigos que estaba resuelta á renunciar al mundo. A usted le diré otra cosa...

Vaciló un instante, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y añadió con voz firme:

—Marcho mañana; voy á reunirme con el conde, ¡suceda lo que quiera! Dígame usted solamente que no me hará usted traición, que no me entregará á mis enemigos...

Me incliné silenciosamente. ¿Qué podía responder yo, el

fiel servidor de la emperatriz Catalina? Cuando alcé los ojos, vi brillar la esperanza en su mirada; vacilación, debilidad, desconfianza, habían desaparecido. Sin saber por qué, me compadecí de aquella mujer, que estaba allí, ante mí, erguida en toda su estatura, valiente y soñando con la lucha y la victoria.

—Hasta pronto, pues... Hasta mañana... que marcharemos.

—Gracias á Dios—me dije aliviado,—el conde la convencerá de la imposibilidad de sus proyectos y cuidará de su porvenir.

Ella me estrechó fuertemente la mano, me miró como si quisiera todavía decirme algo, y me dejó bruscamente. Atravesé la iglesia conmovido y pensativo. De repente, de la pila de mármol se destacó una sombra negra que me cerró el paso. Era la misteriosa desconocida de la *villa Juani*.

—Kontzoff—me dijo en ruso con indignado acento, llevándome detrás de unas columnas,—¿es usted un traidor!...

—¿Cómo se atreve usted á insultarme así? ¿Quién es usted? Si es usted rusa, dígame su nombre—exclamé sublevado ante tan inesperado ataque.

—No tiene usted ningún motivo para preguntarme mi nombre... Se lo repito, es usted un traidor; fragua usted la pérdida de esa desgraciada. Usted es quien la ha infundido la idea de ese viaje maldito... Presiento un lazo, un drama...—murmuraba la desconocida, apretándome la mano convulsivamente. Júreme que no es una intriga, una traición, si no es usted uno de aquellos foragidos que hicieron perecer á un inocente... en Schlüsselburgo...

La relación del sangriento drama de Mirovitch, contado por mi abuela, acudió á mi memoria, y respondí con indulgencia á la desconocida:

—Cálmese; sus prevenciones la llevan demasiado lejos; crea usted que soy un hombre honrado, un oficial de marina, y que no cumplo sino con mi deber transmitiendo el mensaje

confiado por mi jefe; estoy persuadido de que no sucederá nada enojoso á la princesa Tarakanoff.

La desconocida me señaló con el dedo una imagen de Nuestra Señora de los Dolores.

—Júreme por ella que cuanto me dice usted es cierto.

—Lo juro... La princesa no corre ningún peligro fiándose del conde—murmuré vacilante, abrumado.

La desconocida soltó mi mano y salió lentamente, mientras yo la seguía con los ojos, tratando de explicarme su abnegación hacia la pretendiente.

IX

Era el 12 de Febrero. Hacía buen tiempo, pero frío. La princesa se instaló con su comitiva y sus criados en varios carruajes. En la puerta de la iglesia de San Carlos distribuyó una abundante limosna entre los pobres; después, escoltada por señores y artistas, y entre el ruido de las aclamaciones de la multitud, salió de Roma. En la puerta de la ciudad se inscribió bajo el nombre de condesa Seliuska y tomó la dirección de Florencia. Yo iba de vanguardia y Chrysteniek la seguía.

El 16, la princesa Tarakanoff llegaba á Bolonia, pero el conde no estaba allí. La esperaba en su palacio de Pisa, más aislado que el de Bolonia. Se quedó asombrado del tren y de la numerosa comitiva de la princesa; la recibió muy humilde y respetuosamente; la instaló no lejos de él, rodeándola de comodidad y lujo, tratándola como soberana, y permaneciendo de pie ante ella.

Sucedieron cosas extrañas. ¿De qué hablaba el conde con la princesa? ¿Cuáles fueron sus negociaciones con ella? Nadie podía saberlo. Pero todo el mundo adivinó que se trataba de una intriga amorosa. La princesa no tardó en ir á habitar en el palacio mismo del conde; su acompañamiento y sus criados se alojaron en las casas próximas.

Desde la llegada de la princesa, Chrystenieck trató de ponerse delante, atribuyéndose el buen resultado de la misión. Pero yo me cuidaba poco de él, porque le despreciaba demasiado, y, en suma, el conde no dejaba de saber que á mí sobre todo era debida la determinación de la princesa.

Corrió el rumor de que él la había regalado, entre otras cosas preciosas, un medallón con su retrato en miniatura pintado sobre marfil, y que había roto con su amante favorita, la mujer del rico David Koovitch Davidoff, *née* Orloff. No había ya duda, la nueva encantadora había domado el corazón del gigante. El león se había enamorado de una falena. Cegado por los encantos de la dama, no se tomaba el trabajo de ocultar su pasión. Se presentaba en todas partes con ella, en los paseos, en la Ópera, y la acompañaba hasta á la iglesia.

La princesa me llamó un día. Estuvo sumamente simpática y bondadosa, y me despidió repitiéndome que yo solo la inspiraba confianza plena. También el conde se mostraba benévolo y cordial conmigo.

Chrystenieck, celoso del crédito de que yo gozaba cerca del conde y de la princesa, empleó diversos procedimientos para sacar partido de las circunstancias. Se quejó varias veces de la afrenta que le había inferido en Roma la princesa Tarakanoff al negarse á recibirle, á él, á Chrystenieck, el fiel mensajero del conde. La princesa, queriendo reparar aquel pretendido insulto, obtuvo para él un diploma de coronel. En cuanto á mí, no se pensó en nada; pero yo soporté aquella injusticia con bastante indiferencia, gozando de la confianza del conde y de la princesa.

—Kontzoff—me dijo un día el conde,—á ti te competen el honor y la gloria de haberme proporcionado el medio de ser útil á una persona tan distinguida. Es preciso asegurarla un porvenir estable y tranquilo. ¡Qué encantos los suyos! ¡qué ingenio! ¡qué inteligencia tan extraordinaria! ¡qué maneras tan seductoras! Te confesaré francamente que casi siento deseos de romper con mi vida de soltero.

—¿Así está vuecencia?

—Sí, pero ella se obstina en oponerse al más ardiente de mis deseos, y me repite siempre: No consentiré sino cuando esté en mi puesto...

—¿Qué puesto es ese, excelencia?—pregunté intrigado.

—Rusia, el día en que la emperatriz Catalina no se oponga á sus derechos.

—¿Sucederá eso algún día?

El conde se calló un momento, como reflexionando.

—Tal vez... pero temo aquí por ella, sobre todo á esos polacos y á esos jesuítas que rondan continuamente á nuestro alrededor y espían cada uno de sus pasos. Temo la bala ó el estilete de un asesino pagado por ellos en cualquier lugar solitario.

Leíase la angustia, la ansiedad en los ojos del conde; la pasión y el amor convulsionaban su rostro pálido y parecían vibrar hasta en su voz.

El conde no salía apenas de las habitaciones de la princesa.

—¡Ah! ¡qué desgracia que sea tan obstinada!—exclamó de nuevo haciendo que me acercara;—por más que razono y argumento no quiere darse á partido. Todo se estrella y se quiebra contra su voluntad. Si alguno, ganando su confianza, pudiera determinarla...

—¿Determinarla á qué, excelencia, si no soy indiscreto?

—A un matrimonio secreto y á la fuga después...

—¿Con quién?—insistí yo todavía.

—Conmigo—fué su réplica breve y precisa.

—¿Cómo podría ser una fuga con vos, excelencia? ¿Y á dónde huir?

—¿A dónde? poco me importa; al fin del mundo si fuera preciso.

Al pronunciar aquellas palabras apasionadas, el atleta, el héroe, permanecía ante mí avergonzado y tímido, con los ojos bajos, como un adolescente. ¿Qué tenía yo que responder? Renové en mí mismo el juramento de permanecerle fiel y abnegado en cualesquiera circunstancias. ¿No se trataba

acaso de un matrimonio? ¿Qué había de malo en ello?—me dije para tranquilizar mi conciencia.—Casándose con la princesa Tarakanoff, ¿no prestaría indirectamente un servicio al Estado el conde Orloff, al hacer de temida pretendiente una simple condesa?

X

Interrumpo esta narración y vuelvo á la realidad, ¡á nuestra fragata á punto de zozobrar! ¡Dios!... Deshecha por la tempestad, el *Aguila del Norte* es arrastrada desde hace cinco días y cinco noches por una corriente irresistible. ¿En dónde estamos? No sabemos nada. Nuestros cálculos nos engañan. Hoy al amanecer nos encontrábamos lejos de España, cerca de costas rocosas y salvajes que nos parecían ser las de Africa. Recurrimos en vano á las señales.

Un escollo... y sucumbiremos... Irene, amada del alma, adorada traidora, ¡ojalá pudieras ver los sufrimientos, las angustias y las agonías del alma condenada por ti á errar sin tregua ni descanso por el destierro, muy lejos, por extranjeras tierras!... Negra noche... silencio sombrío... Encuéntrome otra vez en mi camarote... ¡Señor todopoderoso, dignate confortarme; concédeme todavía los pocos días necesarios para terminar mi relato!... Sin fuerzas ya por el cansancio, pasajeros y tripulantes se han dormido. Solamente yo velo todavía... Me aproximo al sangriento desenlace de la intriga..., de la prueba más ruda de mi vida, de la que motiva esta confesión.

Tal vez algún día estas hojas sueltas, estos pensamientos lanzados febrilmente sobre el papel, caerán en manos de la mujer que es causa de mi desgracia, de mi destierro y de aquella intriga de la que fui el inconsciente instrumento, y que es objeto de mis eternos remordimientos.

.....

El conde volvió á Bolonia con la princesa. Un día ella me mandó á llamar; como de costumbre, me acogió cordialmente. Las rosetas de sus mejillas y el enfermizo brillo de sus ojos me impresionaron penosamente.

—Señor teniente, tengo que comunicarle una noticia importante—me dijo ella, mirando á su alrededor con inquietud y bajando la voz.

—Hablad sin temor, señora, y esté segura vuestra alteza de mi leal adhesión.

—¿Sabe usted que el conde se marcha mañana á Livornia?

—He oído decirlo.

—Ha habido, según parece, algunas riñas entre los marineros rusos y los ingleses, y el conde ha sido llamado por el cónsul inglés Dick para calmar los ánimos.

—Es un asunto sin consecuencias; todo se arreglará en seguida; el conde no tardará en estar de vuelta—dije, esperando tranquilizarla.

—El conde quiere á toda costa que le acompañe... Si no consiento en ello, si no voy con él, ¿qué piensa usted que ocurrirá? ¿Me abandonará como lo hicieron los otros? Si se marcha sin mí, ¿será tal vez una separación eterna?

—¿Qué estáis diciendo, princesa? ¿Una separación?... Pero puesto que ese viaje es un viaje de recreo, ¿por qué vaciláis? El tiempo es delicioso: ¿no os seduce ese viaje con el conde?

—Sí, me tienta mucho —respondió ella pensativa;—tengo muchos deseos de ver Livornia, el mar, y sobre todo la flota; ¡me ha hablado tanto el conde de esos valientes marinos rusos! pero...

—¿Pero qué, señora? — y para mis adentros añadí: — El conde está herido en el corazón; la ama, y le es duro separarse de ella aunque no sea más que por un día.

—Hay algo que me impide acompañarle—dijo tímidamente la princesa. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, sus labios temblaban, su pensamiento parecía hallarse lejos, lejos. De repente cogió mi mano, y me dijo con voz entrecortada y rápida:

—Escúcheme: usted es un hombre honrado... El conde quiere casarse conmigo... ¿Qué le parece á usted? Hábleme con franqueza, se lo suplico.

—Os felicito, princesa —dije inclinándome; — vuestros encantos, vuestros méritos han encadenado al conde, y no me extraña.

Sus mejillas, de pálidas, se pusieron lívidas; sus facciones, contraídas, convulsionadas; una angustia, una ansiedad mortales.

—Dígame, se lo suplico en nombre de todo lo que le sea sagrado: ¿no me engañará él también?

En mi confianza ingenua y ciega, no preveía ningún peligro.

—¿Por qué tenéis tan funestos presentimientos? ¿De dónde os acosan esas ideas de peligro y de traición? ¿Engañaros el conde, cuando no piensa más que en vuestra seguridad; cuando no sueña sino con un amor y abnegación sin límites; cuando, para sustraeros á todo peligro, está dispuesto á huir lejos con vos?

— ¿Es verdad que me ama? ¿Me lo jura usted por su madre, por su padre?—me preguntó ella ansiosa y anhelante.

—Lo juro; me lo ha confesado él mismo, arrastrado por la pasión; me ha honrado, á mí, á su pobre y humilde servidor, con su confianza, y hablaba con el corazón en la mano.

La mirada de la princesa se fijó en un crucifijo colgado de una pared; le contempló largo rato silenciosa, recogida; sus pálidos labios se movían como en fervorosa oración. Poco á poco sus facciones se serenaron; la ansiedad y el temor desaparecieron, y sus ojos recobraron su expresión de energía audaz.

—Solamente los valientes triunfan... Mi resolución está tomada; la cuenta está echada... ¡Iré! Sepa usted de todos modos que venderé cara mi libertad—añadió la princesa levantándose, y sus ojos lanzaron un audaz desafío al porvenir.

Aplaudí calurosamente el valor de la joven.

—Una palabra más, Kontzoff. Dígamelo como si hablase usted á Dios: ¿es cierto que el mismo Orloff fué el que hizo subir al trono á Catalina?

—Sí, el mismo; os lo juro una vez más.

—Está bien. ¡Un Cid! ¡un Bayardo! Héros de ese temple no conocen más que el valor; también conocen la grandeza de alma—exclamó la princesa con ardor.

Me retiré con el corazón henchido de alegría; pero á medida que reflexionaba sobre las peripecias rápidas y complicadas de los sucesos, asaltaban mi alma malos presentimientos; el demonio cuchicheaba en mi oído, haciendo revivir tristes recuerdos.

—¿Conoce la princesa ese pasado del conde, no menos célebre que sus victorias, pero manchado con sangre y muertes? ¿esas hazañas negras, tenebrosas, que ninguna gloria es capaz de borrar?

Estos pensamientos me obsesionaron de tal modo, que no pude cerrar los ojos en toda la noche. Me debatía entre sentimientos contradictorios. Ir á decírselo todo á la princesa... ¿pero no era esto hacer traición al conde? ¿y para qué turbar el alma impresionable de la princesa con aquellos terribles recuerdos? Mi conciencia me censuraba mi silencio; mi deber lo exigía... y abrumado, aturdido por aquellas reminiscencias que, como pesadillas sangrientas, surgían ante mí en toda su espantosa realidad, compadecía á la princesa sin saber por qué. No presentía en aquellos instantes fatales que mi compasión, mis inquietudes, estaban ¡ay! harto motivadas. En cuanto fué de día me precipité á la casa del conde, sin decisión tomada. La multitud se agolpaba curiosa ante el palacio. Los coches llegaban. El conde estaba ya sentado con la princesa en un carruaje; en otro se daba tono Chrysteniek; en los demás se acomodaban los acompañantes del conde y de la princesa Tarakanoff.

—¡Ah! ¿ya estás ahí por fin, Kontzoff? No esperábamos más que á ti para ponernos en marcha—exclamó el conde al

verme. Me instalé en el coche ocupado por Chrystenieck.

La mañana estaba espléndida. Fatigado por el insomnio y por las escenas de la víspera, me encontraba sumido en una profunda somnolencia, cuando la voz aguda de mi compañero vino á despertarme bruscamente.

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—¿De qué, si me hace usted el favor de decirlo?

—Pues de este viaje improvisado—respondió el griego.

—No pienso nada, y no me aventuro á prever nada—respondí secamente.

—Pues bien, mañana tendremos una pareja de recién casados—dijo Chrystenieck, y una maliciosa sonrisa se deslizó por sus labios.

—¡Ah! ¿pero dónde se efectuará lo boda, en qué iglesia?

—¿No basta con la capilla de la escuadra? Se casarán á bordo del buque almirante, y eso es lo que la ha decidido á ella á seguir al conde á Livornia.

—¿Así, pues, es una cosa resuelta?—pregunté, prestando cada vez mayor atención al lenguaje medio burlón medio astuto del griego.

—Cosa resuelta, absolutamente resuelta. ¿No observa usted que el conde se consume de impaciencia amorosa? Era al principio increíble, y he aquí que lo imposible se convierte en absoluta realidad.

En Livornia, el comandante de nuestra escuadra, contralmirante Samuel Karlovitch Greig, acudió al encuentro del conde Orloff y de la princesa Tarakanoff; fueron en seguida á casa de Greig y al consulado inglés. El día mismo de su llegada, el conde y la princesa, en compañía de la mujer del almirante y de la del cónsul, hicieron excursiones por los alrededores y por mar, seguidos á todas partes por una multitud bulliciosa. A la noche siguiente, el conde llevó á la princesa á la Opera.

Momentos después de su vuelta al palacio, percibí en los pasillos la figura de otro griego de nuestra flota, un tal Rivas,

ó más bien De Rivas, que se deslizaba misteriosamente á lo largo de la pared, descendiendo precisamente del ala del palacio ocupada por el conde. Era de la raza de Chrystenieck, tan negro y tan astuto. Se les llamaba en la escuadra el moscardón y su hembra. Supe después que De Rivas había sido enviado antes que Chrystenieck y yo á Venecia para tomar informes sobre la pretendiente.

—Hasta mañana, pope, y no te olvides de la casulla...— le dijo riendo el conde desde la ventana, ignorando que yo estaba allí.

La aparición del griego á aquella hora en las habitaciones del conde me dió que reflexionar; me estremecí al escuchar las enigmáticas palabras del conde. Una casulla... ¿para qué?... ¿qué significa todo esto?... Me perdía en conjeturas, apoyado en la columna de mármol, mirando, pensativo, el mar y las flotantes velas de nuestros navíos, de las que surgían luminosas las astas de nuestras banderas.



XI

El 21 de Febrero hizo un día delicioso: sol de primavera, cielo de Italia de un azul oscuro intenso, mar tranquila, hábitos de alegría y de fiesta en el aire. El conde y la princesa almorzaron con algunos amigos de la intimidad en el consulado inglés.

La princesa, vestida con elegancia y riqueza, era el alma de la reunión. No presentaba señales de la enfermedad tan reciente; nada de las angustias y de las ansiedades de la víspera se traslucía en su rostro, animado por una alegría sin cuidados. Bromeaba con los invitados, se paseaba por la sala, ornada de flores, tratada por todo el mundo con marcada deferencia. El conde no descuidaba los menores detalles de atenderla, dándola unas veces el abanico, tomando otras los refrescos de manos de los criados y ofreciéndoselos con tierna solici-

tud. Y ella miraba, complacida, á su alrededor; ¿no tenía humildemente á sus pies á su caballero, el león domado?

—Mire usted á nuestro enamorado—me dijo al oído Chrysteneck;—aun á la sombra de los laureles de Tchesmé, nuestro héroe no deja escapar una victoria.

El almirante Greig, de naturaleza sombría, grave, reconcentrado, parecía algo ensimismado; con los ojos bajos, pensativo y silencioso, no prestaba atención á nadie. A lo lejos se veía el mar y nuestra flota improvisada. Las damas propusieron un paseo por mar.

—¿Cuándo me enseñará usted sus barcos, conde?—dijo la princesa.—En Civita Vecchia organizó usted un simulacro de la batalla de Tchesmé; honró usted á otros: ¿no nos honrará usted, á nuestra vez, con algún espectáculo grandioso?

—A vuestras órdenes, alteza; todo está dispuesto—respondió el conde inclinándose.

Los invitados se encaminaron hacia el mar. Señoras y caballeros bajaron á la playa. El conde, llevando del brazo á la princesa, la murmuraba dulces frases. En la playa, la multitud, al verle con su uniforme de general de color verde oscuro bordado de oro y rojo, gritaba: ¡Viva!, mientras que un murmullo halagador circulaba entre los circunstantes.

La princesa, las señoras de Greig y de Dick se instalaron en una lancha que ostentaba las armas de los príncipes. El conde iba en compañía del almirante y del cónsul.

La escuadra nos recibió con una magnificencia extraordinaria. Por todas partes flotaban las banderas, los oficiales vestían de gala, los marineros estaban subidos en los mástiles y en las vergas. La música del buque almirante se puso á tocar un aire guerrero; resonaron las salvas de artillería y se confundieron en un inmenso ¡hurra! Se esperaba que hubiese maniobras, y se creía que para mayor ilusión se incendiaría algún barco inútil. Numerosas chalupas dejaban la playa y se acercaban al navío *Tres Jerarcas*. Pero no hubo nada.

Solamente los sonos de un cotillón bailado con entusiasmo

por la juventud en la cámara principal, llegaban á los oídos de los curiosos. Momentos después se invitó á las damas á que pasaran á otra cámara. El conde y el almirante las siguieron, discutiendo en voz baja. El almirante, sobre todo, sombrío, reservado é impasible de ordinario, parecía agitado.

—Se van á casar el conde y la princesa—dijo un oficial en voz baja.

—¿Por qué se casan aquí? ¿Qué significa ese matrimonio clandestino y misterioso?—preguntó otro.

—No hay iglesia rusa más cerca; el almirante ha cedido la capilla del navío: éste ha sido el móvil del viaje de la princesa á Livornia.

Varios de los circunstantes bajaron á la cámara, situada bajo el puente, entre los dos astutos griegos, Chrystenieck y De Rivas; éstos cambiaban miradas de inteligencia. No sé por qué, pero las palabras de la víspera pronunciadas por el conde, «pope» y «casulla», acudieron á mi mente y me hicieron estremecer. No se veía un sacerdote entre todos los presentes. Esta circunstancia me dió serias inquietudes. Me mantenía aparte y esperaba el fin con ansiedad.

Los oficiales se paseaban por el puente hablando alegremente y mirando con los anteojos al público de la plaza. Nadie sabía lo que pasaba en la sala. Unos afirmaban que el conde celebraba sus desposorios y que se estaban festejando con brindis; otros aseguraban saber de buena tinta que en aquellos momentos se efectuaba la ceremonia de la bendición nupcial celebrada por Chrystenieck y Rivas, que desempeñaban los papeles de curas: Rivas era pope, Chrystenieck diácono. Pero me adelanto á los acontecimientos.

XII

¡Ah! mi corazón se desgarrá cuando pienso en aquel momento terrible; la pluma se me cae de las manos..., y á cualquiera parte adonde la suerte dirija mis pasos, siempre y en

todas partes, esa hora maldita me turbará como un remordimiento.

El puente se llenó de nuevo de gente; se formaron pequeños grupos. Las chanzas, las risas corrían prontas y alegres por los circunstantes.

La princesa, sentada, apoyada en la pasarela, contemplaba el mar. Me hizo al verme un signo amistoso con la cabeza y me llamó á su lado. Yo la ayudé á ponerse un abrigo.

—Jamás olvidaré lo que ha hecho usted por mí—murmuró ella con una sonrisa radiante, estrechándome la mano.—Ha cumplido usted su palabra; el sueño se realiza, pronto estaré en Rusia, y allí... Sí, ¿por qué no esperar?... Allí aclamarán á una nueva emperatriz, á Isabel II... Este es el siglo de los milagros... ¿Qué fué antes la misma Catalina?

Tales palabras me sorprendieron penosamente. Me callaba, escuchando aquellas divagaciones de mujer ciega.

En el navío *Tres Jerarcas*, las salvas de los cañones repercutieron de nuevo acompañadas por una tempestad de frenéticos hurras. Los tambores batían y la música tocaba una marcha triunfal. La escuadra comenzó las maniobras.

Encantada por aquellas muestras de alegre deferencia de sus futuros súbditos, la princesa seguía con mirada brillante el humo que se elevaba en columnas y los movimientos rítmicos de los buques.

La veo todavía con su manteleta de terciopelo azul, con un sombrero de paja negra y una sombrilla blanca en la mano.

Y á mi vez me puse pensativo. El conde ha encontrado á la compañera de su vida, sabrá dirigirla, hacerla oír la voz de la razón y llevarla después arrepentida á los pies de la emperatriz.

—¡Sus sables, sus armas, señores!—exclamó cortando el aire, con voz vibrante y ruda, el capitán Litwinoff, oficial de la guardia imperial.

Marineros armados invadían el puente. Greig y su mujer, el cónsul Dick y otros, habían desaparecido.

Asombrado y atónito entregué mi sable, á ejemplo de los demás oficiales.

La princesa, al repentino ruido de los aceros entrechocados, se irguió temblando, pálida, terrible. Lo comprendió todo... ¡ay! demasiado tarde.

—¿Qué significa todo esto?—dijo bruscamente.

—Por orden de su majestad, quedáis detenida—respondió el capitán.

—¿La violencia?... ¡Traición!... ¡Ah, desgracia! ¡A mí! ¡Socorro! ¡Ah! ¡nadie!...

Se lanzó hacia adelante y se esforzó en abrirse paso al través de las filas de soldados que empuñaban las armas. Los atezados y sombríos rostros de los marineros la miraban con asombro.

—Silencio, señora—dijo Litwinoff.—Son inútiles vuestros esfuerzos.

—¡Traición, perjurio, abominación!—exclamó la Tarakanoff, furiosa.—¡Conducirse así con una mujer, con una descendiente legítima de vuestros príncipes! ¿Me oís? ¡Apartaos de mi camino!—gritó á los soldados, mudos, pero conmovidos.—¿Y Orloff? ¿Dónde está Orloff?

—El conde está prisionero como vos—dijo de nuevo Litwinoff.

La princesa retrocedió y dió un grito doloroso. Sus apagados ojos me buscaron entre los circunstantes, y en su mirada, llena de censuras y de desesperación, creí leer: «¡Tú eres la causa de mi desgracia, tú eres quien me ha perdido sin remedio!»

Vaciló sin fuerzas y cayó inanimada.

XIII

Los marineros la llevaron á un camarote.

Quebrantado hasta el fondo del alma por todo lo que había pasado, bajé maquinalmente á la cámara. Me encontré con Chrystenieck.

Me miró con sorna.

—¡Ah! ¿está usted asombrado, amigo?

—Sí que lo estoy... Hay motivo para asombrarse.

—Era imposible llegar de otra manera al fin.

—¿Cómo?

—Solamente el cebo del matrimonio podía hacer que esa aventura se confiase al conde.

—Pero ¿á qué ha venido el representar esa comedia de amor?—dije bruscamente.

—¡Oh! ¿hubiera venido de otra manera al barco? Había órdenes de atraparla hábilmente, y las órdenes se han ejecutado, querido colega.

La cámara se llenaba de marinos medio ebrios, alegres y despreocupados, como si no hubiese ocurrido nada, como si se hubieran ya olvidado del drama innoble de que fueron actores.

El vino corría á torrentes, las pipas se encendían, y el ponche espumaba. Y mientras que la alegría degeneraba en embriaguez, allí, en aquella cámara llena de carcajadas, la desgraciada, en su encierro, pensaba en el porvenir sombrío que fatalmente debía conducirla á la muerte... Adiós, esperanza, amor y proyectos atrevidos. La prisión únicamente fué la realización de todo aquello. ¿Pero quién era el culpable? Este pensamiento dominaba el dolorido cerebro de la Tarakanoff.

XIV

Transcurrieron algunos días. Los livorneses, amenazadores, se agrupaban en torno del palacio del conde Orloff. Un batallón de marineros armados daba guardia á la residencia. Embarcaciones sospechosas rondaban por las aguas del buque almirante *Tres Jerarcas*.

Me enviaron varias veces con cartas y paquetes que debía entregar al capitán del barco. Supe después que todo iba dirigido á la princesa.

Un día, al volver á la ciudad, creí oír un débil grito que se confundió con el rumor de las olas. Dí un salto en mi lancha. Había reconocido aquella voz. Dirigí la mirada hacia el *Tres Jerarcas*, y percibí al través de un tragaluz con reja un rostro pálido, de facciones descompuestas, y una mano que agitaba desesperadamente un pañuelo blanco. Agité á mi vez mi pañuelo en respuesta á la prisionera.

¿Fué observada aquella escena desde el navío? ¿llegó el grito á oídos de sus carceleros? no lo sé; el caso fué que el rostro tan triste y tan pálido desapareció para siempre como una visión. Yo, más triste y con el corazón más oprimido, salté á la playa sin apartar la vista del navío.

Corrió el rumor de que nuestra escuadra iba á levar anclas al día siguiente. Me apresuré á ir á tierra para saber si el conde me retenía con él ó me mandaba á Rusia, y me dirigí preocupado hacia la casa en que yo paraba, cuando vi ante mí á una mujer vestida de negro, inmóvil, en el umbral. Reconocí á mi desconocida de la iglesia de Santa María de los Ángeles. Sus vestidos, llenos de polvo y en mal estado, indicaban un viaje largo y reciente.

—¿Me reconoce usted?—dijo con voz amenazadora. Se levantó el velo con rápido ademán. Vi un rostro lívido, unos ojos indignados, unos labios que se estremecían de desprecio. Sus cabellos me parecieron más blancos.

—¿Qué me quiere usted?—la pregunté.

—¡Lo que yo quiero!—exclamó ella con ironía.—¡Ah! es usted un hombre honrado, con sus seguridades, con sus garantías, ¿no es verdad? ¡Ha obrado usted como un hombre de honor!

—Escúcheme antes de condenarme—la dije abrumado.

—¡Traidores! ¡asesinos! la habéis entregado, la habéis vendido, la habéis engañado, la habéis perdido, y tranquilos hoy, creéis que semejante crimen quedará sin castigo... Os engañáis: la venganza está preparada; el desquite vendrá más pronto de lo que creéis...

Y ella se erguía, avanzando amenazadora, fría como una viviente encarnación de la venganza. Yo me encontré instintivamente contra la pared, cerca de una ventana abierta que daba al jardín. Miré, y vi con satisfacción que estaba desierto. El ruido podía atraer á los curiosos y crear dificultades á la desconocida, cuyos propósitos no adivinaba.

—Me dice usted que no tiene la culpa—siguió diciendo ella elevando la voz,—y, sin embargo, ¿no es usted el que determinó á esa desgraciada á que se marchara? ¿No es usted quien salió fiador de su seguridad, quien la convenció de la lealtad de Orloff? ¿No es usted, en fin, quien la afirmaba que era posible su casamiento con el conde, que el amor de éste no tenía límites y que sus promesas eran sagradas? ¿Qué tiene usted que responder á todo esto? ¿Es verdad, sí ó no, que lo ha dicho usted? Discúlpese si se atreve.

—Sí, es cierto; he dicho, asegurado y afirmado todo eso—respondí con voz firme.—Mi excusa está en los juramentos, en la palabra del conde, que creí sincera.

—¡Traidor! ¡bandido! ¡muere! — exclamó la mujer con furor. Levantó una mano. Vi brillar un arma. Me apuntó al corazón. No tuve sino el tiempo de hacerme á un lado. La bala salió, pero sin tocarme. El humo me cegó un segundo. Cogí á la desconocida por el brazo. Ella, con las facciones descompuestas, anhelante, furiosa, forcejeó, logró desasirse, disparó por segunda vez. Pero esta vez también la bala fué á alojarse en la pared. Al ruido de las detonaciones acudieron mis gentes; llamaron precipitadamente á mi puerta. Salí afuera, y dije con afectada calma que al cargar mi pistola se me había disparado. Se retiraron, pero no sin dirigir de soslayo miradas inquietas y desconfiadas.

Volví á entrar, cerrando la puerta. Me acerqué á la desconocida, que con el rostro entre las manos, sollozaba convulsivamente.

—Escúcheme—la dije:—es preciso sepa usted al fin que yo también soy víctima de esa intriga infame; es preciso que sepa

usted que en ese crimen odioso he sido el instrumento inconsciente de Orloff.

Y la relaté el drama en sus más minuciosos detalles. Cuando hube concluído, la desconocida alzó los ojos llenos de indefinible angustia, me miró largo rato, y me dijo con voz triste y entrecortada:

—Jamás me perdonará usted... le pareceré tan criminal... y, sin embargo, si supiera usted todo... si conociera usted mi vida... Ciertamente, mi historia es aún más triste, más dolorosa que la de usted, y en ella está la excusa de mi acto insensato.

Conmovido ante la intensidad de su arrepentimiento y de su dolor, la dije con dulzura:

—Cálmese, quiero olvidarlo todo, la perdono: todo está en manos de Dios; todo se hace por su voluntad.

—¡Oh! ¿es posible un perdón tan generoso? ¡Qué bueno es usted!—exclamó; y esta vez, las lágrimas que brillaban en sus ojos eran de reconocimiento.

—Pero, ahora, cuénteme su historia; dígame todo; no tema que la venda.

—Le creo á usted—respondió ella sencillamente.—¿Ha oído usted pronunciar alguna vez el nombre de Mirovitch? ¿Conoce usted esa historia siniestra? Pues bien: yo soy su mujer, Poliksena Ptchelkyna; yo soy la causa de su conspiración, de sus cadenas, de su terrible suerte.

Si el rayo hubiera caído á mis pies, no me hubiese afectado tanto. La miré con una mezcla de espanto y de confusión. Cogí la mano de Poliksena, aquella mano que había querido matarme, y la estreché calurosamente.

Ella continuó:

—Comprenderá usted que no podía permanecer en Rusia. Durante diez años erré sin techo, sin ayuda, cobijándome en monasterios, unas veces en Volinia, otras en Lituania. Disfrazada de hermana gris, cuidé á los enfermos y á los heridos en los hospitales, en las ambulancias. Hace un año me encontra-

ba al otro lado del Volga, y fuí la primera en saber la existencia de la princesa Tarakanoff, señora de Azoff y princesa de Vladimir. Unos desconocidos me llamaron al lado de ella, atendieron á mis necesidades y me la hicieron conocer en Ragusa; fuí con desconfianza; pero en cuanto la vi, creí en ella. ¡Oh! ¡cuánto deseaba yo su felicidad y su grandeza! En ella sentía renacer mis sueños apagados, mis esperanzas desaparecidas. Velé sobre ella con la solicitud de una madre que á costa de su vida quiere apartar todo peligro de un sér querido. Sufría con su ligereza, con su confianza de niña, y la explicaba tuviese mucho cuidado antes de acercarse á nadie. Yo presentía, veía venir el peligro, con la perspicacia de los sufrimientos experimentados. Describiros el estado de mi alma cuando supe el desenlace del drama, me sería imposible... Perdía una vez más todo, como anteriormente en Schlüsselburgo... Vengarla, vengarle, á él y á ella á toda costa; dar muerte á los asesinos, aunque hubiese de perder mi alma por toda la eternidad: tal es mi firme resolución... Me quedo todavía en Livornia... Esperaré... Tal vez los livorneses arrancarán á la desgraciada de manos de sus carceleros. Yo no sé lo que piensa usted de la Tarakanoff; en cuanto á mí, la fe es hoy tan profunda en mi corazón, que únicamente la muerte podrá arrebatármela.

Diciendo esto, Poliksena me estrechó la mano.

—Adiós, hombre generoso, hombre honrado; ya no los hay en estos tiempos.

Me dejó tambaleándose.

La volví á ver otra vez en la hospedería del Lirio, cerca del convento de las Ursulinas, que la servía de asilo. Esperaba que la Tarakanoff sería libertada en Inglaterra, tal vez en Holanda, en donde debía recalar nuestra escuadra.

—No, será libre... Ha nacido para resucitar la patria, para libertar al pueblo oprimido—me dijo al despedirse.

XV

En la noche del 26 de Febrero nuestra escuadra desplegó al viento sus pabellones, levó anclas é hizo rumbo al Occidente. Chrystenieck partió por el continente con los informes del conde Orloff. Fué á Moscou, en donde la emperatriz estaba con su corte, con motivo de la ejecución de Pongatcheff. El conde salió de Livornia casi al mismo tiempo. La estancia en aquella ciudad le inspiraba serios temores.

Los livorneses, sublevados ante la cobardía del conde para con la Tarakanoff, se mostraban más hostiles cada vez; así que, temiendo el puñal en la calle, el veneno en su casa, el conde no se arriesgaba á salir de su palacio, y se reducía por todo alimento al pan seco y á la leche.

En cuanto á mí, salí de Livornia el último. Recibí orden de embarcarme en el *Águila del Norte* y volver á Rusia. Este barco, construído expresamente para la travesía, estaba encargado de transportar nuestros enfermos, inválidos y heridos, y, además, las riquezas adquiridas por el conde en las poblaciones griegas y turcas, como cuadros, estatuas, bronce y otros objetos de arte ó curiosidades de inmenso valor. Entre aquellos tesoros vi, no sin sorpresa, aquel retrato de Isabel Petrovna, al que se parecía tanto la Tarakanoff, ofrecido sin duda por la princesa en recuerdo de un día de amor.

Los designios de Dios son impenetrables. Nos embarcamos, y el *Aguila del Norte* se hizo á la mar. Pero poco después de haber dejado el puerto, nos vimos sorprendidos por una tempestad terrible. Por mucho tiempo luchamos con fuerzas dobles por el peligro, pero en vano. Desmantelados, con el timón perdido, durante más de una semana fuimos arrastrados hacia el Sudoeste. Al décimo día de esta carrera desenfrenada, la mar se ha calmado un poco. El viento es menos fuerte. Escribo... Pero, ¿se puede esperar algo, cuando el barco, des-

trozado por esta lucha á muerte, flota como un cadáver á merced de las olas?...

Un día más... día de angustia como los otros... La noche llega bajo un cielo de plomo. El viento ruge con mayor furia... el agua sube por diferentes vías. Los marineros, exhaustos, no tienen ya fuerza para dar á las bombas. Disparamos nuestros mosquetes, implorando en vano un socorro... ¡Qué suerte tan triste!... ¡la muerte en un barco medio hundido ya, sin esperanza de salvación, sin las caricias de la amada, lejos de la patria, y, por extraña ironía de la suerte, entre los tesoros de un héroe criminal!...

Expiamos el crimen de Orloff... Las tres de la madrugada... Mi confesión ha terminado... La encierro en una botella y la arrojo al mar... Una palabra más... es mi última voluntad... es preciso que Irene sepa... ¡Dios mío! ¿qué sucede?...

.....

La botella fué encontrada en el mar, conteniendo un cuaderno y una carta escrita en francés.

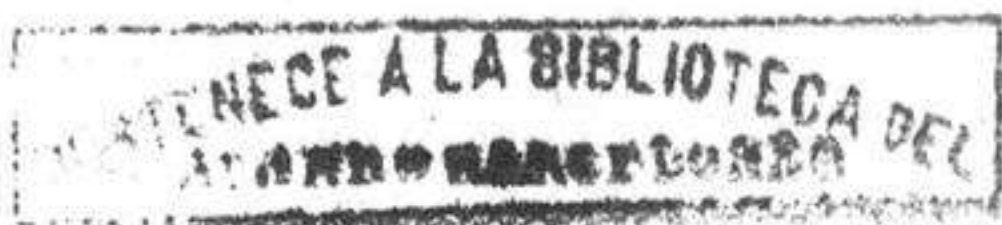
«Se ruega al que se encuentre esta botella que la envíe á Livornia, dirigida á la señora Ptchelkyna; y si no se la encuentra, que la remita á Rusia, á Tcheringoff, para que la haga llegar á manos de la hija de Liev Jeraklievitch Rakitin, Irene Levowna Rakitina.—15-17 Mayo.

PABLO KONTZOFF,
Teniente de la Armada rusa.»

GREGORIO DANILEWSKY

(Concluirá.)

UNA FIEBRE TIFOIDEA



En el tren correo de Petersburgo á Moscou se encontraba, en el compartimento de fumadores, un joven teniente, Klimov. Frente á él estaba sentado un hombre de cierta edad, afeitado, con aspecto de capitán de la Marina mercante—un finlandés acomodado ó un sueco, según todas las apariencias,—que no cesaba de chupar su pipa y de repetir:

—¡Ah! ¿es usted oficial? También yo tengo un hermano oficial. Solamente que es marino... Es marino, y sirve en Cronstadt... ¿Y por qué va usted á Moscou?

—Estoy de guarnición allí.

—¡Ah!... ¿Y es usted casado?

—No; vivo con mi tía y mi hermana.

—Mi hermano también es oficial... marino... Pero está casado. Tiene mujer y tres hijos. Sí.

El finlandés se asombraba de todo, sonreía de una manera idiota, lanzaba sus «¡ah!», y no dejaba de tirar de su apestosa pipa. Klimov, que se sentía mal, respondía con trabajo á sus preguntas y le odiaba con toda su alma. Pensaba lo agradable que sería arrancarle su pipa, tirarla por la ventanilla y echar también á su dueño.

«¡Qué gentes más sucias estos finlandeses... y esos griegos!—pensaba.—Son completamente inútiles; no sirven para nada; ¡qué indecente pueblo! No hacen más que ocupar sitio en la tierra».

Y de pensar en tales individuos, experimentaba náuseas.

Por contraste, quiso pensar en los franceses y en los italianos. Pero la evocación de estos pueblos no consiguió suscitar en él, Dios sabe por qué, sino recuerdos de organillos, de mujeres desnudas y de cromos extranjeros, semejantes á los que en el cuarto de su tía pendían de las paredes, sobre la cómoda.

Realmente, el oficial no se sentía en su estado normal. Sus brazos y sus piernas le pesaban; su boca estaba seca y pastosa; sentía un gran atontamiento en su cabeza. En su malestar, oía como en sueños el ruido de las ruedas, el abrir y cerrar de las portezuelas en las estaciones. Las campanadas que llaman á los viajeros, el silbato del jefe, el apresuramiento de las gentes, repercutían más febriles que de costumbre. El tiempo corría rápido, insensible, y le parecía á Klimov que el tren se detenía á cada minuto en una estación, y que en el andén gritaban unas voces metálicas:

—¿Está pronto el correo?

—¡Pronto!

Le parecía que el encargado de la calefacción de los coches entraba cien veces y miraba el termómetro, que se encontraban incesantemente trenes y se pasaban puentes. El ruido, los silbatos, el humo del tabaco; todo esto, mezclado á visiones amenazadoras de imágenes confusas, de una forma y de un carácter de que no puede acordarse un hombre sano, ocasionaba á Klimov una insoportable pesadilla. Con terrible angustia levantaba su pesada cabeza, miraba la luz y quería pedir agua. Pero su lengua seca apenas podía moverse. Se esforzaba en tumbarse más cómodamente y dormirse, pero era imposible.

En Spírovo bajó para beber agua. Vió á los viajeros que se apresuraban á sentarse á la mesa.

«¿Cómo podrán comer?»—pensó, esforzándose en no sentir el olor de las carnes asadas y no ver las bocas que mascaban. Estas dos cosas le parecían en alto grado repugnantes.

Cuando, después de haber bebido el agua, volvió á su coche, el finlandés continuaba allí fumando.

—¡Ah!—dijo con su habitual asombro.—¿Qué estación es ésta?

—No sé—respondió Klimov, acostándose y apretando los labios para no respirar el acre olor del tabaco.

—¿Y cuándo llegaremos á Tver?

—No sé. Perdóneme... no puedo contestar, me encuentro mal, he cogido un frío hoy.

El finlandés golpeó su pipa en la portezuela y se puso á hablar de su hermano el marino. Klimov no le oía ya, y pensaba, sufriendo, en su blando lecho, confortable; en una jarra de agua helada, en su hermana Katia, que sabía tan bien mecer, arrullar y servir agua gentilmente. Sonrió hasta al acordarse de su asistente Pablo, cuando le quitaba sus pesadas botas y colocaba el agua en la mesilla de noche. Le parecía que le bastaría estar acostado en su cama y beber agua para que todo su malestar cediese á un sueño reparador y profundo.

—¿Está pronto el correo?—preguntó á lo lejos una voz sorda.

—¡Pronto!—respondió una voz de bajo junto á la portezuela.

Era ya la segunda ó tercera estación después de Spírovo. Y le parecía á Klimov que las llamadas, los silbidos, las paradas no cesarían nunca. Desesperado, ocultó su cara en el diván, se cogió la cabeza y volvió á pensar en su hermana Katia y en su asistente Pablo. Pero su hermana y Pablo se confundieron en imágenes nebulosas, giraron y desaparecieron. Su respiración ardiente, repercutida por el respaldo de la banqueta, quemaba la cara de Klimov; sentía escalofríos por la espalda; pero á pesar de sufrir todo esto, no podía decidirse á moverse: una invencible postración, como la que abrumba en una pesadilla, le envolvía poco á poco y paralizaba sus miembros.

Cuando se decidió á levantar la cabeza ya era de día. Los viajeros se ponían sus abrigos y se movían. Klimov se puso

su capote, y siguiendo á los demás viajeros maquinalmente, bajó del coche. Se dirigió á un coche; el cochero le pidió un rublo y cuarto para llevarle á la calle de Povarskaia. Klimov no regateó, y se sentó en el trineo. Comprendía aún la diferencia de las cifras, pero el dinero no tenía para él ningún valor.

Al llegar á su casa, su tía y su hermana, joven de diez y ocho años, salieron á su encuentro. Katia tenía un cuaderno y un lápiz, y él se acordó de que ella estaba preparando el examen de institutriz. Sin responder á las preguntas y á las frases de afecto, se puso á recorrer todos los cuartos, y al llegar junto á su cama cayó sobre la almohada.

Al volver en sí, se vió en el lecho, desnudo; vió un jarro de agua, y á su lado á Pablo. Pero Klimov sentía, como anteriormente, que no podía mover sus brazos y sus piernas, y que su lengua estaba pegada al paladar. Seguía presenciando las escenas del tren. Al lado de su cama estaba un médico gordo, con barba negra.

—No es nada, no es nada, joven—murmuraba el doctor.— Perfectamente, perfectamente. Faya, faya.

El doctor decía faya, en lugar de vaya.

—Faya, faya. Perfectamente, joven. No hay que perder valor.

La elocución rápida, negligente, del doctor, su caraza y su protector «joven» molestaron á Klimov.

—¿Por qué me llama usted joven?—gimió.—¿A qué viene esa familiaridad?

Pero se asustó de su propia voz. Era tan seca, tan débil, tan silbante, que era imposible reconocerla.

—Perfectamente, perfectamente—murmuró el doctor sin ofenderse.—No hay que enfadarse. Faya, faya.

El tiempo en la casa corría tan extrañamente como en el tren. El día sucedía á la noche rápidamente, y á Klimov le parecía que el doctor no se separaba de su cabecera...

Una vez, en pleno día, Klimov vió cerca de su cama al pa-

dre Alejandro, el capellán de su regimiento, revestido. Murmuraba algo con una seriedad tal que Klimov no le había visto nunca.

Por la noche, dos sombras alternaban velándole: eran la tía y la hermana de Klimov.

Durante todo el tiempo de su enfermedad, el teniente estuvo obsesionado por el olor de las carnes asadas y de la pipa del finlandés; pero una vez sintió un olor penetrante de incienso, y sintió tal repugnancia que se puso á gritar:

—¡Llevaos, llevaos el incienso!

No le respondieron. Unicamente oyó que algunos curas cantaban en voz baja.

Cuando Klimov recobró el conocimiento, no había nadie en su cuarto. El sol matinal brillaba en la ventana. Oyó ruido de ruedas, señal de que ya no había nieve en la calle. Le invadió una sensación de felicidad infinita y de alegría animal, semejante á la que hubo de experimentar el primer hombre al ver el mundo. Klimov deseó apasionadamente ver gentes, oír hablar. El mundo de Dios, hasta en un lugar tan pequeño como una alcoba, le parecía variado, magnífico, grandioso. Cuando apareció el doctor, pensó el teniente:

—¡Qué cosa tan hermosa es la Medicina! ¡Qué bueno y simpático es este doctor!

—Perfectamente—murmuró el doctor,—ya estamos curados. Faya, faya, faya.

Klimov escuchaba y reía alegremente. En cuanto se marchó el médico se durmió profundamente. Se despertó con la misma alegría y el mismo sentimiento de bienestar. Su tía estaba sentada junto á la cama.

—Tiíta—exclamó él con alegría,—¿qué he tenido?

—Una fiebre tifoidea.

—¡Ah! pero ahora ya estoy bien, estoy muy bien. ¿Dónde está Katia?

—No está en casa. Sin duda habrá salido... para su examen.

La tía, al decir esto, bajó la cabeza. Sus labios temblaron, y de repente se echó á llorar. Dominada por la desesperación, olvidándose de las recomendaciones del doctor, murmuró:

—¡Ah, Katia, Katia! Ya no tenemos á nuestro ángel, ya no le tenemos.

—¿Dónde está, tía, dónde está?

La tía, que no pensaba ya en Klimov, sino en su pena, dijo:

—Se contagió con tus tifoideas y... murió. La han enterrado antes de ayer.

Esta nueva tan inesperada cayó de golpe sobre Klimov. Pero, como si no hubiera sido ni horrible ni inesperada, no pudo dominar á la alegría animal que invadía al convaleciente teniente. Éste lloraba, sonreía y se quejaba cuando no le daban de comer.

Solamente, al cabo de una semana, cuando ya, sostenido por Pablo, se acercó á la ventana para mirar el cielo primaveral, se angustió su corazón. Se echó á llorar con la frente apoyada en los cristales.

—¡Qué desgraciado soy!—murmuró.—¡Dios mío, qué desgraciado soy!

Y su alegría cedió el lugar á la tristeza diaria y al sentimiento de una pérdida irreparable.

ANTÓN TCHEKOV

LAS ILUSIONES SOBRE EL PROBLEMA SOCIAL

El crítico más inexorable de los sentimientos socialistas ó anárquicos y de los ideales á que tienden, reconocerá en ellos alguna vez esa *cólera del derecho* de que habla Víctor Hugo, y verá casi un resumen del poderío de la revolución social y un rugido enorme de la calentura de los pueblos; llegará hasta á encontrar ahí en ocasiones la expresión de los dolores de la edad presente, la más trabajada por las angustias de la concurrencia individual y de la libre competencia, que abandonan al hombre á sus propias fuerzas y por todo gobierno proclaman el «haz lo que quieras». Y en esos dolores de la edad presente, ¿cabe lícitamente adivinar los dolores de un parto y de una resurrección? ¿Vamos á estar oyendo siempre la agonía y los gemidos de la muerte, sin inquirir por qué tiembla la tierra y se derrumban las rocas y se desgarran el velo del templo? ¿Entonaremos prematuramente el *De profundis* á una sociedad que suponemos muerta, cuando acaso sólo está inmóvil y pronta á despertar?

Tales son las preguntas que, bajo la denominación de problema social, vienen sirviendo de pretexto á socialistas y anarquistas para alborotar al mundo con sus necesidades. Pero no nos engañemos: no es ese problema lo que en realidad les inquieta; su verdadero fin es la extinción total de la sociedad humana. De aquí ese estado de violencia moral en que se cree que sólo una revolución radical puede cambiar de arriba abajo y de improviso el orden ó desorden de cosas establecido. Así

se sustituye el milagro á la evolución, olvidando que las sociedades nacen, crecen y viven de un modo lento, por grados imperceptibles, en serie rigurosa de progreso sucesivo. El espíritu de los pueblos no se muda en algunos años; es obra del tiempo, y hasta que haya cambiado ese espíritu es imposible que se transforme el cuerpo social. En este terreno, lo confieso, fáltame la fe en la eficacia milagrosa de un remedio que de repente todo lo cure.

Lo que se ha dicho á los sansimonianos puede decirse á los socialistas y anarquistas en general. «A pesar de muchas ideas, de muchas miras y de mucha probidad, los sansimonianos se equivocan. Con la moral sola no puede fundarse una religión. Se requiere el culto, el dogma y se requieren misterios. Para lograr que se dé crédito á los misterios se requieren milagros. Haced, pues, milagros. Primeramente, sed profetas, sed dioses si podéis, y en seguida sed sacerdotes si queréis» (1). Pero ¡ah! «el único milagro hecho por el sansimonismo fué el que una antigua cuenta de sastre que Saint-Simón dejó sobre la tierra, se pagase diez años después por sus discípulos. Veo aún al excelente padre Olinde irguiéndose con entusiasmo en la sala Taitbout y enseñando á la asombrada concurrencia la cuenta del sastre ya saldada. Y los tenderos se miraron con la boca abierta, y los sastres comenzaron á creer» (2).

Ya que no milagros, los socialistas y anarquistas han pretendido hacer profecías; pero en ninguna han acertado, como convence la más somera historia de sus sucesivas evoluciones. A comienzos del siglo XIX son derrotados socialistas y anarquistas en la teoría y en la práctica, en las obras de economía por la pluma de los sabios, y en las calles de París por la espada de las tropas del Gobierno... La democracia y el buen sentido europeo siguen trabajando sin nece-

(1) Víctor Hugo, *Ensayos sobre política y literatura*, 13.

(2) Heine, *De l'Allemagne*, I.

sidad de revolucionarios, y van silenciosamente mejorando la situación de las distintas clases... A mediados del siglo XIX se levanta Marx provisto de cuatro conocimientos económicos prendidos con alfileres, y con la voz hueca y retumbante de un oráculo infalible y con fórmulas matemáticas de las más deplorables, pronuncia ante la muchedumbre crédula ó ciega é incapaz de todo juicio sereno, un nuevo Sermón de la Montaña, que puede condensarse en su fórmula favorita: la concentración capitalista progresiva, fórmula según la cual los capitales y las tierras llegarían á encontrarse en un número de poseedores cada vez más restringido... Numerosos discípulos se congregan bajo la palabra del Profeta del colectivismo, distinguiéndose entre ellos el Pablo apóstol, San Engels, y el Pedro papa, San Kropotkine... Infinidad de fieles obreros engrosan las filas de la religión del buen judío alemán... Siéntese un olor fuerte, penetrantes emanaciones de taberna, que impresionan muy desagradablemente á las narices habituadas al perfume del eterno femenino que exhalaba el socialismo sentimental del siglo XVIII... La grey socialista y la grey anárquica se unen íntimamente, una vez convertida la primera en una religión de borrachos... Mientras los de una y otra grey discuten sus pequeñas diferencias y se aunan para enumerar y detestar los defectos del liberalismo económico, el mundo responde con el hecho: continúa marchando... Ligero fruncir de cejas en algún anarquista al ver lo mucho que tarda en cumplirse el vaticinio de Marx... Las leyes naturales siguen su curso: la concurrencia vital, el individualismo social, la libre competencia, equilibran insensiblemente las riquezas y las propiedades en casi todas las naciones... El anarquismo, para dejar de ser socialista, tiene que convertirse en un nihilismo desesperante, apareciendo bajo tal forma entre los rusos á la clara luz del día y absorbiendo la vida más palpitante del corazón de la raza latina... Postrimerías del siglo XIX... Estadísticas de diferentes países hacen ver que el capital y el suelo, lejos de concentrarse, se reparten con extre-

mada rapidez entre un número inmenso de individuos... Marx ruge de vergüenza, y se produce un deshielo de rusos en la literatura nihilista de los pueblos latinos... Cuadro final.

*
* *

Acabo de nombrar á los pueblos latinos, y debo añadir que en ellos ha encontrado el anarquismo su último baluarte, y ellos serán la víctima definitiva y segura de la revolución anárquica. Raza tan formalista, tan dogmática y tan fetichista como la nuestra, no puede menos de acogerse como á una tabla salvadora, en nuestros tiempos, al anarquismo, último sacerdocio, creencia suprema, invencible superstición. Mi pesimismo en este punto es absoluto. Precisamente porque nuestra historia es muy larga y muy agitada, y porque nuestra vida como raza ha llegado casi al agotamiento, es por lo que no existen esperanzas de una renovación social en nuestro porvenir político y económico. Esta renovación necesita una base, y esta base es la virginidad ancestral, idéntica para un país á la virginidad de su suelo. En los climas cálidos hay regiones donde todo es gigantesco, precoz, desproporcionado; donde las flores brotan en una noche, donde un árbol produce una selva. En los organismos nuevos de la sociedad hay también naciones en que basta un pequeño proyecto individual, una buena idea que un hombre comunique á sus amigos, para producir una renovación social. Por este método se han formado las brillantes civilizaciones de Alemania, de Inglaterra, de los Estados Unidos (1). Mas no sucede lo propio con los pueblos

(1) Mis lectores conocerán varias relaciones de sociólogos acerca de esta materia. Citaré aquí una, sacada de otras fuentes, y que demuestra cómo en el régimen individualista se llega á resultados sociales y económicos sorprendentes, sin necesidad de inmoralidad, explotación ni astucia, con toda la honradez posible, unida á una gran dosis de laboriosidad y perseverancia. Dice un diario norteamericano de Austin (Tejas), que había llegado allí un hombre que había construido un ferrocarril de

latinos. He notado que todo su ideal estriba en tener buen gobierno y en que éste sea la causa eficiente de la prosperidad de los individuos. De aquí la fatal tendencia á la protección, reglamentación é intervención gubernamentales. De aquí también las revoluciones continuas, como reacciones naturales contra los abusos é inconvenientes anejos á esa intervención, á esa reglamentación, á esa protección. De aquí, en fin, la apariencia de energía y de entusiasmos populares con que las naciones latinas encubren su debilidad y su descontento. La falsa democracia ha creado en estas naciones dos poderes, el pueblo y el gobierno, á quienes ha concebido como relacionados de una manera verdaderamente monstruosa é injusta. En efecto: ha hecho del gobierno el poder responsable de todos los males sociales, y le ha colocado junto al pueblo tan sólo para ser quien pague todos sus desaciertos, á semejanza de aquel muchacho que pusieron al lado de un príncipe de su edad para que le sirviese de camarada, y á quien azotaban cuando el príncipe no sabía la lección.

Otra cosa he notado: que las naciones moribundas se mues-

600 millas, con un billete de cinco duros tomado en préstamo. Merece relatarse este caso curioso de la perseverancia de un hombre. Salió de Corpus Christi para San Antonio con todo su equipaje, metido en un carro de dos ruedas. Obtuvo la concesión para construir un ferrocarril desde San Antonio hasta Portella de Arkansas. Consiguió con sus propias manos practicar los desmontes en la primera milla. Un vecino le prestó una milla de rails viejos. Compró á crédito en un punto lejano una locomotora, condenada hacía seis años á hierro viejo. Por otro lado, y en la misma forma, compró dos vagones, viejos también. La locomotora y los vagones entraron en San Antonio. Grandes letras pintadas decían S. y A. P. (San Antonio y Arkansas Pass). Uriah Lott, así se llama este hombre emprendedor, hizo con esta milla de camino la red actual, que mide 600 millas. La primera milla se convirtió en tres, con material viejo de la misma especie. Después, sobre la base de las cuatro millas, pudo contratar rails y vagones con una fábrica de Pensilvania, para 10 millas más. Dinero no había ni para los fletes, pero se las arregló. Más tarde, sobre las 14 millas, emitió bonos, con los cuales hizo 40 millas más, y así sucesivamente. ¡Qué ejemplo para los inmundos latinos, siempre clamando protección económica á sus gobiernos!

tran frecuentemente fecundas en el postrero trance de la agonia, como las mujeres tísicas se quedan fácilmente embarazadas en el último período de la enfermedad. No fracasará, ciertamente, la empresa de regenerar á los pueblos latinos por falta de audacia, como algunos imaginan, sino por falta de prudencia; no por exceso de política, sino por exceso de consuetudinarismo; no por el arraigo de los principios individualistas, sino por ese socialismo anticipado é ingénito contenido en el derecho romano, en la Iglesia romana, y precursor de las tremendas amenazas del anarquismo. Esas sectas nuevas, que fundan todo su ideal en la negación constante, en el instinto destructor, en la sed de exterminio que no se satisface nunca; esas agrupaciones nuevas, que como nuevas estrellas resplandecen algún tiempo en nuestro cielo y luego vuelven á desaparecer, son en los tiempos actuales como el toque de fuego de una gran catástrofe, y el estruendo de sus bombas como la voz sorda y ronca de las campanas, volteadas en vísperas del día de la muerte de la raza latina. En ese empeño criminal, demoledor y absurdo, no se ve otra cosa que el alma indómita de esta raza, cuyo horóscopo sólo ella misma puede ignorar.

He notado también que, así como durante el embarazo de una tísica se detiene la dolencia, para reaparecer con más fuerza después del parto, poniendo fin á la vida de la enferma, en las laboriosas gestaciones de una nación moribunda parecen por un momento desaparecer todos sus males, reaparecer todas sus energías. ¡Con cuánta desconfianza no debemos, pues, mirar al porvenir, si las naciones latinas, en todo lo que toca al moderno desarrollo social, se acuerdan, para hablar con los anarquistas, de las «mejoras de las clases menesterosas», de la «regeneración», y si los españoles no pierden de vista «la europeización de la patria», ni extinguen el fuego de su «pasión por el progreso»! Una analogía notable relaciona desde este aspecto á la entusiasta y moribunda raza latina con un edificio viejo y susceptible de todo incendio fácil. Sa-

bido es que no hay fuego más voraz que el del incendio de una casa cuyo vetusto maderamen ha secado el tiempo.

Sin embargo, así como un río comprimido ahonda su lecho, la civilización ha hallado nueva fuerza en las peripecias de la lucha. Sólo hay una clave, una solución á los problemas de la mejora social, de la libertad, igualdad y fraternidad; es á saber, la adaptación á las leyes naturales. Con razón decía un día Bourgeois: «Nada puede intentarse contra las leyes naturales, y esto es demasiado cierto por desgracia; pero hay que estudiarlas incesantemente y servirse de ellas para disminuir los casos probables de desigualdad é injusticia entre los hombres». Todos nuestros esfuerzos y nuestros trabajos deben dirigirse á este fin; pero no olvidemos que, como advierte Newton, lo que llamamos leyes en la Naturaleza no existe, y que no se dan sino fórmulas que vienen en ayuda de nuestra inteligencia para explicar en la naturaleza una serie de hechos. No olvidemos tampoco que de la acción de la ley no se evade el espíritu más vigoroso y original. «Todos los hombres favorecidos por el dios Exito, escribe Emerson (1) á este propósito, convienen en una cosa: en haber sido todos causacionistas. Creyeron que las cosas no sucedían por acaso, sino por ley; que no había ningún anillo débil ni roto en la cadena que une los polos opuestos de todas las cosas. La creencia en la causalidad, ó sea en la estricta conexión entre un efecto cualquiera y el principio del sér, y, por consiguiente, la creencia en la compensación ó en que *nada existe para nada*, esto es lo que caracteriza á todos los entendimientos elevados, lo que dirige y regula todos los esfuerzos que hace un hombre industrial. Los hombres más esforzados son los más firmes creyentes en la universalidad de las leyes. Todos los grandes capitanes, decía Bonaparte, han realizado grandes hazañas siguiendo las reglas del arte, ajustando sus esfuerzos á los obstáculos».

Maeztu, desde el punto de vista en que se halla coloca-

(1) *The conduct of life*, III.

do, ha reconocido también esta idea: «Los valores sociales, dice (1), se invierten. Ya la personalidad humana no es tanto más grande á medida que es mayor su resistencia contra la fatalidad. Esa grandeza es un espejismo; es negativa. Sólo produce el dolor y la muerte. El hombre, al contrario, ha de pesarse por el esfuerzo con que coadyuva al dinamismo de las cosas. La misión del artista es concebir una imagen que abarque en su desarmonía la mayor cantidad de vida. La del pensador, fundir su lógica en el *devenir* de los sucesos. La del hombre de acción, caminar al compás de los hechos. Así nuestra vida será más intensa, mayor; con nuestras imágenes, nuestros pensamientos y nuestros actos, no obstante el automático mecanismo que los produce, nos parecerán originales y creadores; así el ensueño de creación, que es el placer único, el placer por antonomasia, embellecerá nuestra existencia».

Es un error creer que el régimen individualista condena á los individuos á la indiferencia. Al contrario, el sentimiento de su debilidad excitará al hombre á fortalecerse por sí y ante sí; será el artista de su dicha, y este solo pensamiento aumentará su gozo. De aquí en adelante es menester que no se curen los males y penas de la sociedad con el bisturí del hombre de gobierno ó la droga del magistrado, y sí con la lenta y gradual purificación de la sangre, con la prudente reabsorción de los humores extravasados, con el ejercicio de las fuerzas y de las facultades, con la sabia alimentación, con el buen régimen. No nos dirijamos ya más al operador ó al clínico, sino al higienista (2). Para precaverse de las enfermedades y de los dolores de cabeza, César no utilizó jamás otros medios que marchas enormes, sobriedad, aireación constante y continuas fatigas. «Creedme, decía también Napoleón á Antonomarchi en Santa Elena, mejor haríamos en dejar á un lado todos vues-

(1) *Hacia otra España*, 225.

(2) El poeta Victor Hugo tiene un pensamiento semejante en sus *Ensayos sobre política y literatura*, 7.

tros remedios: la vida es una fortaleza, de la cual ni vos ni yo sabemos nada. ¿A qué poner obstáculos en sus vías de defensa? Sus propios medios son superiores a todos los aparatos de vuestros laboratorios. Covisart convenía conmigo en que todos vuestros menjurjes no valen para nada. La medicina es una colección de prescripciones inciertas, y ha sido siempre fatal á la humanidad. Agua, aire y limpieza son los artículos de mi farmacopea».

Por otra parte, hay quien cree, y el ilustre Stuart Mill (1) ha defendido con elocuencia á esta doctrina, que «un pueblo donde no existe el hábito de la acción espontánea con la mira de un interés colectivo, que aguarda del gobierno una consigna para la acción común, ó aun esta acción, y no hace por sí mismo sino lo que tiene costumbre de hacer, es un pueblo cuyas facultades están á medio desarrollar». Cualquiera que conozca la realidad de la vida se verá obligado á darle la razón á Stuart Mill. Pero supongamos que no la tiene; que la sociedad, constituida como él quiere, continuaría siendo un banquete de hambrientos en que una maldita fatalidad prohibiría á la mayoría de las bocas los manjares dejados por los ahitos, pudriéndose sazonados en las mesas, y en el que cada cual defendería el único estimable que lograra arrebatarse, con toda la ira de su hambre atrasada: ¿se seguirá de aquí que es preciso llegar como término y aspirar como ideal á la paz económica y política, sin confiar en la lucha social, como estímulo de indefinido progreso?

No ha mucho el mismo Kidd (2) ha prestado un servicio eminente al sistema individualista, aunque á pesar suyo, exponiendo de un modo luminoso toda una serie de fenómenos sociales de carácter selectivo. «Si, como yo creo (escribe), son verdaderas las teorías biológicas de Weisman, aplicadas á la sociología; si sólo puede haber progreso merced á la acumu-

(1) *Principles of political economy*, V, 11.

(2) *Social Evolution*, VII.

lación de variedades congénitas anteriores al promedio, y que excluyan las variedades inferiores; si en la selección constante que supone esta ley de las variaciones, la tendencia de toda forma vital elevada es *regresiva*, entonces el destino de la especie humana consiste en estar sujeto á esta rivalidad laboriosa, á esta lucha por la vida, que progresa desde su nacimiento. Entonces el combate por la existencia continuará en condiciones más humanas, pero siempre inevitable. Entonces todos los fenómenos de la vida humana, individual, política, social y religiosa deben ser analizados desde el punto de vista del encadenamiento cósmico, y ser estudiados por la ciencia sólo en sus relaciones con ese encadenamiento.»

La paz es para la nación lo que el sueño para el individuo. Tiene la misma raíz y proporciona los mismos bienes, acompañados de los mismos males. Necesaria al cuerpo social como medio de descanso y de renovación de tejidos, debe, no obstante, imitar al sueño en lo de ser periódica. La sociedad, en sus manifestaciones más elevadas, se muestra siempre como vida, como movimiento, como lucha. El resultado inmediato de una paz perpetua sería aumentar la falta de proporción entre la sanguinificación y la desasimilación del organismo de la sociedad. Apuro grande resultaría éste para los hombres de una región ó de una época en que la anarquía hubiese triunfado. Entonces nada interesaría: los estímulos íntimos del trabajo y del bienestar, las satisfacciones de la victoria, todo lo que hay de más atractivo en la tierra, se desdeñaría con la mayor estupidez para tranquilizar un vil temor ó para afianzar una pretendida «paz universal».

¡Paz universal! Cuando vino la salud al mundo, cantaron los coros de ángeles, y prometieron la realidad del ideal que esa palabra encierra, á los «hombres de buena voluntad». Pero los anarquistas no son estos hombres, y aquella palabra religiosa y dulce, caliente como la paja del establo milagroso en que nació el revolucionario Hebreo, me da frío al verla escrita en letras de molde á la cabeza de las obras del revolu-

cionario anarquista contemporáneo, ese ejemplar monstruoso que el príncipe del anarquismo, Bakounine, ha caracterizado con estas palabras bestiales: «No tiene intereses personales, ni sentimientos, ni negocios, ni bienes, ni preferencias, ni siquiera nombre. En él todo debe estar absorbido por un interés único y exclusivo, por un pensamiento único, por una pasión única: la revolución. No solamente por sus palabras y sus acciones, sino por un instinto de su personalidad, ha roto para siempre con el orden público, con todo el mundo civilizado, con las leyes, con las costumbres, con la moral y con todos los usos universalmente admitidos. Un revolucionario desprecia todo el doctrinarismo y toda la ciencia de este mundo. No conoce más que una ciencia: la ciencia de la destrucción. Frío para consigo mismo, debe serlo también para con los otros. Noche y día no debe estar ocupado más que en un solo pensamiento, no debe perseguir más que un solo objeto: la destrucción implacable. Cumpliendo esta obra fríamente y sin descanso, debe estar pronto á morir ó á degollar por sus propias manos á todo aquel que se oponga á su fin».

Consideremos aún más detenida y concretamente lo que significaría el triunfo de los nuevos luchadores. ¿No sentís escalofríos de miedo al considerar que esas gentes «abandonadas por la sociedad, fuerza y sostén de ella, pudiesen vencer con demasiada rapidez, con sus instintos anárquicos, á los que nadie hace cuidado de quitar el ardor del aguardiente, y con su intensa sed de riquezas transformada en rabia?... ¡Oh, el pueblo, el pueblo inculto! ¡el pueblo que sólo va aprendiendo su derecho á la vida! ¡el pueblo que vemos en los toros, en las tabernas y á puñaladas por las calles! ¡el pueblo de alma envilecida y de nervios muertos, del que salen los ladrones y las ramera, los borrachos y los valientes, los verdugos y los mendigos! ¡el pueblo sin belleza y sin poesía! ¡el pueblo de los pastores que dejan morir al padre por cuidar al burro, y de los zagales que dan el amor y el honor de sus zagalas por tres chivos! ¡el hampa y la chusma de la roña y los piojos tendida

inmensa por los pliegues de los campos y por las zahurdas de los pueblos y ciudades, debajo de aquella honrada minoría más noble de hombres de las minas y hombres de las fábricas que en vano se esfuerzan por educarla un poco luchando con la indiferencia idiota y criminal de los de arriba!...» (1).

Espero que no se han de interpretar mal estas observaciones; son, por desgracia, de una realidad aterradora, y por ellas llegamos á esta proposición, extraña en la apariencia, y que sonará mal en los oídos de las tres cuartas partes de nuestros contemporáneos: «La cuestión social, ó no existe, ó no se sabe formular en qué estriba». Sólo la complejidad, ó más bien la dificultad de soluciones que presentan los problemas económicos particulares, ha hecho que exista un pretendido problema social, en cuyo torno vociferan sin reposo masas estúpidas de descontentos, sin que ninguno sepa exactamente á qué se reduce tal problema ni sea capaz de formularlo claramente. Hay hechos sobre los cuales no caben problemas; y ser acusado de negativismo en este punto es una cosa tan extraña dentro del criterio de la ciencia, que el gran economista Boccardo, censurado por no haber planteado en parte alguna de sus muchas y voluminosas obras el problema social, no supo realmente al pronto lo que se pretendía de él. Respondió (2), muy razonablemente, que la pregunta de si había un problema social sonaba tan singularmente en los oídos de un legislador ó de un sociólogo, como para un mecánico la de si es problema el del movimiento continuo, ó para un geómetra la de si lo es el de la trisección de un ángulo.

El problema social no sirve en sociología sino para edificar castillos de naipes y producir el charlatanismo, sobre todo

(1) Trigo, *La sed de amar*, 482.

(2) Prefacio al volumen I de la *Biblioteca dell' Economista*. Compárese con Marsi, *Diario de Sesiones del Parlamento italiano* (Diciembre 1878); Zorli, *Emancipazione della classe operaria*, 24; Dorado, *El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana*, II; Nietzsche, *El crepúsculo de los idolos*, 125.

cuando se limita, como generalmente sucede, al mundo de los obreros. No veo, decía un pensador contemporáneo, lo que se ha querido hacer del obrero europeo después de haberle hecho un problema. Lo que este problema implica ha sido realizado ya como reforma por la democracia del último siglo. Se han destruído los feudos, los mayorazgos, las primogenituras, los fideicomisos; se han amortizado los bienes del clero y en algunas naciones los de los frailes; se han destruído los privilegios. Después, esta labor negativa se ha completado con lo positivo de la proclamación de la igualdad civil y política, del derecho de asociación, del de voto. ¿Y se habla todavía de problema social? Háblese en buena hora de la mejora y precisión que convendría á introducir poco á poco en esas instituciones democráticas, como nosotros lo hemos hecho; pero ¿en qué se parece á un problema semejante punto de vista?

A mi juicio, en este punto no cabe hablar de problema social, sino simplemente de fomento y elevación del instinto social existente. «Las verdades más sencillas, ha dicho Fenerbach, son siempre las últimas que llega á conocer el hombre.» Santa sentencia de Perogrullo, pocas veces mejor justificada que en la ocasión presente. Para confirmarla es para lo que he redactado estas páginas, persuadido, á pesar de cuanto puedan decir los sociólogos, acostumbrados á embrollar las cosas más netas, de hacer con ello una buena obra y de merecer la gratitud del lector que busque la claridad en todo.

*
* *

¿En qué estriba el pretendido problema social? En determinar el ideal de vida (1) más favorable á la armonía de la sociedad. ¿Qué es la sociedad? Un organismo. ¿Cuándo en un organismo hay armonía? Cuando ninguno de sus órganos estorba ó funciona en detrimento de los otros; es decir, cuando todos,

(1) Este es el verdadero nombre del problema: «ideal social».

como medios de vida que son, concurren á un mismo fin vital.

Estas deducciones, que un niño hace sin esfuerzo y por sentido común, apenas si tienen en su favor el beneplácito de un sociólogo. Los que escriben sobre cuestiones sociales miran su solución desde sus puntos de vista respectivos, olvidando que, si la sociología es un análisis, la sociedad es una síntesis compleja é indivisible, á cuyo conocimiento sólo se llega tomándola tal cual es en sí y no tal cual quisiéramos que fuese en nuestro modo particular de ver. De aquí que, para darnos cuenta de cómo ha de fomentarse y elevarse al instinto social, sea preciso ante todo determinar los elementos que componen el mundo social, los distintos aspectos bajo los que la sociedad puede ser mirada en el sentido de su interna constitución. Ahora bien: estos aspectos implican ideas y organismos sociales muy diferenciados, según los analicemos en el principio, en la esencia ó en el fin de las relaciones humanas. Si los estudiamos en sus orígenes, encontramos á las *familias* que son las más naturales y, en realidad, las únicas sociedades esenciales al hombre. Aquí la vida común está fundada meramente en el amor, y por el amor se propaga y conserva. El caso es enteramente distinto cuando existe asociación para trabajar y con el trabajo proveer á las necesidades físicas de la comida, del albergue, etc.; en esto se basan las instituciones económicas, *agricultura, industrias, comercios, profesiones*. Por encima de tales instituciones surgen otras que corresponden, no ya á necesidades físicas, sino á necesidades intelectuales: las *ciencias*. Al mismo tiempo, el hombre, no contento con desarrollar su mentalidad, dedica su acción á representar la belleza, y crea las *artes*. La sociología nos enseña también que, por la libertad, se desenvuelve y enriquece el espíritu; agota otras actividades; vive con vida más íntima, más depurada, más humana, estableciendo las *morales*. Esa vida y esa libertad las traslada asimismo á otro orden de cosas, á las relaciones de derecho, y organiza los *Estados*. Por último, después de haber limitado así todo lo específicamente humano, después de ha-

berse reconocido en armonía y solidaridad consigo y con sus semejantes, el hombre desea entrar en sociedad con Dios. Este último y definitivo aspecto de su naturaleza es el que explica y justifica la existencia de las *religiones*.

Los elementos sociales determinados son, pues, siete: la *familia*, la *agricultura*, *industria*, *comercio*, *profesiones*, la *ciencia*, el *arte*, la *moral*, el *derecho* y la *religión*. Esta división, ó mejor dicho, esta distinción tan sencilla, tan natural, tan corriente, es tan olvidada por lo general, que puede decirse que de su olvido provienen todos los exclusivismos de escuela, todas las parcialidades de los sectarios. Son muy pocos los pensadores y publicistas que miran á la sociedad como la síntesis orgánica y armónica de aquellos elementos. Así se explican esos criterios incompletos y tiranos con que actualmente se contempla y se predica la regeneración de la sociedad.

Para unos, la piedra de toque de esa regeneración está en la *familia*. Estos os atronarán los oídos con Roma y con las matronas romanas, y repetirán á cada paso que el Imperio pereció por haberse prostituído el matrimonio. Os dirán que de la educación de los hijos dependen el orden social y las buenas costumbres públicas. No cesarán de induciros á que seáis apóstoles de la familia, esa eterna arca de Noé donde la blanca paloma de nuestras ternuras y nuestras felicidades encuentra el reposo que necesitan sus alas inmaculadas. En fin, partiendo de hechos ciertísimos, pero que contienen una verdad incompleta, concluirán que el espíritu de la sociedad será un cacs mientras no lo ilumine el espíritu doméstico.

Otros serán menos románticos. Creyendo que el hombre no es más que un aparato digestivo, reducirán la cuestión social á una cuestión de estómago. Aquí de los socialistas, colectivistas, anarquistas y demás enemigos de la economía política. En esta escuela no se entiende de desinterés ni abnegación: utilidad y nada más que utilidad. Nada de ciencia, arte, moral, derecho ni religión: no hay más ciencia ni más arte que la que es aplicable al mundo del trabajo; no hay más moral

ni más derecho que el de la igualdad á la riqueza. El ideal de la humanidad es desviar la actividad humana de las universidades, de los gobiernos y de las iglesias, para concentrarla en los campos, en las fábricas y en los talleres.

Los sabios, por su parte, proclaman la omnipotencia ó por lo menos la *omnisuficiencia* de la cultura. La cultura, dicen, es la madre del mundo moderno. Y esta cultura que se muestra y realiza en los sistemas de locomoción, que dan al hombre como un suplemento de velocidad; en los aparatos de transmisión, que pueden hacer que la palabra humana resue- ne instantáneamente en toda la tierra; en los métodos de grabado, tan complicados y tan variadísimos; en los adelantos de la medicina, cada vez más asequibles y democráticos: todo esto, digo, es para los sabios lo único llamado á resolver el problema social. No permiten que se borre el más insignificante pormenor en la totalidad de esos efectos. La cultura lo reviste todo con su sello; á sus creaciones prácticas añaden las teorías un carácter necesario. Esto no obstante, todo el mundo ve que tan decantados adelantos, lejos de favorecer, han aumentado las necesidades de las clases desheredadas. Pero esto les tiene sin cuidado á los científicos. Envanecidos con su saber y con sus descubrimientos é invenciones, no vacilan en reformar el famoso apotegma de los jurisconsultos: *fiat justitia, pereat mundus*, diciendo: *fiat cultura, pereat justitia*.

Con el exclusivismo estético queda también muy pronto generalizado el poder del arte, fuente y origen de todas las relaciones de la vida. Se dice que la sociedad ha evolucionado, no por ideas, sino por sentimientos; que la religión y la moral son sentimiento puro; que la fraternidad social se realizará por el altruísmo, un mero sentimiento; finalmente, que las ciencias tienden á convertirse en artes por la división del trabajo.

Vienen luego los juristas y nos dicen que la civilización no consiste en el progreso de las artes, de las ciencias, de la industria, ni en el bienestar material, sino en el triunfo del de-

recho sobre la fuerza, de la equidad sobre la injusticia, de la ley sobre los placeres. Una sociedad podrá producir poetas, artistas, escritores, sabios y filósofos; podrá conmover al mundo con los esplendores de sus grandes ciudades y las maravillas de sus exposiciones; pero si el derecho violado tiene que doblar la cabeza; si no puede levantarse ninguna voz para denunciar la injusticia y repararla; si el más humilde de sus miembros se encuentra á merced del poderoso, esa sociedad no será el alma de la civilización, sino el cadáver de ésta.

Contra tal tendencia se levantan los *eticistas* (?). La cuestión social es en su doctrina una cuestión puramente moral. No es el derecho lo que hará desaparecer la servidumbre, y sí sólo el amor. ¿Acaso se cimentan las alianzas con sospechas y acusaciones? Amad bien, y nadie ambicionará el papel de señor, sino el de esclavo; amad más todavía, y no sabréis quién obedece ó quién manda, porque los dos corazones no serán más que uno solo.

Para que no quede un solo elemento social que no sea exclusivista, la religión (y claro está que no me refiero á la religión verdadera tal como la entienden los hombres de recta voluntad y clara inteligencia) tiene defensores que por un exceso de celo (que por mi parte no vitupero) predicán con manifiesta exageración que la religión es el único remedio que puede curar las llagas de los pueblos. ¿Pero hemos de olvidar el concurso de los demás elementos sociales? ¿Acaso éstos no tienen su legítima intervención en sus respectivas esferas? Si la religión supera á todos ellos en importancia, es por constituir el cerebro del cuerpo social, como en menor grado les supera la familia que viene á ser su planta. Sin pies ó sin cabeza, no es concebible ni posible un organismo, que acaso pueda vivir con otros miembros amputados, con otras vísceras enfermas; pero ¿negaremos la necesidad de estas vísceras para la salud integral del individuo? Pues eso mismo sucede con las sociedades. Suprimid la familia, y quedarán sin pies; no podrán caminar por la reproducción á través de la

vida, no podrán continuar su historia. Suprimid la religión, y quedarán sin cabeza; no podrán unificar sus ideas, no podrán tener un centro de acción y reacción de sus sentimientos. En caso de extrema necesidad, la religión por sí sola sabrá conservar la vida de la sociedad contra la paralización de sus órganos inferiores, á semejanza de esos desgraciados á quienes un esguince de las vértebras cervicales casi suspende la comunicación del cuerpo con el cerebro; pero en la existencia ordinaria, que es la de la inmensa mayoría y forma las tres cuartas partes de la existencia misma del creyente, la conservación del funcionalismo social sólo tiene sentido y finalidad cuando todas las partes de su constitución orgánica se desenvuelven en la más perfecta conformidad, en rigurosa armonía.

Planteemos, pues, integralmente el problema, si queremos resolverlo de un modo claro. Ningún órgano social puede estorbar á otro si no es cuando se le sobrepone por excesivo funcionamiento; y, por lo tanto, ninguno debe suprimir á otro. Nada más falso que creer incompatibles el fervor religioso con la cultura intelectual, ó el entusiasmo artístico y el genio guerrero con la prosperidad económica (1). Semejante apreciación nace de un erróneo concepto de las armonías sociales.

(1) «Nadie es capaz de calcular la riqueza que produce un artista de talento superior, aunque sus efectos no se perciban inmediatamente. Schiller primero y Rossini después, tomando por asunto de sus composiciones la libertad de Suiza, han producido á ésta más millones que no podría darle el Banco de Londres arruinándose. Anteriormente á estos dos genios, la Suiza era un país libre, sí, pero que casi ningún extranjero visitaba. Nadie conocía sus excelencias, y muchos de sus hijos tenían que emigrar para servir como soldados, de una fidelidad á toda prueba, á los gobiernos extranjeros. Hoy día entran en ella muchos millones anualmente, gracias á las pequeñas industrias que allí se han desarrollado á impulsos del consumo de los extranjeros que á dicho país afluyen todos los veranos. Un esfuerzo de unos cuantos hombres de corazón, un poema y una ópera han transformado un país pobre y esclavo en un país rico y feliz. Suiza les debe á Schiller y á Rossini casi tanto como á Guillermo Tell y á Winkelried. Así lo han comprendido sus hijos, elevando al primero un monumento tan sobrio como imponente en las aguas de los cuatro cantones.» (Gener, *Cosas de España*, 56.)

Valera (1) observa justamente que «en el estado actual de la civilización, y aun cabe afirmar que siempre, no acontece con las naciones lo que con los individuos, los cuales pueden ser sabios, santos ó poetas y ser pobres. Una nación, si es inteligente y activa, por santa, por sabia y por heroica y poética que sea, tiene que hacerse rica también. Si se queda pobre, da marcadas y evidentes señales de que no es inteligente, ó de que no es activa, ó de que padece alguna enfermedad secular de que no ha logrado curarse». Suscribo de todo en todo á esta observación, y creo que en un pueblo la bondad y excelencia del carácter, no sólo no puede ser obstáculo á la fortuna, sino por el contrario, su más importante y útil resorte de adelantamiento positivo y económico. Mas para ello es preciso que se cumpla nuestra condición fundamental, á saber: que ninguno de los órganos sociales domine exclusivamente ni sea sacrificado.

Hay para todo esto una razón única en que puede apoyarse el ideal sintético que debe presidir á nuestra evolución social, y es que no es asequible para el hombre el desarrollo gigantesco de alguna de sus potencias sin la consiguiente mengua y desdoro para las demás. ¿Qué cosa, por ejemplo, más ridícula en apariencia que la necesidad del derecho, de los deberes de justicia, tratándose de relaciones morales donde sólo rige el amor, como sucede en las relaciones de los sexos? Y, sin embargo, ni aun aquí, donde el *ama et fac quod vis* de San Agustín parece ser toda la regla de conducta, consigue el hombre librarse del fatal «derecho» que sostiene y justifica su moralidad conyugal. Se ha pretendido que el mero hecho de invocar el derecho entre personas que se aman, es ya casi una injuria. «Una mujer á quien su marido no maltratase tan sólo porque tiene derecho á no ser golpeada, tendría derecho á ofenderse» (2). «Pero ¿no se ofendería también si su marido

(1) *Crematística*, III.

(2) Janet, *Histoire de la science politique dans ses rapports avec la morale*, I, 390.

se abstuviese de golpearla sólo porque la ama y no porque tiene derecho á no ser tratada como un sér inferior? El que es amado, ¿no quiere ser también respetado, es decir, reconocido como digno? El amor es sobre todo un sentimiento, mientras que el derecho es una idea. El amor sin el derecho es un ciego que, queriendo abrazaros, os lastima y os hiere. El amor esclarecido es el que ama con justicia. No cabe, pues, admitir que el principio del amor bien entendido y aplicado en toda su extensión, baste para resolver todos los problemas de la vida moral y social. La historia muestra que ese principio no ha bastado, y no sólo porque haya podido ser mal entendido y mal aplicado, sino porque es incompleto en sí, porque con la ayuda de ese principio solo, no se podrían determinar las relaciones positivas de deber que necesitan existir entre los hombres» (1). Aquel conocido dicho de Aristóteles, «los que aman no tienen necesidad de la justicia, porque se hacen el bien, y, con mayor razón, no se hacen el mal», no constituiría principio cierto ni aun en una sociedad ideal donde el orden de la vida común no se hallase conmovido por los residuos de las perturbaciones precedentes, donde no resultase precisa la compensación reparadora, donde las relaciones de las personas fuesen inmutables como las leyes de la naturaleza y la esencia de las cosas.

Ley divina del espíritu humano, en estado de salud, es la justicia. Y sucede, por la oculta relación y armonía que Dios puso en nuestras facultades, que no podemos amar, ó por lo menos no podemos ejercer la caridad de una manera razonable, á menos que hayamos resuelto antes lo que es *justo*, y lo hayamos hecho. Esto es lo que constantemente repitió Jesucristo, y el precepto que entre todos dió más frecuentemente fué el de *Sed justos y juzgad* (2). Impónese el amor propio con fuerza irresistible en el comienzo de las rela-

(1) Fouillée, *La science sociale contemporaine*, V, 1.

(2) Ruskin, *The Seven Lamps of Architecture*, II, 1.

ciones sociales, y todo el que posee ó cree poseer la caridad entonces, se engaña á sí mismo si no se atiende á la justicia. En cambio, empezando por ésta, es fácil acabar por ser caritativo. Hombres hay que han conocido de un modo experimental semejante prueba. Han principiado por ser justos con un semejante á quien no amaban, y han acabado por amarle. Y el caso contrario no es menos frecuente. Personas excelentes ha habido que, por permitirse ser injustas con quien amaban, han concluído por odiarle. Con todas estas digresiones, quiero dar á entender que no es posible en la sociedad separar arbitrariamente sus elementos, como no es lícito al individuo prescindir de uno solo de ellos en la complejidad de sus relaciones públicas y privadas. El individuo está en la rigurosa obligación de prolongar su vida (deber de conservación), de reproducir la especie (deber de procreación) y de desenvolver su actividad social en la esfera económica (deber del trabajo). «Los suicidas, los célibes (1), los mendigos, contravienen las leyes fundamentales de la sociedad humana, por igual título que los homicidas, los bandoleros, los ladrones. Para convencerse de ello basta someterlos á la regla de la generalización, aplicada por Kant á la acción individual: si todos obrasen como ellos, el mundo perecería» (2). Los derechos in-

(1) Me refiero á los célibes sistemáticos ó egoístas, no á los que toman el celibato como medio para llegar á un fin social superior (caridad), ó á un fin sobrenatural superior (santidad). A éstos no se les puede asignar por deber la reproducción, puesto que la causa de su continencia es una virtud.

(2) Ihering, *Zweck im recht*, VIII, 187. Hay que advertir que este criterio de Ihering y de Kant, por útil y práctico que sea, y aun por admisible que se le considere en el terreno de los hechos, no puede satisfacer á un moralista desde el punto de vista de los principios y de la verdadera moralidad. Puramente negativo, ese criterio no pasa de aquella célebre proposición que Kant establecía como fundamento de la razón práctica: *Obra de tal manera, que el principio de tu acción pueda ser erigido en ley universal*. Esto significa que cada vez que queramos obrar, debemos tener claramente en el pensamiento el motivo que nos lleva á la acción, y preguntarnos entonces qué acontecería si todos los hombres pretendieran conducirse según el mismo principio. Por ejemplo: ¿puede eri-

individuales deben, pues, ser definidos, no sólo en nombre de las obligaciones de justicia, sino también en nombre de la misma vitalidad social. La sociedad se disolvería si cada cual pudiese matarse á sí mismo, invocando su voluntad libre; ó dejar de procrear, fundándose en su personalidad autónoma; ó apoderarse de los bienes de otro, excusándose con decir que los necesita más que éste. He aquí por cierto uno de los puntos donde puede demostrar la religión su sentido práctico, y su eficacia para hacer más compactos los lazos sociales.

Otro hecho también concluyente confirma mi armonismo sociológico. ¿Qué cosas más aparentemente opuestas que la agricultura y la ciencia ó la agricultura y la legislación? Pues los orígenes sociales de las últimas están en la primera. Grecia, en su poético buen sentido, decía que Minerva, al plantar el olivo, derramó la sabiduría sobre la tierra. La humanidad debe gran parte de sus conocimientos á la primera doncella que reanimó con aceite de oliva la luz de la lámpara bajo la que el anciano patriarca escribía en sus tablillas. Y el origen de las leyes es tan agrícola como el del saber; pues el pan, á fuerza de luchar con el hambre, aguzó el ingenio, rescatando al hombre de la barbarie. Razón tiene la antigüedad: Ceres

girse en ley para todas las voluntades racionales y libres el apropiarse los depósitos confiados por otro, cuando, por la muerte del que los ha confiado, hay seguridad de que no es dable invocar prueba alguna de la apropiación? No; el depositario debe examinar claramente el motivo por el que se sentiría impulsado á obrar de esa manera; es decir, «á todos es lícito negar un depósito, si nadie puede probar que lo posee». Así, al tratar de establecer la posibilidad de los depósitos, se harían imposibles, porque nadie querría hacerlos. Como se ve, Kant pretende basar la moral en la naturaleza humana, sin tener en cuenta las prescripciones de la moral positiva. Pero esto, lo repito, es encerrarse en un criterio negativo, que nada puede dar de sí en la esfera de la acción, de la vida, del deber. Con su método no demuestra Kant que las reglas que hay que seguir se impongan á la razón y muevan á la voluntad á obrar bien; sólo demuestra que no tienen en sí nada de contradictorio para la voluntad ni para la razón. En lugar de una vida verdaderamente moral, Kant describe una vida puramente abstracta.

ha inventado la ley. A lo que añadía Pelletan (1): *Y también la civilización.* «Suprimid la mies, y la humanidad cae en seguida».

No existe, pues, la menor oposición, sino meramente diferencias, entre cada uno de los elementos sociales. De donde resulta que esos métodos de defender el ideal social exclusivamente en nombre de la utilidad, ó de la cultura, ó de la religión, son tan estúpidos como incompletos, y no se debe uno cansar de decir á los sostenedores de tales métodos: Os aplaudiremos sin ningún recelo si seguís valiéndoos de vuestra competencia dentro de vuestro terreno; mas no vayáis á creer que está ahí toda la solución que tenemos derecho á exigir. En cada hombre hay una relación doméstica, otra económica, otra intelectual, otra estética, otra moral, otra jurídica, otra religiosa con el medio en que vive. Suponer que todas pueden reducirse á una es mutilar *a priori* y teóricamente la naturaleza humana.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

(1) *Le monde marche*, VII.

EL MAGISTERIO DE LA PRENSA EN ESPAÑA



La forma definitiva del periodismo, en la condición común que tiene este organismo de la opinión en el mundo, no la recibió en España la prensa hasta que pacíficamente, si esta palabra puede aceptarse, se inauguró entre nosotros la aurora feliz de las instituciones constitucionales. Es indudable que si los diversos ensayos de periodismo que en España se hicieron desde principios del siglo xvii se hubieran continuado sin las grandes interrupciones que se observan de unas á otras tentativas, nuestros periódicos se habrían ido modificando y metodizando hasta adquirir la forma adecuada que los caracteriza, y en esta labor al menos nos hubiéramos adelantado á otros países. Hasta los últimos años del reinado de Felipe IV no es posible dar ni con un tipo de publicaciones aceptable que ya denuncie la existencia y la consistencia del periodismo, ni con una aglomeración de noticias de actualidad y enciclopédicas capaz de fijar los términos en que habían de girar los periódicos en lo sucesivo. D. Aureliano Fernández Guerra, á quien D. Eugenio Hartzenbusch ha seguido, fijó la fecha de la fundación de la primera *Gaceta* oficial de España en 1661 (1); y procediendo de esta publicación el periódico de gobierno que, á través de las vicisitudes de dos siglos y medio, aún subsiste,

(1) Escrito este artículo hace algunos años, he publicado después en la *Gaceta* de Agosto de 1902 mi *Bosquejo histórico de la Gaceta de Madrid*, donde se puntualiza mejor que por Fernández-Guerra y Hartzenbusch el principio que tuvo este periódico en 1621.

casi hay que reconocer que entre nosotros antes hubo *gaceteros* que *gacetas*, si bien con este oficio público, y aun administrativo en España, no conocemos más que dos nombres al que se hallen unidos en los documentos del tiempo: el del secretario íntimo de lengua alemana del bastardo de Felipe IV, D. Juan de Austria, borgoñón de origen y que se llamaba D. Francisco de Fabro Bremundano, y el amigote de D. Pedro Calderón de la Barca en su avanzada senectud, D. Juan de las Hebas. Con todo, el siglo xvii fué en España un siglo más de opinión que el que le sucedió, después del advenimiento de los Borbones, y á los ensayos de Andrés Almansa y Mendoza y de los que antes y después de él escribieron *Cartas y Relaciones* de noticias, sólo les faltó para que llegasen á la metódica regularización de sus trabajos la constancia y la consistencia, que no siempre estuvo en su arbitrio emplear, cuando el poder, que tan celosamente se arrogó desde la propagación de la imprenta, la inspección y la policía de sus producciones, tantas coacciones ejerció para ahogar en su germen la libertad del pensamiento.

Durante todo el siglo xvii apenas pudo ser el espíritu político, de aspiración ni de contradicción, el que inspirara este instrumento poderoso de la educación general. Se sobreponía entonces á todo otro sentimiento el estímulo de la curiosidad, y condensada el alma de la nación en una unidad inviolable de ideas y de sentimientos comunes, en todas aquellas cosas en que nuestro siglo ha consentido una verdadera anarquía de opiniones. El rigorismo de la ley y de la censura sólo tendía á impedir á todo trance la introducción de creencias disidentes que pusieran en peligro la unidad de la fe, y á la vez á que no descendiese hasta la masa indocta la también inviolable misión de las altas prerrogativas soberanas. La nueva dinastía que ascendió al trono al empezar el siglo xviii, no consideró esta Monarquía sino como un predio patrimonial del derecho, y cuando la Corona se consideró unida á los pueblos únicamente por el vínculo del caso jurídico, los pueblos comenzaron á pen-

sar en sí y en sus derechos, prestando lento germen á todas las revoluciones sucesivas. Entonces el periodismo, con nuevas orientaciones, inspiró otra serie de tentativas, y hay que reconocer que, entre los muchos escritores, ya sabios ya ingeniosos, que se arrojaron á ellas, ninguno estuvo impregnado de un espíritu más positivo del tiempo en que vivía y de la evolución social á que caminaba como por instinto, que aquel mediano talento de D. Francisco Mariano Nifo, que sin capacidad para levantar ningún grandioso edificio, ni perseverancia para llevar las empresas que acometía á todas las consecuencias progresivas á que se prestaban, tuvo fuerza de penetración suficiente para adivinar por dónde se abrían su camino los nuevos giros de la opinión y de la historia. Nifo, con Ruiz de Uribe, fundó en 1758 el *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial, público y económico*, que en una serie continuada de transformaciones, desde que salió de las manos de sus fundadores, había de llegar á convertirse en aquel famoso *Diario de Avisos de Madrid*, que ha existido floreciente hasta el último tercio del siglo XIX; con el seudónimo de *D. Mariano de la Giga*, en 1762, Nifo fundó *La Estafeta de Londres*, aspirando á copiar, si no en la forma, al menos en una parte del fondo, los periódicos de Londres, que comenzaban á abrirse el paso en el continente. Apenas frustrada esta empresa, se previno á proseguirla con tenacidad, al año siguiente de 1763, con *El Correo general histórico, literario y económico de la Europa*; y aun teniendo este periódico en círculo de publicación, en Agosto del mismo año salió con otro *Diario Extranjero*, para coleccionar las noticias de todo el continente, sobre todo en lo que concernía á artes, ciencias, agricultura, mecánica y otros adelantos semejantes. En 1764, con Ruiz Minondo, dió otra forma á sus periódicos en *El Novelero de los estrados y tertulias*; pero luego, en 1769, en *El Correo general de España*, volvió á sus tipos primitivos, en los cuales sólo hubiera sido preciso que se le permitiese introducir algunos artículos *de política* para acercarse á los que ya se publicaban en Londres, en

Francfort y en Lugano. Al mismo tipo ajustaba en 1786, todavía, su *Estafeta de Londres*. Pero, en realidad, ¿corresponden estas publicaciones periódicas á la idea de nuestros periódicos?

Desde el reinado de Carlos III alcanzaron algún renombre: *El Semanario Económico*, de D. Pedro Araus, de 1765; *El Memorial Literario*, que D. Pablo Trullers y D. Joaquín Ezquerro fundaron en 1784; *El Correo de los Ciegos*, de 1786, en que no se desdeñaron colaborar Cadalso y Moratín; en 1792, el *Correo Mercantil de España y sus Indias*, de D. Diego Gallardo y D. Eugenio Larruga; el *Semanario de Agricultura y Artes*, que en 1797 fundó el abate D. Juan Antonio Melon y continuaron los profesores del Jardín Botánico de Madrid, y las *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, de D. Manuel José Quintana y D. Juan Alvarez Guerra. Otros muchos periódicos de menor nombradía cita Hartzenbusch en sus *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños*, y para otros muchos más, que no cita, se pidió licencia, como el *Diario Enciclopédico de Ciencias*, que habían de redactar D. José María Merás y Alfonso, el médico irlandés D. Daniel O'Sullivan y el profesor francés de matemáticas M. Reynault, en 1788; el *Mercurio Histórico, Político y Literario de España*, de D. Cristóbal Cladera, del mismo año; el *Diario de las Musas*, de don Luciano Comellas y D. Lorenzo de Burgos, de 1789; *El Académico*, de D. Juan Meléndez Valdés, D. Juan de Peñalver, D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, D. Diego Clemencín y D. Domingo García Fernández, de 1793; *El Desengañador Político*, de D. Joaquín de Traggia, bibliotecario de la Real Academia de la Historia, de 1794; el *Diario Histórico*, de D. Pedro María Olive, y las *Efemérides Literarias*, de D. Esteban Albedert Dupont, abogado del Colegio de Madrid, del mismo año; el *Jardín Literario*, de D. Antonio Botija, de 1796; el *Correo de Madrid*, de D. José Antonio de Monegat, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Vich, de 1799; el *Diario de las Ciencias* y el *Diario de las Bellas Artes*, de D. Félix María de Enciso

y Castellón, «hijo de un criado que sirvió á V. M. más de cincuenta y siete años», de 1800; la *Década Filosófica, Política y Literaria*, de D. José de Meneses y Montemayor, alférez de fragata, de 1802; las *Efemérides ó Diario del estado de la Ilustración Nacional*, de D. Julián de Velasco, de 1803, y *El Censor Publicista*, de D. Santiago de Jonama, y *El Diario de los Espectáculos*, de D. Andrés de Miñano de las Casas y D. Alfonso Portillo, de 1804. El examen de todas estas publicaciones periódicas, en las cuales intervienen con frecuencia nombres tan distinguidos como los de Cadalso, Cladera, Moratín, Larruga, los Boutelou, Lagasca, Rojas Clemente y otros botánicos insignes; los abates Melon y Marchena, Llorente, Quintana, Alvarez Guerra, Beña, Arriaza, Meléndez Valdés, Cienfuegos, Clemencín, los Canga-Argüelles, Jonama, Traggia, Enciso Castellón, etc., sólo deja conocer los esfuerzos y la tenacidad de la opinión y la inteligencia por romper las ligaduras que contenían sus ya volcánicas expansiones; pero con la excepción uniforme y exclusiva de algún que otro artículo de crítica literaria, ni uno solo de aquellos escritores logró adelantarse á la acelerada evolución en que por aquel tiempo entraban todas las cosas que atañían al derecho de las instituciones y de los pueblos, de los individuos y de la sociedad. Toda tentativa en este sentido, disfrazárase del modo que se disfrazase, era instantáneamente reprimida por procedimientos tan severos como definitivos.

La fiebre del patriotismo dejó estallar las pasiones después de 1808, sin hacer nada útil para metodizar los ímpetus del sentimiento, poniéndole al servicio de las ideas generosas que inundaban todos los cerebros. De todo el periodismo que improvisaron las revoluciones y las guerras que comprenden el período de la Independencia nacional, sólo se destaca la serena silueta de *El Semanario Patriótico*, de Quintana, verdaderamente imbuída de la conciencia sentida é ilustrada de tan crítica situación. No es posible descartar de todo punto la nota del patriotismo de todos los que fueron colaboradores

con la pluma de aquella obra de titanes. Pero las ceguedades de los fanatismos anublaron en muchas ocasiones el anchuroso espacio que iluminaba el sol de la patria, y en la arena de sistemas, ideas y principios en que se empeñaron las lides de la inteligencia, frecuentemente hubieran podido comprometerse los intereses de la salvación nacional, si en palenques ajenos de aquellas disputas la espada y las alianzas no hubieran mantenido intacto el tabernáculo de la independencia. Aún con más furor que en las Cortes se sostuvo en los periódicos la intransigencia de todos los proselitismos; y aunque, ya por una causa política ya por otra, contendieron con la misma constancia hombres diversos, de tan varios temperamentos, de tan varias aptitudes y hasta de edades tan disconformes como Hugalde y Jérica, Villapanés y Pastor Pérez, Alcalá Galiano y Gallardo, Capmany y Mortpalau y Beña, Daza y Sánchez Barbero, Romero Pavón y Cabral de Noroña, Calvo de Rozas y Antillon, solamente dejaron á la posteridad un documento irrefragable de la elevación de su patriotismo y de la moderación de sus procedimientos, sin abjurar por esto de aquella fe con que lanzaban sus miradas al porvenir, aquellos pocos colaboradores que Quintana pudo congregarse junto á sí, primero en Madrid, después en Sevilla, más tarde en Cádiz, para formar de la lectura del *Semanario Patriótico*, más que una palanca de movimientos galvánicos, una escuela permanente de educación política, que preparase los espíritus para recibir con serenidad y emplear con decoro las conquistas del derecho, que se hacían necesidad suprema de nuestra constitución jurídica en los onerosos errores y en el vergonzoso desamparo en que habría incurrido la soberanía patrimonial del Trono. Ni el canónigo Navas, ni el joven Lista, ni el ilustrado Tapia, ni el sabio Antillon, ni el consecuente Alvarez Guerra, á pesar de las sentencias que algunos sufrieron después de la reacción, se separaron ya más de aquella línea de conducta; y aunque de 1810 á 1814 hubo periódicos como *El Ciudadano Constitucional*, de Sánchez Barbero; *La*

España Vindicada, del poeta y diplomático D. José Colón; *El Diario Mercantil*, de D. Pablo de Jérica, y *El Redactor General*, de Alcalá Galiano, Fernández Sardinó y el marqués de Miraflores, que profesaron verdaderos principios de gobierno, sólo el *Semanario Patriótico* legó al porvenir un prestigio invulnerable, porque en sus cortas páginas atesoró todo el sentimiento levantado de la conciencia y de la dignidad nacional, toda la majestuosa aspiración de la libertad y del derecho, con toda la moderación del orden y de la disciplina y toda la amplitud de una culta tolerancia.

Acaso algunos de sus redactores, los que emigraron á Francia, pudieron escapar de las represalias del oscurantismo, y combatidos por las necesidades dobles de la vida y la proscripción, debieron á los estímulos de su propio trabajo el honor de inmaculadas reputaciones y la escuela de útiles enseñanzas. Fué más provechoso aquel primer magisterio de civismo y de moderación que lo que aprendieron en el modelo de otros países, y en él contrajeron los hábitos de aquella templanza y serenidad de criterio que dió base á una escuela política que, á pesar de las vicisitudes violentas de que ha estado preñada la centuria que desaparece, todavía subsiste. Por lo pronto, cuando tras la rabiosa reacción de 1814 á 1819 vino la revolución rabiosa de 1820 á 1823, los hombres salidos de aquel magisterio vinieron á contener la avalancha de los disolventes en *El Censor*, de Miñano, de Gómez de la Hermosilla y de Lista; en *La Miscelánea*, de Burgos; en *El Universal*, de Ayta Caborreluz, Narganes y Galdeano; y aunque *El Zurriago*, de Félix Mexía, que repartía plumas de ganso para *El Universal*, de pelícano para *El Espectador*, de pájaro-mosca para *El Indicador*, y de avestruz para el *Diario de Madrid*, y que al mismo Argüelles le calificaba de liberticida y le llamaba ¡el fatal Argüelles!, regalara apodos de ambicioso á Miñano, de fatuo á Burgos, de insolente á Almenara, de fariseo á Melon, de desvergonzado á Lista y de desfachatado y grosero á Gómez de la Hermosilla; ello es que, para encauzar las

ideas, los colaboradores de todos aquellos periódicos, que parecían sospechosos á los exaltados y á los intransigentes, el arduo trabajo de sus plumas los constituía en una cátedra permanente para enseñar buen sentido, siendo los primeros á quienes tenían que dirigirse en esta obra de misericordia á los mismos que los asaeteaban con sus sátiras y diatribas, pues no para otros que para estos escritores *El Censor* se proponía, entre los temas de sus bien meditados artículos, asuntos como el siguiente:—«*De la importancia y utilidad de los periódicos; de la protección que debe dispensárseles por los gobiernos liberales; de la imparcialidad con que han de estar escritos, y de las obligaciones de sus redactores*» (1).

Con todo, la excesivamente fecunda producción periodística de 1820 á 1823, como su anterior más inmediata de 1808 á 1814, ni fué el modelo ni fué la cátedra del periodismo español del siglo XIX. *El Conservador*, que se fundó el 17 de Marzo de 1820, como órgano oficial de la Sociedad Patriótica formada en el café Lorencini, dejaba de publicarse en Septiembre del mismo año, acusando á sus demás colegas de la corte, con quienes contendía, que era imposible hombrearse con «escritores tan ignorantes que, faltos de toda instrucción, desconocían hasta el propio idioma en que se expresaban». *El Zurriago* tildaba á los redactores del *Diario Nuevo de Madrid* de no saber ni el *musa-musæ*, y aconsejaba á su director que se volviese á su antiguo oficio de sastre, pues no servía para periodista, «aunque se hubiese hecho *nacional de caballería*, empresario del *Café y botillería de la Madre Patria* y tertulio de la *Fontana de Oro*». *El Censor* veía con pena la prodigalidad de periódicos que se fundaban para morir casi antes de nacidos, y que «entre los infinitos que se han publicado y publican, fuesen tan pocos los que estuviesen escritos con la dignidad, imparcialidad y juicio que requiere la naturaleza de esta clase de publicaciones, siendo espectáculo degradante el

(1) *El Censor*, núm. 55, 18 de Agosto de 1821.

de sus redactores, que entre sí se despedazaban con indecentes dieterios é invectivas».—«Los nombres—añadía—de *gacetero*, *periodista* ó *foliculario*, que se les da á los que los escriben, son calificativos de desprecio, hasta el punto que han venido á ser un baldón y una injuria para el que los recibe» (1). Después de aquellas luchas, que no sembraron sino odios, el periodismo aún no había nacido entre nosotros. La cátedra del escándalo y la malignidad no educa sino para la degradación y el delito. Siguieron en la segunda reacción, aún más violenta que la primera, tinieblas, tinieblas sombrías; otra siembra maldita de rencores hasta la muerte: en Noviembre de 1823, Riego; en Agosto de 1826, Bessieres; en 1828, las hecatombes del conde de España en Cataluña; en Octubre de 1830, Chapalangarra en las vertientes del Pirineo; en Mayo de 1831, Mariana Pineda en Granada; en Diciembre del mismo año, Torrijos en Málaga: todas las causas anárquicas de la discordia, laureando sus cabezas con las aureolas de los martirios. No hubo esperanzas de paz hasta que el rey enfermó y se creyó á las puertas de la muerte. El decreto de amnistía de la reina María Cristina de Nápoles fué el iris de la regeneración, y todas las demás cosas ambicionadas se dibujaron en el horizonte como por encanto. ¿Cómo no había de aparecer el periodismo? El decreto de amnistía se firmó por la reina María Cristina el 6 de Octubre de 1832; el 7 de Noviembre los dos Carnerero, Alcalá Galiano y Grimaldi ponían en circulación el primer número de la *Revista Española*, y el 16 del mismo mes su *Boletín de Comercio* la Junta del Real Consulado de Madrid, llamando á su colaboración, así financiera como literaria, á D. Fermín Caballero, á Estébanez Calderón, á Bretón de los Herreros y á Gil de Zárate, todos jóvenes de espléndidas esperanzas. Hasta la sátira acudió al palenque; pero no la sátira personal y de pasiones políticas, sino contra las costum-

(1) *El Censor*, tomo 10, pág. 57, núm. 55.

bres sociales que envejecían y degeneraban en anacrónicas. Otro joven literato, de ánimo resuelto y abierto espíritu, la sustentaba, y tras el pseudónimo de *El Pobrecito Hablador*, que era, á la vez, el nombre de su periódico, se descubría el genio crítico de D. Mariano José de Larra, que empezaba á revolotear con propias alas. Algunos sospecharon que *El Pobrecito Hablador* sería secuela de *El Pobrecito Holgazán*, de Sánchez Barbero, durante la guerra de la Independencia en Cádiz, y que en Larra podría esconderse aquel espíritu político de *El Conciso*, que tantos suspiros costó á su infortunado autor en las prisiones de Ceuta. Pero Larra, aunque liberal por temperamento, había templado las alas de su genio en otro ambiente de más nobles idealidades. Su musa era el sarcasmo, pero no la iracundia.

La aparición de estos papeles periódicos sólo fué el alba precursora del sol espléndido del periodismo verdadero. Algunos de los escritores que el Consulado había puesto á su servicio ya desde 1828, pudieron ejercitar sus facultades periodísticas con el real beneplácito del rey Fernando VII, cuando, á instancias de la reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia, se fundó *El Correo Literario y Mercantil*, para destinar sus productos, juntamente con los del *Diario de Avisos*, en beneficio de los establecimientos benéficos. Formaron su redacción D. José María Carnerero, D. Juan López Peñalver, don Manuel Bretón de los Herreros y D. Mariano de Rementería y Fica; pero este periódico, que fué el primero de España en que se describieron los caminos de hierro, sólo se ocupaba de asuntos de intereses económicos y generales, ó de mera literatura, habiendo sido el primero también en que se dió noticia circunstanciada de la muerte de Moratín en París.

Desde el decreto de amnistía y reapertura de las Universidades, ¡cuántas nobles esperanzas patrias se depositaron en aquella augusta dama, cuya primera obra al venir á compartir el lecho y la corona del ya casi agotado é imbele Fernando VII, fué la creación del Real Conservatorio de Música y

Representación! Toda la juventud patricia ilustrada de todas las partes de la Monarquía se puso en movimiento y en derrotero uniforme; de todas partes afluyó á concentrarse con todas las armas de sus varias y vírgenes facultades en torno al trono que ella había pronto de escudar con el manto glorioso de madre. Desde la reina Doña Isabel I de Castilla, ninguna otra dama había ocupado el tálamo de nuestros reyes á quien las musas nacionales consagraran tantos tributos de veneración más sentida. El periodismo, aún en mantillas, trataba de prosternársele. *La Estrella*, en 1833, quiso erigirse en primer paladín de su causa; *La Aurora de España* la aclamó su protectora, y *El Tiempo* se dispuso á fijar las líneas del derecho de sus hijas. Burgos, fundador del Ministerio de Fomento, y que en el primer gabinete que formó la Reina Gobernadora obtuvo esta cartera con la interina de Hacienda, tratando de adelantarse á este movimiento, creó un *Diario de la Administración*, cuya redacción sometió á dos jóvenes ilustres: D. Salustiano de Olózaga y D. Joaquín Francisco Pacheco. Uno y otro estaban cortados para más, y el último, en la cátedra del Ateneo, había ya logrado hacer el trono de su reputación, de su saber y de su elocuencia. Hasta los jóvenes de su edad le llamaban *el maestro*, y las ocupaciones del periódico burocrático de que fué encargado no obstaron para que D. Bernardino Núñez Arenas, al crear otro periódico todavía más literario que político, *El Siglo*, contase con su colaboración principal, así como con la de Nicomedes Pastor Díaz, José García de Villalta, el Duque de Frías, Espronceda, Ventura de la Vega y Ros de Olano.

El 1.º de Enero de 1834 se fundaba el *Diario de Administración*, y el 21 del mismo mes, *El Siglo*; mas en 1.º de Abril presiente próxima su caída y se dispone á continuar el magisterio de la naciente prensa, que ya ensayó en 1820, en *La Miscelánea*, fundando un nuevo periódico político. Él mismo escribió su prospecto, y prohió para él el título de *El Universal*, no en recuerdo de los que llevaron el mismo nombre

en 1814 y en 1820, y mucho menos porque «le halagara la vana presunción de *don Quixote*»; sino porque «enemigos irreconciliables él y sus colaboradores de toda suerte de esclavitud había formado el designio de examinar y presentar, discutidas con la racional y prudente libertad sancionada por los fueros de la razón, todas las cuestiones enlazadas con los verdaderos intereses del Trono, del Estado y de la Patria». Su dogma se encerraba en esta lacónica frase: «La *utilidad* será la firme base sobre que procuraremos levantar nuestro edificio». Su programa abarcaba todos los problemas políticos del Estado, todas las cuestiones sociales y todas las manifestaciones de la cultura intelectual y del arte. Se hallaba de acuerdo con Lista, al cual, después de haber peregrinado, al terminar las campañas de *El Imparcial* y de *El Censor*, por la *Gaceta de Bayona*, en 1828, y por *La Estafeta de San Sebastián*, en 1830, el conde de Ofalia, durante su breve ministerio, lo había nombrado director de la *Gaceta de Madrid*. Pero Burgos cayó del Ministerio de Fomento el 17 de Abril, y debiendo influir este acto así en su posición personal como en la de los que había tomado por colaboradores, *El Universal* cesó de publicarse el 18 de Mayo, para resucitar el 10 de Junio, con un nuevo nombre, con un nuevo director, con una nueva redacción y con un nuevo programa. El nombre de este periódico, en lo sucesivo, fué el de *La Abeja*; el nuevo director fué el ilustre joven D. Joaquín Francisco Pacheco; á la nueva redacción afluyeron sucesivamente, como escritores políticos, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Gervasio Gironella, González Llanos, Hernández de la Rúa, D. Alejandro Oliván, Pérez Hernández, Ríos y Rosas, Roca de Togores, después marqués de Molins, siendo el poeta de redacción, que entonces suplía la ausencia de folletín, D. Manuel Bretón de los Herreros. No quedó en *La Abeja* ni un solo nombre que recordara la antigua falange del elemento afrancesado, ni de Francia otros servicios que los de imprenta, pues ya para *El Universal*, á quien sustituía, se habían traído de París «prensas llamadas mecánicas, cuyo

uso hasta ahora ha sido desconocido en España, y son las únicas que hay de esta especie». *H. C. Molinsu*

Tal vez á la resolución de los fundadores de *El Universal* los empujó más vivamente la aparición de otro periódico de intenciones más batalladoras, cuyo primer número se había dado á las esferas de la publicidad el 1.º de Mayo del año referido. Titulábase *El Eco del Comercio*, y aunque en los elementos metálicos de su fundación jugaba el nombre de don Angel Iznardi y el de D. Francisco Mendialdúa, en los elementos políticos de su composición, la dirección efectiva dióse á un antiguo *tomista* de la Universidad, que había caído desgajado de los pinares de Cuenca, sobre Madrid, algunos años antes, royéndole los zancajos con festiva impertinencia al ya viejo y molido D. Sebastián de Miñano, por sus estudios geográficos de España, así como cuando trocó los dogmas del doctor seráfico por los de Condorcet y Diderot, en nada menos pensaba que en la figura de un segundo Robespierre. Este joven audaz, disputador y fogoso, era D. Fermín Caballero, á cuyo lado en el momento se pusieron militantes, Bautista Alonso, Félix Bona, el gaditano Corradi, Fuente Andrés, Gálvez Cañero, Labrador, D. Joaquín María López; es decir, todos los segundones del naciente progresismo. Y en efecto, no fueron las polémicas que en su larga vida de quince años provocó *El Eco del Comercio* las polémicas de sus congéneres de 1810 y 1820; pero muchas, muchas veces oyó llamarle, en lícitas defensas, periódico de calumnias y de cobardes invectivas.

Mal puede decirse, no habiendo quedado piezas justificativas que lo acrediten, que la rápida transformación que sufrió el recién fundado *Universal*, al convertirse en *La Abeja*, tuvo por objeto oponer una fuerza juvenil de gran inteligencia, profunda erudición, firme conciencia y espíritu perseverante, á la fuerza menor y juvenil que lanzaban los elementos avanzados para abrir otra arma de combate entre los mismos que se habían colocado en torno del trono de la Reina Gobernadora y de su augusta hija, para renovar las iras y las aspere-

zas de 1820. La cuestión es que si los viejos furoros yacían mal apagados en el corazón de algunos extremosos, de quienes *El Eco del Comercio* pudiese convertirse en instrumento, sus provocaciones hallaban un muro robusto en que estrellarse en el grupo de aquellos hombres que Pacheco reunió en *La Abeja* bajo su dirección y magisterio, todos eminentes por sus talentos, instrucción y facultades en el grado máximo de la palabra. Ninguno se desdeñó de llamarse su discípulo, y el que estas líneas escribe, ligado también á él, aunque mucho más tarde, por vínculos de gratitud, jamás ha podido borrar de su memoria el espectáculo de las lágrimas bañando el rostro de un hombre de entereza tan reconocida como Ríos y Rosas, al recibir como un rayo la noticia de la muerte *de aquel amigo, de aquel maestro*. Pacheco suscribía con sus iniciales todos sus artículos de *La Abeja*, y por este feliz hábito que tenía, se ve en sus columnas toda su varia, asidua é intensa labor. Del artículo de fondo, que, aunque en forma de discusión, conservaba siempre el tono dogmático del magisterio, descendía frecuentemente, invadiendo las atribuciones de Bretón de los Herreros, á la crítica literario-teatral, á las amenidades del ingenio y hasta á la poesía. Bretón, con su gracia inimitable, era el monopolizador de esta parte recreativa del periódico. Además de los artículos de entresemana, todos los domingos había de dar una *letrilla* por folletín. Algunas veces fingía el cansancio de su musa para cumplir con este empeño; pero siempre lo hacía con aquella *difícil facilidad*, aquella suma de dificultades propuestas y vencidas y aquella *salina* inagotable que constituía el tipo de su genio y de su musa.

¡Vaya, que es faena
que me causa pena!
¡vaya! que es muy duro;
¡vaya! que es apuro.
En cada semana...
¡Jesús! ¡qué polilla!
Con gana ó sin gana
dar una letrilla.

A una pluma seria
 hoy sobra materia:
 ¿quién no hace un orondo
 discurso... de fondo?
 Y si escribe en gringo
 ¡oh! ¡qué maravilla!
 ¡Mas cada domingo
 dar una letrilla!

.....

Puede decirse que ningún punto de contacto existía entre el periodismo naciente de 1834 y el de 1812 y 1820, y, sin embargo, todavía el periodismo de *La Abeja* y *El Eco del Comercio*, de la *Revista-Mensajero*, de D. Antonio y D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Aniceto Alvaro, y de otros periódicos que alcanzaron una vida más fugaz y de menor resonancia, como *La Crónica*, *El Observador*, *El Nacional* y *El Eco de la Opinión*, no habían salido de las mantillas nacionales para ocupar puesto en el común cosmopolitismo de la prensa universal. Vino á abrir este horizonte á la prensa española y á conquistarle esta jerarquía en el mundo de la inteligencia un hombre nuevo en los círculos de sus connacionales, que no habían visitado en los últimos diez años á París ó á Londres, en cuyas capitales, como en otras de Europa, alcanzaba una merecida reputación. Este era D. Andrés Borrego. Los que le hemos alcanzado en los avanzados años de vida que logró, no hemos visto de él sino el espectro: un hombre fuera de juego hacía más de treinta años, batiéndose siempre en las trincheras del trabajo para mendigar la subsistencia; una fe que no era nuestra fe; ideas que no eran nuestras ideas; un muerto resucitado, empeñado en vestir el traje de los vivos. Era andaluz, y de Málaga; había visto por sus propios ojos en la Península los soldados invasores de Napoleón y los soldados auxiliares del duque de Angulema. Con inteligencia de gigante se había arrojado en la balanza vencida del mundo del porvenir, y sin haber adquirido en las luchas de su juventud aquellas responsabilidades por las que el peligro le hubiera

asediado de continuo, tomó el partido de los proscritos y se sentenció á sí propio al ostracismo. Esta parte de su vida está referida por él mismo en una carta á D. Mariano Luis de Larra (*Fígaro*), su redactor en *El Español*, é impresa el 23 de Mayo de 1836 en un número, el 205, de este periódico. Tomo de él algunas notas, que refuerzo con los apuntes que oyéndole á boca hice de él en 1872, cuando me dispensó el honor de que le sustituyera en la dirección política de *La Brújula*, último periódico que dió á luz, durante su larga ausencia al ejército del Norte.

—«Muy joven, decía Borrego á Larra, me alisté en las banderas del pueblo, y desde que sirvo en ellas, ni un solo instante me acusa mi conciencia haber desertado de la santa causa de la humanidad. Cuando la ruina de la naciente libertad española compelió á sus más esforzados defensores á buscar un asilo en los países extranjeros, mi ardor por la causa de los pueblos me llevó á combatir en las filas de los más comprometidos defensores. La prensa francesa, durante diez años (1), salvaguardia única de los derechos populares en el continente europeo, me contó entre sus más activos miembros, en la memorable lucha que sostuvo contra las demasías de poder de Luis XVIII y Carlos X (2). Llegado el momento del combate, cuando el verdaderamente heroico pueblo de París se alzó en armas contra la tiranía, en las memorables jornadas de Julio de 1830, me tuvo en sus filas desde la noche del primer día de batalla; y cuando al tercer día de esfuerzos, de abnegación, de entusiasmo y de sangre, alcanzamos la victoria y plantamos las banderas del pueblo en los alcázares de la

(1) 1823-1833.

(2) Los trabajos periodísticos de Borrego, antes de 1834, fueron: 1820-23, *La Confederación Patriótica*, que fundó en Málaga; 1825, *El Correo Nacional*, que fundó en Buenos Aires (Argentina); 1829, *Le Temps*, que fundó en París y es actualmente el periódico internacional de la capital de Francia; 1831-34, *Le Constitutionnel*, de París, del que fué redactor; 1831-34, *The Morning-Herald*, de Londres, de quien fué corresponsal en París.

restauración, *fuí el cuarto de los combatientes que se apoderaron á viva fuerza del Hotel de Ville* é instalaron en él la autoridad popular encargada de regularizar la victoria. Los documentos públicos y recompensas decretadas por la Cámara de los Diputados de Francia ofrecen los testimonios de estos hechos. Resumen: una vida de estudios y de sacrificios; doce años de expatriación y ocho de combate entre las filas más perseverantes y progresivas. Nada ha alterado el carácter de mis escritos, ni se alterará mientras no vea realizado el reinado político del cristianismo; esto es, acelerar aquel estado social en que los hombres todos han de vivir entre sí tratándose como hermanos y como iguales».

Al restituirse á su patria y al fijar su residencia en Madrid un hombre de estos antecedentes, desde Francia trajo el propósito de aplicar su palanca á la organización del periodismo como instrumento de la pública opinión, sacándolo del estrecho círculo interior en que dirimía sus controversias, como si viviera aislado y fuera del planeta con relación á la vida, al movimiento y á los intereses de los demás pueblos y de la civilización general, y propenso á consumirse en divorcios domésticos secundarios y sin elevación ó á enfangarse en el lodo de emulaciones personales, de odios sectarios y de rencores de familia que nos degradaban á los ojos del mundo y nos empujaban á esa eterna lid de agitaciones y bullangas en que hemos perdido hasta la noción de nuestra personalidad nacional. Periodista desde su floreciente juventud, su ilusión era constituirse en el generador del periodismo en su patria, tal como él lo había profesado en *Le Temps* y en *Le Constitutionnel*, de París, y tal como lo había estudiado con creciente admiración en Inglaterra. Mas para realizar este pensamiento, el primer obstáculo que se presentó á su vista fué el inconcebible atraso en que se hallaban entre nosotros todas las artes auxiliares del periodismo. La Imprenta Nacional, donde se tiraba la *Gaceta*, todas las publicaciones oficiales y todas las de particulares que afectaban algún lujo, carecía aún en 1834 de má-

quinas ó prensas de manubrio. Hízolas traer Burgos de París para *El Universal*, como antes se ha dicho; pero con platinas de 0,760 m. \times 0,550 m. de lado, porque nuestras fábricas de papel, así del Este como del Norte, no producían más que el llamado de tina, que era el único en que se imprimía en España, donde el de algodón y otras sustancias textiles no había hecho todavía su ingreso en tamaños más propios para este menester, ya que á la sazón tampoco lo fabricaban continuo y en rollos, como ahora, ni en Francia, ni en Alemania, ni en la Gran Bretaña.

Borrego logró formar una sociedad comanditaria, á cuyo frente se pusieron el conde del Montijo, D. Cipriano de Guzmán y Portocarrero, el marqués de San Felices, D. Mariano de Guillamas con su primogénito D. Fernando, y el banquero D. José de Irunziaga, y cuyas acciones se disputaron con verdadera emulación por todo el comercio de Madrid, con el objeto aparente de fundar, según establecía su artículo 4.º, «un establecimiento tipográfico planteado bajo las bases de los últimos adelantos hechos por este arte, y dirigido á difundir entre los españoles los productos de la imprenta, llevando éstos á todo el grado de perfección, así como al nivel de baratura á que se ha llegado en otros países»; pero con el fin general de crear un periódico que pusiera el nombre culto de España en la graduación más alta que el periodismo alcanzaba en los pueblos más civilizados, bajo la administración y la inspección inmediata del Consejo de aquella sociedad y la dirección técnica y efectiva de D. Andrés Borrego.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

(Concluirá.)

RECUERDOS



Como voy dictando estos recuerdos sin plan preconcebido, sin orden cronológico, sino como ellos se van presentando, ordenada ó desordenadamente, y por lo regular desordenadamente, á mi memoria, los sucesos á veces se mezclan y se confunden, y aun se invierten.

Son como cerezas en cesto, que al sacar una de las que están en la superficie, saca enredadas por sus dobles rabillos un pelotón de las cerezas que se agrupan en el fondo.

Digo esto, porque al leer el último artículo veo que he precipitado las fechas, y que llegué de pronto á los mitins de la Bolsa y á las discusiones del Ateneo, sin la debida preparación y sin haber explicado ciertos cambios de mi espíritu y cierta ampliación de mis aficiones.

Sin haber dicho cómo y por qué yo, que no había pensado más que en las Matemáticas y en el teatro, llegué á encariñarme con otras ciencias y otras disciplinas científicas. Por ejemplo, con la Economía política, con las Ciencias sociales y y hasta con la Política misma.

No tomó espontáneamente esta nueva dirección mi actividad intelectual. Abandonado á mí mismo, hubiera seguido toda mi vida estudiando Matemáticas, y cuando más, y en ocasión propicia, hubiérame lanzado á escribir dramas.

Pero ni hubiera hablado en la Bolsa ni en el Ateneo, ni habría llegado á tener pretensiones de orador ni de hombre

político, con todas sus consecuencias buenas y malas, que de todo tiene la viña del Señor.

El impulso vino de fuera, no fué impulso interno.
Y diré cómo fué.

*
* *

La curación de todas mis tristezas, el remedio de todos mis aburrimientos, el centro de todas mis ilusiones intelectuales, por decirlo de este modo, ha sido siempre el estudio de las Matemáticas.

Cada uno se consuela como puede y á su manera. El creyente se entrega á la oración. El de exquisita sensibilidad y querencias musicales, en la Música busca alivios y distracciones. Ciertas naturalezas pervertidas, en el alcohol; y otras, en el opio. Yo, en las Matemáticas, que lo eran para mí todo en aquella época de mi vida.

Cuando vi rechazado mi primer drama, después de hacerlo pedazos, y más que pedazos añicos, á las Matemáticas, que tenía ya un tanto abandonadas, volví mi atención, dedicándome de lleno al estudio de las obras de los grandes maestros, que lo fueron en aquella ocasión Cauchy y Poncelet: los ejercicios de Análisis del primero, y las Propiedades proyectivas de las figuras del segundo. Y por cierto que la casualidad me hizo escoger dos sabios que en vida no habían sido muy amigos, y cuenta que las pasiones y los odios de los sabios no pecan por excesos de mansedumbre ni de prudencia.

Con esto y con las dos clases que entonces desempeñaba en la Escuela de Caminos, rellenaba buen número de horas de las veinticuatro del día; pero aún me quedaban bastantes para seguir leyendo las novelas francesas más en boga y para asistir á todos los estrenos teatrales.

Algún tiempo después tuve el sentimiento de separarme de mi constante y buen amigo Leopoldo Brookman.

Este había conseguido que le nombrasen Director del Ca-

nal de Castilla, con lo cual pidió licencia, la obtuvo y dejó la Escuela de Caminos.

Por entonces estreché mis relaciones de amistad con Gabriel Rodríguez.

Habíamos sido compañeros de carrera; él estaba en quinto año, cuando yo estaba en tercero. La diferencia de *categoría* entre ambos no dió ocasión por entonces á que estrechásemos nuestras relaciones de amistad; pero Rodríguez acabó la carrera, se fué á Cataluña, destinado al servicio ordinario, y volvió de profesor á la Escuela, precisamente cuando yo empezaba el quinto y último año.

Fué mi profesor de Derecho administrativo, me trató con gran cariño, me dió la nota de sobresaliente, y cuando algunos años después volví yo de profesor, se estrecharon nuestras diarias relaciones en la Escuela.

Al marcharse Brookman, como antes decía, aumenté las horas que diariamente dedicaba á la Biblioteca; y como en ella nos veíamos de continuo Gabriel Rodríguez y yo, él empezó á ejercitar en mí su actividad propagandista, hablándome continuamente del librecambio, de la liga de Manchester y de la Economía política.

Al principio, yo no prestaba grande atención á sus predicciones, porque suponía que la Economía política había de ser tan aburrida por lo menos como el Derecho administrativo, el cual, dicho sea entre paréntesis, habíame sido profundamente antipático.

El libro de Colmeiro, cuyo mérito he comprendido después, fué para mí, mientras tuve que estudiarlo, el libro más repulsivo y, como diríamos hoy, más latoso.

Por aquel tiempo no se había enriquecido el idioma con este adjetivo, que hoy todo el mundo conoce y aun suele practicar.

Por fin, sin ilusión de ninguna clase, y únicamente por complacer á Rodríguez, emprendí la lectura de las *Armonías económicas*, de Bastiat.

La impresión que en mí produjo este libro fué inmensa: fué abrirse ante mis ojos un horizonte espléndido, que jamás había sospechado.

La forma eminentemente literaria, porque después supe que Bastiat, en opinión de los maestros, era un gran escritor; el rigor matemático de los argumentos, el noble y sano optimismo de que está impregnada la obra, conquistaron mi espíritu de una vez y para siempre.

Al que esto lea hoy podrá chocarle elogio tan entusiasta, y sobre todo, rechazará con desdén lo que acabo de decir sobre la argumentación matemática; pero yo afirmo que lo es, que á todos los argumentos y demostraciones de la obra de Bastiat se les puede aplicar el algoritmo matemático sin dificultad de ningún género.

No es, como se supone, una obra meramente poética, es una obra eminentemente científica: lo que hay es que para mucha gente no es científico lo que no es aburrido, ni hay nada profundo si en ello no dominan impenetrables obscuridades: no sé por qué ha de ser más científica una nebulosa que un sistema solar.

Nunca me ha parecido preciso que se escriba mal y confuso para decir cosas buenas. Si las Matemáticas me parecen hermosas, es, entre otras razones, porque son muy claras. La claridad es luz, y la luz es elemento estético desde que el *fiat* soberano la separó de las tinieblas.

¿Son las *Armonías económicas* una obra total y completa? ¿Abarca todos los problemas que hoy se agitan en la vida económica de los pueblos? ¿Los profundiza tanto como hoy se han profundizado? No, seguramente; porque, de ser así, el libro de Bastiat sería uno de los primeros de la Literatura universal.

Su optimismo, ¿puede aceptarse en absoluto, rechazando toda sombra y todo conflicto?

Tampoco lo creo, como no creo que esté hoy mismo resuelto el problema pavoroso del mal.

Pero todo esto no impide que el libro de Bastiat sea una obra verdaderamente admirable.

Todo lo que dice es exacto, es indiscutible, es matemático, no puede combatirse más que con sensiblería hueca, ó con palabrería, hoy muy de moda.

¿Dejará de ser un libro también admirable la *Geometría* de Euclides, porque desde entonces acá haya progresado prodigiosamente la Ciencia?

Con este criterio exclusivo, comparando en la eterna evolución de las cosas términos separados por muchos siglos, se pueden cometer grandes injusticias, y en la crítica grandes errores.

Un teorema es exacto en los límites de su enunciado; las demostraciones de Bastiat en el libro de las *Armonías económicas* son exactas también, dados los términos del problema y los procedimientos de que se sirve el autor para desarrollarlas.

Aunque no se considere el libro de Bastiat sino como un idealismo de la Economía política, será libro digno del respeto más profundo y de la más profunda simpatía.

* * *

Sea de ello lo que fuere, que no he de extenderme más en estas disquisiciones, ello fué que la lectura de la célebre obra del simpático y noble economista produjo en mí un efecto extraordinario y me conquistó de una vez y para siempre para la Ciencia económica.

Ya no tuvo que hacer Gabriel Rodríguez grandes esfuerzos en su empresa de propaganda cerca de mi modesta pero interesante persona.

Leí con ansia y con entusiasmo todas las obras que quiso darme á leer de los maestros de la Ciencia en Inglaterra y en Francia, y las primeras, por de contado, las obras completas de Bastiat: aquella serie de folletos tan llenos de ingenio, de gracia y, de nuevo insisto, de espíritu matemático; porque no hay demostración de Bastiat (he de repetirlo una y cien

veces) que en demostración matemática no pueda convertirse, como lo fueron en lo sucesivo los discursos y los artículos de Gabriel Rodríguez, más severos en el estilo, pero impregnados del espíritu del gran maestro.

Con lo cual, después de agotadas las obras que me dió á leer, agregué espontáneamente á los *Anales de Matemáticas*, de Terquen y de Liouville, el *Journal des Economistes*, para que en mis lecturas habituales tuvieran representación mis nuevas aficiones.

No hay que decir que el estudio de la Economía política clásica provocó el de las escuelas rivales, y que leí cuanto pude sobre el comunismo, el socialismo y muy particularmente las obras de Proudhon, que eran las que en aquella época más ruido armaban en el mundo.

Pero Gabriel Rodríguez era un espíritu eminentemente práctico y batallador, y no se contentaba con lecturas, estudios y discusiones íntimas; quería salir, y salió á la lucha pública y ardiente, y me arrastró consigo, porque en mí, su carácter resuelto y su talento ejercían y ejercieron siempre influencia decisiva. Hoy casi le daríamos el nombre de sugestión.

Fundamos, ó por mejor decir, fundó él, un periódico titulado *El Economista*, del cual era el nervio y el alma. Y en ese periódico escribí yo muchos artículos, empezando lo que pudiera llamar mi vida periodística.

No le bastaba el periódico á Gabriel Rodríguez, y en unión con Figuerola, con D. Luis María Pastor, con San Romá, Moret, los Bonas y otros muchos, fundó ó fundaron entre todos la sociedad para la reforma de los aranceles de Aduanas y para la propaganda librecambista en España.

Claro es que, siguiendo á Gabriel Rodríguez, formé parte de dicha sociedad, y en uno y otro mitin de la Bolsa hice mis primeros pinitos como orador.

Tiempos aquéllos de actividad, de fiebre, de entusiasmo y de fe.

La verdad es que el público, y casi todos los que se preciaban de cultos y avanzados en ideas, estaban con nosotros.

Los aplausos se obtenían con bastante facilidad, como sucede siempre en casos semejantes: no había más que atacar fieramente al proteccionismo en general, y á los proteccionistas catalanes en particular, para ganar las simpatías del público.

Cada discurso de los que entonces éramos jóvenes y enarbolábamos la bandera del librecambio con resolución, era un gran triunfo.

Recuerdo que una vez, y en un mitin de aquellos, habíamos arrancado grandes aplausos Rodríguez y yo en nuestros respectivos discursos. Pues bien, al día siguiente tuvimos, como los triunfadores romanos, quien nos recordase, entre bromas y veras, que todos éramos mortales.

Escena que me hizo suma gracia y que no he olvidado nunca.

Entre los profesores de la Escuela y compañeros nuestros, había uno que era un tipo curiosísimo y muy digno de estudio.

Llamábase D. José J.; había sido profesor mío de Canales y Puertos, me quería mucho y me había dado la nota de sobresaliente. Y observe el lector, dicho sea de paso, cómo no pierdo ocasión de poner en relieve mis merecimientos. Si para esto no sirve una autobiografía, y la mía sobre todo, no sé para qué diablos ha de servir. Sobre todo, este documento humano no me parece que resultaría debidamente documentado si no hiciese constar dato tan importante.

D. José J. era hombre de talento, de inteligencia muy clara, de espíritu muy bueno en el fondo, pero metido en un cuerpo contrahecho. Era jorobado, enormemente jorobado, con doble joroba, piernas muy largas, cuerpo ancho y, en resumen, estatura muy pequeña. Dijérase que había recibido un golpe en la cabeza, que le había doblado y hecho rebosar por el pecho y la espalda toda la caja del cuerpo.

Comprendía él que su figura era risible, y habíase propuesto, más por cálculo que por impulso de su naturaleza, hacerse respetar á fuerza de ironía; de suerte que, apreciado de todo el mundo, todo el mundo le tenía miedo, y nadie se permitía con él la más insignificante broma. Él en aquel pequeño círculo tenía el privilegio exclusivo de darlas.

Cuando después del doble triunfo antes referido nos encontramos con D. José en Secretaría, nos llamó á Rodríguez y á mí al hueco de una ventana.

Me parece que le estoy viendo, con su gabán de color pardo, sus largas piernas y sus largos brazos, su doble y triste prominencia, su rostro demacrado y pálido, sus gafas de oro y su sonrisa burlona. Pero no eran sus burlas, burlas aceradas, más bien tenían algo de triste y de bondadoso: era como una perpetua reconvención á la Naturaleza.

Cuando nos tuvo bien enchiquerados en el hueco de la ventana, empezó su discurso en esta forma (hasta creo recordar sus propias palabras):

Estuve ayer en la Bolsa: les oí á Uds.: me gustaron mucho los dos discursos, y aplaudí como todo el público.

Ustedes saben que soy su amigo, que soy sincero, y con toda sinceridad les doy la enhorabuena.

Pero por lo mismo que soy su amigo, y que yo no tengo aspiración ni ambición de ningún género, debo decirles á ustedes la verdad, é impedir que se ensoberbezcan más de lo justo.

Ya lo he dicho: pronunciaron Uds. dos discursos excelentes; pero todo es relativo en este mundo, y no han de creer Uds. que han realizado obras maestras de mérito excepcional.

—Por Dios, D. José—le interrumpimos á coro.

—Ya lo sé, ya lo sé; Uds. tienen buen sentido, pero los aplausos hacen perder la cabeza. Y aquellos aplausos ya se acabaron, y mañana nadie se acordará ni de los discursos ni de Uds., porque no imagino que Uds. se figuren que van á

ser inmortales por dos discursitos más ó menos aplaudidos en la Bolsa.

—Vamos, D. José, no sea Ud. bromista.

—¡Qué cosas tiene Ud.!

—No, si yo reconozco talento en uno y en otro: tienen Uds. más talento que yo; yo no sería capaz de hacer lo que Uds. han hecho ayer; pero, reconociéndome inferior á Uds., creo que somos cantidades del mismo orden. Yo cantidad finita, y Uds. también. Yo inferior, superiores Uds.; pero, desengáñense, lo probable es que ni de Uds. ni de mí se acuerde la Historia. Digo esto como correctivo á la vanidad que siempre es de temer, aun en personas mayores, y muchísimo más en la juventud, que tiene la cabeza llena de ilusiones. En suma, deben Uds. estar satisfechos, pero no orgullosos.

Y á este tenor, siguió largo rato tomándonos el pelo, como ahora se dice.

Y nos abandonó á nosotros para seguir sus bromas con los demás compañeros.

Se acercó á la mesa, se inclinó sobre ella para leer no sé qué, y detrás de su cabeza inclinada, y que desaparecía casi, se alzaba la punta de su joroba posterior cubierta por el paño de su gabán pardo.

Se le acercó un compañero, y en tono afectuoso le dijo:

—El sábado no vino Ud., don José; estuvo Ud. sin duda de picos pardos.

La frase la dijo sin intención; pero D. José siempre estaba en guardia y al quite, y por si acaso, sin abandonar su postura, levantó un poco su cara pálida, y como mirándose al soslayo la joroba, contestó sonriendo:—Yo siempre estoy de picos pardos.

Era un hombre especial. Aunque era bueno, y jamás hizo daño á ningún alumno, no hubo jamás en la Escuela profesor más respetado ni más querido.

Se hacía respetar en todas partes, hasta en el distrito, cuando giraba sus visitas de reglamento á las carreteras, pa-

seando por ellas, sobre enorme caballo, su figura tristísima y su uniforme de ingeniero.

En la fonda, pocas veces tocaba la campanilla para llamar á la servidumbre. Tenía dos cachorrillos (que así se llamaban por entonces á unas pequeñas pistolas), y en vez de llamar á la campanilla disparaba un tiro al aire.

¡Pobre D. José! era bueno y cariñoso, aunque cultivaba, y con gran resultado, la ironía.

Para que en él todo fuera extraño, murió en la berlina de una diligencia al volver de Panticosa.

Durante muchos años, él, Gabriel Rodríguez y Manuel Merelo tuvieron Academia de Matemáticas, que fué de las más acreditadas de Madrid.

*
* *

Ya por entonces contaba España con una colección bastante completa de partidos políticos.

Empezando por los más reaccionarios, nos encontrábamos con los carlistas, partido eterno y eternamente petrificado, en el que, sin embargo, empezaba á dibujarse el grupo puramente neo.

Seguía á éste el de los antiguos moderados, que roto y deshecho y fraccionado en su larga vida de los once años, había quedado definitivamente vencido en su totalidad y en sus fracciones por el célebre pronunciamiento del año 54, que empezando por la sublevación militar del Campo de Guardias, había convertido en verdadera revolución por obra y gracia del manifiesto de Manzanares.

Venía en tercer término la unión liberal, representada por O'Donnell y los doce hombres de corazón. Partido de fuerza y de inteligencia; término medio entre el moderantismo histórico y los partidos avanzados, y que gobernó durante cinco años con paz, con simpatía general, con gran desarrollo de los intereses materiales, con mucho espíritu de tolerancia, y

hasta con cierta gloria militar, que por entonces entusiasmaba y que prestaba á O'Donnell, á Prim y á otros muchos generales, prestigios y popularidad.

La unión liberal realizó y pudo utilizar los grandes productos de la desamortización decretada por las Constituyentes del 54 al 56, y con los miles de millones así obtenidos se subvencionaron y construyeron una gran parte de las vías férreas hoy existentes.

Es indudable que aquellos cinco años fueron años de progreso y de orden; y hasta se pensó en que España podría estar colocada en la lista de las potencias de primer orden.

Aunque yo jamás pertencí á dicho partido, y aun más adelante, el grupo economista combatió á la unión liberal enérgicamente, la justicia me obliga á consignar lo que en las líneas anteriores dejo consignado.

En rigor, la unión liberal mostraba gran tolerancia: al menos, una tolerancia relativa é inteligente, dentro de las doctrinas políticas que por entonces dominaban.

Díganlo, por ejemplo, los discursos de Castelar en el Ateneo, las discusiones del mismo Ateneo, en que se hablaba con absoluta libertad de todo lo humano y de todo lo divino, sobre todo de lo divino, y en que no ya la intolerancia religiosa, sino los mismos dogmas del catolicismo, sufrían ataques formidables y brutales embestidas á veces.

En aquellas discusiones públicas brillaba el inolvidable Moreno Nieto con su erudición inmensa, su palabra prodigiosa, que era torrente inagotable y de velocidad verdaderamente torrencial.

Todos le queríamos, porque era un alma de niño, y sin embargo le teníamos por gran reaccionario los que alardeábamos de librecambistas. ¡Cómo han variado los tiempos!

A la unión liberal pertenecía en política; pero era el más liberal de todos sus compañeros.

Aunque es difícil concretar sus opiniones, más de una vez las precisó en estos términos ó en términos parecidos á éstos:

Yo no combato—decía—la libertad individual, ni por lo tanto la iniciativa individual: yo la considero soberana y fecundísima. Pero hay funciones en la sociedad que, ó bien no son propias del individuo, ó que el individuo desdeña. Y cuando una de estas funciones, necesarias para la vida de un pueblo, no las ejerce la actividad individual, el Estado debe suplir la falta, y tiene el deber y tiene el derecho de ejercitar aquella función á que las actividades de los individuos no llegan.

Y para aclarar su pensamiento ponía ejemplos análogos á éste:

Los individuos necesitan abrigarse de la intemperie, y por lo tanto construir casas; pero es necesidad tan universalmente sentida, que no hay miedo que no acuda á ella la actividad individual, como lo demuestra la experiencia de siglos y siglos; y pues el individuo ejerce espontáneamente esta función en buenas condiciones dentro de los principios económicos de competencia y de baratura, es claro que el Estado no tiene para qué hacerse constructor de casas, y si lo hiciera rebasaría sus límites naturales y causaría un daño social.

En cambio—continuaba argumentando Moreno Nieto,—la alta ciencia, la ciencia pura y abstracta, la que no trabaja por fin utilitario, la que no es de aplicación inmediata á las necesidades humanas, ésa, por regla general, y sobre todo en países atrasados, es totalmente desatendida por los productores individuales, y á ella debe acudir el Estado, porque la ciencia pura es germen de civilización y de progreso.

Estas ideas, expresadas con verdadera elocuencia y con grandes desarrollos, se las he oído al inolvidable D. José Moreno Nieto en numerosas discusiones de la sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo.

En suma, trabaje el individuo todo lo que pueda trabajar; adonde él no llegue, llegará el Estado para suplirle.

Esto, que hoy parecería un individualismo anárquico, nos sonaba á los individualistas de aquella época á complicidades socialistas.

¡Cómo luchó por aquellos años D. José Moreno Nieto, con

qué fe, con qué entusiasmo, con qué pasión, y cómo en momentos dados levantaba sus dos brazos hacia el techo del salón del Ateneo viejo, exclamando con acentos épicos: «Al oír á los señores radicales ciertas cosas, yo no sé cómo no se desploman estas augustas bóvedas»!

Las augustas bóvedas consistían en un cielo raso blanqueado y desconchado en gran parte.

Y sin embargo nadie se reía; se le aplaudía con entusiasmo ó se le gritaba con furor, por atreverse á las augustas bóvedas del techo enyesado.

Alguna vez fué á oír á Moreno Nieto D. Antonio Cánovas del Castillo, y más de una vez se mostró contrariado por las concesiones que en aquella discusión ardiente nos hacía Moreno Nieto.

No era Moreno Nieto el único paladín de la derecha, pero yo no puedo citarlos á todos.

A la derecha estaba Mena y Zorrilla, y Bugallal, y Dacarrere, y otros muchos que después han figurado en la política, en el foro ó en la administración.

Recuerdo que en la extrema derecha figuraba un señor de palabra incansable, que se llamaba el Sr. Malo; y siempre que D. Pedro Mata tenía que contestarle, empezaba con gran sorna: «nos dice *el bueno* del Sr. *Malo* tal ó cual cosa»; y la izquierda, con arranques de infantil entusiasmo, rompía en carcajadas y aplausos.

¡Quién se acuerda ya de todas estas pequeñeces, tan llenas de vida sin embargo! quizá sea yo el único.

En la izquierda figuraba inmensa falange de jóvenes, que unos se han obscurecido, que otros han muerto, que muchos han luchado años después en la política y en otras esferas de la vida social.

En la izquierda había muchos elementos de procedencias diversas, pero unidos todos por el amor á la libertad y por una comunión íntima en las ideas democráticas, y hasta en las libertades individuales.

Citaré algunos nombres.

El primero de todos, Gabriel Rodríguez.

No era orador florido, no era un retórico colorista, ni abusaba ni usaba de las imágenes; pero era un polemista de primer orden, de palabra severa, enérgica, vibrante, pero siempre correcta.

Su arma era la lógica, y la manejaba como nadie: unas veces era estoque que atraviesa el corazón; otras, espada que raja; y al fin, maza que aplasta.

En las discusiones del Ateneo, en sus cátedras, en los mítins de la Bolsa, y más tarde en el Parlamento, fué siempre el mismo: luchó con grandes oradores, desde Moreno Nieto hasta el ilustre y admirable D. Antonio Cánovas del Castillo: dió y recibió golpes, pero no fué vencido nunca.

A más de un coloso de la oratoria le vi bambolearse al tener que resistir la acometida de Gabriel Rodríguez.

Era por de contado el jefe, el *leader*, y hasta el censor de todo el grupo librecambista.

Los krausistas, que entonces estaban en toda su fuerza, eran nuestros compañeros de combate, aunque no existiese absoluta conformidad de opiniones entre ellos y nosotros. Pero eran matices estas diferencias, y para la lucha contra el enemigo común no había que ahondar mucho en ellas.

Para nosotros, casi no existía más que el derecho individual. Respecto al derecho colectivo, ó dígase al derecho del Estado, los más radicales de nuestro grupo lo negaban en absoluto, otros lo achicaban sobremanera, y todos lo mirábamos con desconfianza.

En cambio los krausistas, á la par que afirmaban el derecho del individuo, afirmaban enérgicamente el derecho del Estado.

De todas maneras, en el credo democrático juntos comulgábamos. Juntos defendíamos la libertad del pensamiento, la libertad de conciencia, la libertad de imprenta sin censura, la libertad de asociación sin privilegios ni restricciones, la

libertad del trabajo, y así sucesivamente todo un santo rosario de libertades.

El jefe de los krausistas era D. Francisco Canalejas, orador admirable, de palabra enérgica, de hermosísima entonación, de frase correcta y lapidaria, de hondo pensamiento y de gran cultura histórica, literaria y filosófica.

Era uno de los discípulos predilectos de Sanz del Río, una gloria de la Universidad y una esperanza para la patria.

D. José Canalejas ha reverdecido con nuevos alientos juveniles las glorias de su ilustre pariente.

Cuatro grandes figuras se destacaban en aquellas brillantísimas discusiones.

Como jefe de combate del grupo economista, ya lo he dicho, Gabriel Rodríguez.

Como jefe y gran orador de los krausistas, también lo he dicho, Paco Canalejas.

Como afiliado al grupo economista, pero ya desde entonces con horizontes más amplios, también orador admirable, también gloria de la Universidad, Segismundo Moret.

Y del lado de los conservadores, como dijimos, D. José Moreno Nieto, que sólo su nombre basta para recordar todo lo que era.

Alrededor de estos cuatro grandes luchadores y artistas de la palabra, podría ir escribiendo una larguísima lista de la juventud intelectual de aquel tiempo: San Romá, Alzugaray, Morayta, D. Pedro Mata... pero renuncio á citar más nombres, porque si quisiera citarlos todos, seguramente se me olvidarían muchos, ó haría interminable la lista.

La vida del Ateneo era una vida febril: las discusiones públicas, en que reinaba una libertad absoluta; las conferencias, que se sucedían casi sin interrupción: unas veces eran los viejos oradores de la edad heroica, como Alcalá Galiano; otras veces eran los jóvenes que empezaban, como Gabriel Rodríguez, Moret, Fernández Jiménez y yo, que también hacía por entonces mis primeros ensayos.

Pero dominándolo todo estaba Castelar, el orador prodigioso, que en aquellos años explicó sus célebres lecciones sobre los cinco primeros siglos del cristianismo, produciendo efecto indescriptible.

El Ateneo se llenaba de gente; en la sala, materialmente no se cabía; el pasillo estaba macizo, y maciza estaba aquella modesta escalera destinada al público, que tantas veces había subido yo cuando estudiante, porque quizá hace ya cerca de *sesenta* años que asisto al Ateneo: no creo que viva en la actualidad ateneísta más antiguo.

De toda esta época, de aquellos compañeros, de aquellos amigos, mucho recuerdo y mucho tengo que contar; pero como en este artículo me quedan ya muy pocas cuartillas, las rellenaré de lo más insignificante: es lo que voy á decir, un pequeño recuerdo que llena un pequeño hueco.

Quiero decir dos palabras de la primera vez que hablé en el Ateneo.

Llevaba ya muchos años hablando en mi cátedra; pero no era lo mismo explicar ante 20 alumnos sobre Cálculo y Mecánica, que dar una conferencia pública ante público numeroso y escogido y en un centro de la importancia del Ateneo de Madrid.

Me comprometieron y hablé; pero escogí una materia técnica. Mi primera conferencia fué sobre Astronomía.

Estuve disertando una hora, y al final oí los aplausos de cortesía.

Cito esta conferencia porque me ocurrió con ella una cosa curiosísima, no por otro motivo.

Al terminar se acercaron á felicitar-me, con las felicitaciones de rúbrica, unos cuantos amigos, y todos me repitieron la misma pregunta, demostrando sumo interés.

—¿Qué le ha pasado á Ud.?—me decían;—¿qué disgusto ha tenido Ud. antes de empezar la conferencia?

Yo les escuchaba con asombro y me empeñaba en demostrarles que no había tenido ningún disgusto.

Pero ellos no dejaban de insistir:—Indudablemente le ha pasado á Ud. algo, ó ha reñido Ud. con alguien, porque todo el tono de su conferencia ha sido duro, seco y agresivo, como si estuviera Ud. enojado con todos nosotros; y como no hay motivo, porque se le oía á Ud. muy á gusto y con señales bien claras de benevolencia; como Ud. tampoco vacilaba en la palabra, ni mostraba turbación, y como, sin embargo, la entonación era violentísima y como de sequedad y enojo, claro es que todo esto obedecía á alguna causa.

Pues la causa no era otra sino un miedo descomunal, que procuraba ocultar instintivamente, expresándome con suma energía.

Era el miedo disfrazándose de enojo.

Como el que va á deshora por sitios solitarios procura darse ánimos cantando, yo procuraba ocultar mi pavora con entonaciones violentas y batalladoras.

Vaya Ud. á fiarse de oradores noveles.

Dicho sea en verdad, ha sido la primera y la última vez que me he enojado ante el público.

Y volvamos al Ateneo, á sus discusiones y conferencias.

JOSÉ ECHEGARAY



INTELECTUALIDAD Y ESPIRITUALIDAD

There are more things in heaven and earth, Horatio
Than are dreamt of in your philosophy.

Hay en los cielos y en la tierra, Horacio,
más que lo que sueña tu filosofía.

*(Palabras del espiritual Hamlet al intelectual
Horacio, en el acto I, escena V, del «Hamlet»
de Shakespeare.)*

Llevaba unos días de dispersión espiritual, de estéril mariposeo de la mente; nada lograba interesarle: cogía un libro, abría, leía dos ó tres páginas de él y tenía que cerrarlo, porque la atención se le escapaba y desparramaba; poníase á escribir, y tantas eran las cuartillas rotas cuantas eran las escritas. Y, sin embargo, nunca gozó de mejor salud, nunca se sintió tan henchido de sangre corriente y rica, nunca rimaron mejor su corazón y sus pulmones. A la vez barruntaba dentro de sí algo fuerte y maduro que forcejeaba por brotar; creíase en vísperas de parir pensamientos rebosantes de vida y esplendor. Pero algo así como una calma solemne, contra la que luchaba en vano, le envolvía y perlesaba. Era, sin duda, torpeza no esperar sosegado la gracia del Espíritu, sino irse á arrancarla á tirones.

Por fin, una tarde, cuando la lumbre del sol poniente daba en el ancho balcón de su celda, encerróse en ésta, con sus libros mudos, con los familiares objetos en que á diario se ablandaba su vista. Era como encerrarse en sí, y aun mejor, porque aquel ambiente de hábito servíale para comulgar con el mundo. Aquel cuadrado tintero de cristal, aquellos gruesos porta-

plumas, aquella carpeta, aquel recio sillón de cuero en que asentaba su cuerpo. cuando la mente se le ponía á galopar, aquellas cajitas en que guardaba sus notas, las escuetas sillas, los rimeros de libros contra las paredes blancas de desnudez: todo ello era como alargamiento de su espíritu y á la vez brazos que le tendía el mundo para abrazarle. Eran suyos y eran de lo demás; eran él y eran á la vez lo otro. No le engañarían, no; habíalos tocado una y mil veces, y á cada toque se encadenaban los anteriores toques, hasta fraguar así un alma de effluvios y de recuerdos en torno á aquellas humildes cosas útiles. Tenía libros amantes, agradecidos, recordadizos, pues cada vez que al azar los abriera abríansele siempre entre las mismas páginas, ofrendándole el mismo pasaje siempre, el más regalado, el más intenso, el más avivador que tenían. Y al releerlo resurgían del ámbito de aquella celda, de sus entrañas, los fugitivos momentos todos en que otras veces lo leyera y vibraba su alma á lo largo del tiempo, remontando la vibración al pasado, hasta ir á perderse donde se pierde la conciencia con ella. Por el balcón de la celda columbrábase tan sólo, tras los rojos tejados á trechos verdegueantes de líquenes, las nubes del poniente que encandecía el sol en su caída. Allí, más cerca, al borde del tejado frontero, brotaba en el canalón la pobre uva de gato, cuyas tiernas florecillas chupaban jugos del poso de savorra que las aguas llovedizas arañaban á la recocida arcilla de las tejas. En verano, las palomas del campanario vecino bajaban á arrullarse en el tejado, y al borde de él picoteaban el fruto de las uvas de gato, mientras sesgaban los negros arrejánqueles el aire. Otras veces paseaban el tejado, contoneándose, los gatos ondulantes. Y también en ello había descansado su mirada: también el espontáneo jardincillo del canalón, y las palomas, los vencejos y los gatos, eran suyos y eran á la vez de lo otro; también, mientras los asía con su vista, habían cursado sus pensamientos más íntimos.

Se encerró allí en su celda, como ostra en su concha; dió á su mente suelta, y sin espolearla ni embridarla dejóla á su

albedrío. Vagabundeó un rato desflorando pasajeras ideas mientras revoloteaba por los lomos de los libros, adivinando nombres famosos y títulos de prestigio. Después fué recogién-dose, agazapándose en el cuerpo á que animaba y de que se servía, y luego el brazo de ese cuerpo recogió un papel y sus ojos lo recorrieron.

Era el ruidoso manifiesto que tanto había dado que hablar; era el famosísimo escrito en que él, él mismo, el que estaba entonces arrellanado en su sillón de vaqueta, vació su espíritu. Se puso á leerlo, y á medida que lo leía invadía un extraño desasosiego. No, aquello no era suyo, aquello no había querido él escribir, no era aquello lo que había pensado y creído, no era lo que había escrito. Y, sin embargo, no cabía duda: aquello, aquello que veía ahora tan extraño, aquello fué lo que escribió y con lo que más renombre había ganado. Volvió á leerlo.

No, no comunica uno lo que quería comunicar—pensó;— apenas un pensamiento encarna en palabra, y así revestido sale al mundo, es de otro, ó más bien no es de nadie por ser de todos. La carne de que se reviste el lenguaje es comunal y es externa; engurruñe al pensamiento, lo aprisiona y aun lo trastorna y contrahace. No, él no había querido decir aquello, él nunca había pensado aquello.

Fué singular y desasosegador el efecto que le produjo leer-se como á un extraño, leer sus escritos como si lo fueran de otro. Este desdoblamiento de su persona recordóle otra escena de pasajero desdoblamiento de sí mismo, de la que no se acordaba sin escalofríos, y fué ello cuando, mirándose á la mirada en un espejo, llegó á verse como á otro; se contempló cual sombra inconsistente, como fantasma impalpable, y á tal punto le sobrecogió aquello, que se llamó en voz baja por su nombre. Y su voz le sonó á voz de otro, á voz que surgía del espacio, de lo invisible, del misterio impenetrable. Carraspeó luego, se tocó, sintió el latir del corazón, que apresuraba su marcha. Y nunca olvidó ya aquella escena inolvidable.

Ahora no era lo mismo, ni mucho menos, pero era algo que se le parecía. ¿Había él escrito aquello? ¿Era él el mismo que quien lo escribiera? ¿No habría en él más de un sujeto? ¿No llevaría en sí legión de almas dormidas las unas bajo las otras? ¿No dormirían en los limbos de su sesera las almas de sus antepasados todos? ¿Le verían los demás como él se veía, ó muy de otro modo, y estaría haciendo y diciendo lo que creía hacer y decir?

Esta última idea, idea absurda y desatinada, venía obsesionándole hacía tiempo, y le acongojaba, porque se decía: esto es una locura, no más que una locura.

Ocurriale, en efecto, con sobrada frecuencia, mientras iba tranquilo por la calle, pensar esto: «¿Y si mientras yo creo ir tranquilo y formal estuviera en realidad dando piruetas, ó haciendo ridículas contorsiones, ó cometiendo actos vergonzosos? Esa animadversión que hacia mí noto en éste y aquél, ¿no será porque les he dicho cosas que ignoro haberles dicho, ó porque cuando he creído darles la mano les he hecho algún gesto de impudencia y de desdén con ella? Cuando me figuro estar diciendo una cosa, ¿no estarán oyéndome otra muy distinta y acaso contraria?»

La obsesión de este absurdo le desasosegaba, le malhumoraba, hacíale dudar de la salud y firmeza de su razón y emplear todo el vigor de autosugestión de que era capaz para desecharla de sí.

Con un vigoroso esfuerzo se sacudió el terco absurdo, pero volviendo á la extrañeza de su propio escrito.

Antaño, largo tiempo ha, había sido un decidido determinista, ni siquiera toleraba que se le hablase del libre albedrío: tan irracional le parecía este supuesto. Pero luego, estudiando más el asunto, habíasele quebrantado aquella cerrada fe determinista; y ahora, cuando le encontramos arrellanado en el sillón de su celda, ante su manifiesto, ha echado la cuestión de determinismo ó libre albedrío á la cilla de la metafísica, adonde raras veces baja. Ya no cree que la ciencia ha llegado

á poner en claro tal cuestión, sino que se enreda siempre en una petición de principio. Mas lo que sí siente, lo siente más que lo piensa, es que por muy libre que uno sea dentro de sí, en cuanto tiene que exteriorizarse, manifestarse, hablar ú obrar, comunicar con los prójimos, en cuanto tiene que servirse de su cuerpo ó de otros cuerpos, queda atado á las rígidas leyes de ellos, es esclavo. Mis actos—piensa—no son nunca exclusivamente míos: si hablo, he de disponer de un aire que no es mío para que mi voz se produzca; y ni aun mis cuerdas vocales son en rigor mías, ni es mío el lenguaje de que he valerme si quiero que me entiendan, y lo mismo me ocurre si escribo, si pego, si beso, si me bato. Y agrega: «Es que yo mismo ¿soy mío?» Y le vuelve zumbando la obsesión atormentadora.

Hay algo que nos hemos incorporado y hecho nuestro, y mucho que nos es extraño por completo; y entre ambos términos extremos, todo lo que es en parte nuestro y en parte no lo es. Nuestra vida es un continuado combate entre nuestro espíritu, que quiere adueñarse del mundo, hacerle suyo, hacerle él, y el mundo, que quiere apoderarse de nuestro espíritu y hacerle á su vez suyo. Yo—piensa nuestro hombre—quiero hacer al mundo mío, hacerle yo, y el mundo trata de hacerme suyo, de hacerme él; yo lucho por personalizarlo, y lucha él por despersonalizarme. Y en este trágico combate, porque sí, el tal combate es trágico, tengo que valerme de mi enemigo para domeñarle, y mi enemigo tiene que valerse de mí para domeñarme. Cuanto digo, escribo y hago, por medio de él tengo que decirlo, escribirlo y hacerlo; y así al punto me lo despersonaliza y lo hace suyo, y aparezco yo otro que no soy.

¡Miserable menester el de escribir! ¡Lastimoso apremio el de tener que hablar! Entre dos que hablan media el lenguaje, media el mundo, media lo que no es ni uno ni otro de los interlocutores, y ese intruso los envuelve, y á la vez que los comunica los separa. ¡Si fuera posible ir creando el lenguaje á medida que se habla lo pensado!...

Sin duda es la palabra más perfecta que la escritura por ser menos material, porque las vibraciones del aire se disipan y se pierden, mientras quedan los trazos de la tinta; sin duda el *flatus vocis*, como todo lo que es fugitivo, lleva más rica compañía, orquestación más competente, y el escrito, como todo lo que cuaja, queda escueto. Mas, aun así, ¿si se pudiera transmitir el pensamiento puro, sin más palabra que aquellas vaguísimas y esfumadas en que se apoya dentro del alma! El entenderse de palabra ó por escrito es comunicación accidental, no sustancial.

Mira nuestro hombre á las nubes del poniente que allí se muestran como carmenadas por el viento, invisible marraguero, y ve que el sol en su caída las encandece. Y piensa en la comunión sustancial de los espíritus, en el entenderse por presencia espiritual tan sólo. Una vez, al oír un canto popular entonado por un zagal, y que le llegaba cernido en el perenne follaje de las pardas encinas, estremeciéndose y sintió como si oyera voces de otro mundo, no de otro mundo que se tienda allende el nuestro, sino de otro mundo que dentro del nuestro palpita; era como voces que brotaran de las entrañas mismas de las cosas, como canto del alma de las encinas, de las nubes, de los guijarros, de la tierra y del cielo. ¿Dónde había oído antes aquello? ¿Quién sabe? Tal vez una noche, mientras dormía, pasó junto á él el zagal cantando su canción, y la canción brezó el sueño de su sueño, hundiéndoselo en las fuentes de la vida. Otra vez se encontró, durante un viaje, con una extranjera que ni sabía su idioma ni él sabía el de ella, ni ninguno de los dos otro cualquier idioma humano en que pudieran entenderse, y fueron en el vagón solos, el uno frente á la otra, mirándose y á ratos sonriéndose. Y fué una larga y tirada conversación muda. Cuando él pensaba algo afectuoso y dulce hacia su compañera, sonreía ésta, y cuando le cruzaba el pecho algún anhelo poco limpio, el ceño de la extranjera se fruncía. Oíanse acaso el uno al otro, sin saber ellos mismos que lo oyesen, el batir acompasado de los corazones, que batían.

al unísono al rato de estarse mirando los ojos; mas sin duda se mezclaban y confundían las respiraciones de sus almas. Porque el alma respira.

Respira el alma. ¿Por qué no discurrir con metáforas?

Nuestro hombre se puso á pensar en la respiración y cómo el aire, penetrando en las celdillas de los pulmones, aireaba la sangre, este ambiente interior de nuestro cuerpo. Es la sustancia material del mundo—pensaba—que circula dentro nuestro; es el mundo diluído y hecho nuestro. Y de aquí pasó á imaginarse á modo de una aireación espiritual de nuestra mente, y el mundo de los colores, las formas, los sonidos, las impresiones todas, diluído en ella.

Pero esto son metáforas, nada más que metáforas —se dijo, y se añadió al punto:—¿Metáforas? y ¿qué no es metáfora? La ciencia se construye con lenguaje, y el lenguaje es esencialmente metafórico. Materia, fuerza, espíritu, luz, memoria... metáforas todo. Cuando los que se tienen por positivistas tratan de barrer las metáforas de la ciencia, bárrenlas con escoba metafórica, y vuelven á llenarla de metáforas.

De aquí pasó á revolotear con su mente en torno á un tema que le era especialmente favorito, y es el tema de la superioridad de lo que llamamos imaginación sobre todas las demás llamadas facultades del espíritu, y la mayor excelencia de los poetas sobre los hombres de ciencia y los de acción.

Mil veces había deplorado esa bárbara intransigencia de los más de los espíritus con los que tenía que comunicarse, aunque no sustancial, sino accidentalmente; esa triste incomprensión de todo parecer que no fuese el de ellos; esa ridícula creencia de que hay doctrinas que uno tiene por absurdas, que sólo pueden profesar los espíritus perturbados ó desquiciados. Y todo ello—solía decirse—no es más que falta de imaginación, incapacidad para representarse las cosas, siquiera pasajera, como el prójimo se las representa; es sequedad de mollera. ¡Cuán lejos de aquel amplísimo espíritu del gran Goethe, que se sentía á un tiempo deísta, panteísta y ateo, y

en cuya mente cupieron la más honda comprensión del paganismo con una comprensión hondísima del cristianismo! Pero Goethe fué un poeta, el poeta, un verdadero y radical poeta, y no un miserable discurredor didáctico ó dogmático, de esos que creen marchar más seguros cuanto más lastre de lógica formal lleven á costas de la inteligencia y cuanto más se arrastren por la baja tierra del pensamiento, pegados al suelo de la tradición ó de los sentidos.

Volvió nuestro hombre á tender la vista sobre su manifiesto, y se dijo: «¡Y que me hayan llamado intelectual! ¡á mí! ¡á mí, que aborrezco como el que más al intelectualismo! ¿Intelectual yo? Si me motejaran de imaginacional, pase; ¿pero intelectual?» Y recordó á Pablo de Tarso y sus preñadísimas epístolas.

Recordó á San Pablo y aquella su clasificación de los hombres en carnales, intelectuales y espirituales, que así le placía traducirlo, ó, por mejor decir, así lo interpretaba. Porque hubo tiempo en que se aficionó á la exégesis. No á una exégesis científica; no á escudriñar y rebuscar lo que hubieran querido decir los que escribieron los libros sagrados; no á concordarlos lógicamente ni á inquirir, por las ideas y sentimientos de la época y el país en que vivieron, cuál fuese su sentir y su pensar; sino á tomar pie de aquellos textos, consagrados por los siglos, y en los que ha cuajado tan grande copia de tradición, y lanzarse desde ellos á especulaciones libres. Así que Pablo de Tarso dió al mundo sus epístolas, no eran ya suyas, sino de todos, del común acervo, del patrimonio de la humanidad, y podía él entenderlas y sentirlas de muy distinto modo que como las había sentido y entendido el mismo apóstol de los gentiles. Lo que hacían con él los que le leían y comentaban, bien podía hacer él con el apóstol, si bien lo hacía á ciencia y conciencia. Los textos eran el necesario apoyo para que su mente tomase tierra, pisase suelo; eran una sugestión de arranque.

Y en Pablo de Tarso, en su epístola á los Romanos y en la

primera á los Corintios, encontró aquellas tres clases de hombres: los carnales ó *sárcinos*, *σάρκινοι*, los animales ó *psíquicos*, *ψυχικοί*, y los espirituales ó *pneumáticos*, *πνευματικοί*. En el versillo 14 del capítulo VII á los Romanos, había leído muchas veces lo de que «sabemos que la ley es espiritual (*pneumática*), pero yo soy carnal (*sárcino*), vendido al pecado»; y en el 44 del XV de la primera á los Corintios, que hay cuerpo animal ó *psíquico*, y cuerpo espiritual ó *pneumático*, y no ignoraba que, para el apóstol, la psique, *ψυχή*, era algo inferior, al modo casi de la que más tarde habría de llamarse fuerza vital, el alma sensitiva, común á hombres y animales; y el *pneuma*, por el contrario, la parte superior del alma, el espíritu, lo hegemónico de los estoicos, algo que sobrevive al cuerpo. Pero á él le placía otra explicación, y vió siempre en la psique la potencia intelectual ligada á las necesidades de la presente vida terrenal, la esclava de la lógica educada y adiestrada en las luchas por la vida, el conocimiento corriente, vulgar y ordinario, necesario para poder vivir, conocimiento de que se desarrolla la ciencia. Y nunca pudo por menos que entender por hombres psíquicos á los intelectuales, á los hombres de sentido común y de lógica, que encadenan sus ideas por las asociaciones que el mundo exterior y visible les sugiere; á los hombres razonables, que aprenden su oficio y lo ejercitan, que si son médicos aprenden á curar, si ingenieros á trazar caminos, si químicos á preparar drogas ó analizar compuestos, si arquitectos á levantar casas. Estos hombres psíquicos son los del término medio, los que navegan en la corriente central, aquellos de quienes se dice que tienen un recto juicio y un claro criterio, los que no creen supercherías que no estén consagradas por la tradición y el hábito, los que no tragan despropósitos nuevos porque tienen llena la mente de los viejos despropósitos que se la atiborran. Entre éstos y los carnales ó *sárcinos* estableció diferencia siempre. Los carnales eran para él los brutos, los absolutamente incultos, los que poco más que de comer, beber y dormir se preocupan, los completa y totalmente atollados en

la vida animal. El psíquico, no; el psíquico llega á interesarse en cosas de ciencia y de cultura; el psíquico español clama por la regeneración patria, admira el teléfono y el fonógrafo y el cinematógrafo; lee á Flammarión, á Haeckel, á Ribot; posee tomos de la biblioteca Alcan, y cuando pasa junto á él la locomotora se queda extático contemplando su majestuosa marcha. Y si el psíquico es católico ortodoxo, admira el genio de Santo Tomás, aunque no lo haya leído, y sabe lo de la concordancia entre la geología moderna y el relato mosaico de la creación, y que cabe admitir el darwinismo en parte y que la Iglesia tiene remedio para los males sociales que aquejan á nuestro siglo. El psíquico es un intelectual, de intelecto chico ó grande, pero un intelectual al cabo.

Y por último vienen los espirituales, los soñadores, los que llaman aquéllos con desdén místicos, los que no toleran la tiranía de la ciencia ni aun la de la lógica, los que creen que hay otro mundo dentro del nuestro y dormidas potencias misteriosas en el seno de nuestro espíritu, los que discurren con el corazón, y aun muchos que no discurren. Espirituales y no intelectuales han sido los más de los grandes poetas. De uno de ellos, del dulcísimo Wordsworth, se ha dicho que fué un genio sin talento, es decir, un grande espíritu sin la suficiente inteligencia.

¡Cuántas veces había leído y releído el final del capítulo II y el principio del III de la primera epístola á los Corintios! «Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció lo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu procedente de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado. Lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría (no con razonamientos didácticos, que es el término que el texto emplea), sino con doctrina del espíritu, juzgando lo espiritual espiritualmente. Mas el hombre animal, *psíquico*—ó, como nuestro hombre traducía, intelectual—

no recibe lo del Espíritu de Dios, pues es para él locura, y no lo puede entender, porque hay que juzgarlo espiritualmente. El espiritual—*pneumático*,—empero, juzga las cosas todas, mas él por nadie es juzgado. Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿quién le instruyó? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo. De manera que yo, hermanos, no puedo hablaros como á espirituales, sino como á carnales—*sárcinos*,— como á niños en Cristo. Os dí leche, y no vianda; porque aún no podíais y ni todavía podéis ahora. Porque todavía sois carnales...»

Volvió á coger las epístolas de Pablo de Tarso, y releyó los tantas veces leídos versillos. «Nadie conoció lo de Dios sino el Espíritu de Dios». Y se dijo: Inútil querer conocer lo de Dios por razonamientos didácticos, por teología, por lógica; una teología es una contradicción íntima, porque riñen el *theos* y la *logía*; no sirven ratiocinios para llegar á Dios. Y recordó á Kant y su trituración de las supuestas pruebas lógicas de la existencia de Dios, y cómo había caído en su espíritu todo ese andamiaje de una creencia metalógica, espiritual y no intelectual, pneumática y no psíquica. La prueba ontológica, la cosmológica, la metafísica, la ética, todas se habían derrumbado en un tiempo en su mente, y con ellas aquel Dios de la razón. Todo aquel racionalismo teológico se había venido á tierra en su espíritu con estrépito interior, aunque no trascendiera, destrozando no pocas tiernas flores del alma en su derrumbe y cubriendo el suelo de estériles escombros. Sacudidas cordiales, terremotos del espíritu lo desescombraron, y surgió en él por otro modo, por modo que los intelectuales no conocen, una fe que venía del Espíritu de Dios. Porque nadie conoció lo de Dios sino el Espíritu de Dios.

«Lo cual hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, sino con doctrina del espíritu, juzgando lo espiritual espiritualmente». ¡Místico! Esta palabra, escupida con desdén, como un insulto ó un reproche, le pareció oírla al oído, y tan clara y tan cercana y tan distinta, que hasta volvió la

cabeza á un lado. Y allí estaba, á su vera, no en cuerpo visible y tangible, sino en presencia espiritual, allí estaba aquel prototipo del intelectual en lo que éste tiene de más exclusivamente tal: allí estaba el *psíquico*, el animal por excelencia. Allí estaba papagayendo sus fisiologías mientras en su interior se revolvía contra su impotencia poética y creadora, contra su inespiritualidad no confesada. Se encogió de hombros, sonrió y se volvió á mirar al cielo, que iba oscureciéndose. Las nubes del ocaso aparecían como montones de ceniza que quedasen del incendio solar. Dió á la llave de la corriente eléctrica, y se encendió el hilo metálico; se hizo luz, luz de industria humana, luz de ciencia aplicada.

«El hombre animal no recibe lo del Espíritu de Dios, pues es para él locura; y no lo puede entender, porque hay que juzgarlo espiritualmente». Locura... locura... locura...—se repitió mientras paseaba con la mirada aquellos objetos familiares, á que la luz eléctrica arrancaba duras sombras. Locura... ¿y qué es locura? Ahí están los alienistas, y frenópatas, y psiquiatras, y quién recuerda cuántos motes más... ¿Qué es cordura? Pues por aquí acaso se debería empezar.

La salud es aquel estado en que el hombre se ve libre de toda enfermedad; pero, ¿qué es enfermedad? La salud, dicen otros, es el «estado en que el sér orgánico ejerce normalmente todas sus funciones» (1). Normalmente... normalmente... ¿y qué es lo normal? Echó mano de un libro que estaba leyendo aquellos días, de un libro en que almacenó multitud de datos sobre lo más misterioso de la vida del espíritu, un noble espíritu que había sido alma de la «Sociedad de Investigaciones Psicológicas» (2), y leyó:

(1) Es la definición que da el Diccionario de nuestra Real Academia de la Lengua.

(2) Se trata de la *Society for Psychical Research* (S. P. R.) y de la interesantísima y sugestiva obra de Frederic W. H. Myers, titulada *Human Personality and its survival of bodily death*, esto es, «La personalidad humana y su sobrevivencia de la muerte corporal», título que por sí solo

«La palabra *normal* se usa en el lenguaje corriente casi indiferentemente para expresar una de dos cosas, que pueden diferir mucho entre sí: conformidad á un patrón, y posición media entre dos extremos. A menudo, es cierto, el término medio constituye el patrón—como cuando un gas es de densidad normal—ó equivale prácticamente al patrón—como cuando una onza de oro es del peso normal.—Pero cuando venimos á organismos vivos se introduce un nuevo factor. La vida es cambio: cada organismo viviente cambia; cada generación difiere de la precedente. Asignar una norma fija á una especie que cambia es disparar al blanco á un pájaro que va volando. El término medio real de un momento dado no es un patrón ideal; antes bien, el más avanzado estado de evolución á que se ha llegado, está tendiendo, dada estabilidad en el ambiente, á convertirse en el término medio del porvenir».

Cerró el libro y se dijo de nuevo: Normal... locura... cordura... enfermedad... salud... La locura de hoy será la cordura de mañana, así como lo que hoy es cuerdo pasará mañana por loco. Los intelectuales llaman locura á lo que no pueden entender porque hay que juzgarlo espiritualmente. Y un intelectual, ¿qué es, en último término, más que un hombre normal, de término medio, igualmente lejos del carnal y del espiritual? El intelectual es el hombre del término medio, á igual distancia de la enorme masa de la carnalidad y de la escasísima porción de la espiritualidad conciente, porque la otra, la espiritualidad inconciente y potencial, dormita en todos y acaso más vivaz en los carnales mismos que no en los intelectuales. Porque es más fácil á la carne que no al intelecto recibir al espíritu; entre estos dos últimos se interpone la lógica

basta para ahuyentar á los *psíquicos*. Aunque es de creer que, si bien lo repudien en público, lo lean con avidez á hurtadillas y en privado. Y nada perderán con ello.

El pasaje citado arriba es del capítulo III—*Genius*,—párrafo 306 y página 76 del primero de los dos tomos de que consta la obra, obra de la que he de hacer un análisis en esta misma Revista.

de escuela. El intelectual es el hombre del sentido medio, que llama sentido común, tan lejos del sentido universal, cósmico ó instintivo, en que viven los carnales, como del sentido propio en que corroboran su espíritu los espirituales.

«El espiritual, empero, juzga las cosas todas, mas él por nadie es juzgado». ¿Con qué derecho juzgan de cosas de espíritu los que tienen el suyo enterrado bajo el intelecto?

«Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruyó? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo». Al llegar á esto de Cristo nuestro hombre hizo un alto con su mente. Se le presentaba lo que llaman el problema religioso, y se le presentaba tal como venía contemplándolo desde hace tiempo. En ese problema, en el problema religioso, veía la principal piedra de toque para distinguir á los intelectuales de los espirituales.

Presentábansele, en efecto, los intelectuales divididos, en lo que á la religión atañe, en dos grandes grupos, que suele llamarse el de los creyentes y el de los incrédulos. Concretando los términos, y con relación á su propia patria, se encontraba con intelectuales católicos é intelectuales no católicos, que de hecho resultaban anticatólicos. Luchaban entre sí estos dos bandos; mas como para luchar hay que asentarse en un mismo suelo, luchaban sobre el mismo suelo. No cabe lucha entre un pez que no sale de las honduras del mar y un ave que no baja de las alturas del cielo. Esos dos bandos luchan, dándose cara, es decir, mirando los unos á un lado y los otros al lado, pero en el mismo terreno, sobre el mismo plano de la intelectualidad. Y ¡ay del que les dirija su voz, ó desde arriba ó desde abajo de ellos, de fuera de su plano, del suelo de la espiritualidad ó del suelo de la carnalidad! Únense unos y otros en reputarle loco ó bruto.

Luchaban esos dos bandos. Para los unos hace falta la religión como necesaria base de la moral, sin que quepa orden social faltando el temor al infierno, á la muerte y al demonio; la religión tiene pruebas externas que la abonan, profecías,

milagros—ó más bien relatos de milagros,—y ante todo y sobre todo una tradición de siglos apoyada en una autoridad. Para los otros la religión carece de pruebas de su verdad; sin infierno ni temor á la muerte ni al demonio puede fundamentarse orden social, y esa tradición ni ha sido constante ni tiene valor lógico que convenza. Unos y otros lo enfilan del mismo lado: unos ven en la religión instituto social al servicio del orden, y los otros instituto social al servicio del despotismo; unos buscan sus pruebas lógicas externas, y los otros rebaten estas pruebas. ¡Abogados y nada más que abogados éstos y aquéllos! Para unos y para otros se trata de una institución social, de algo que se apoya en autoridades y en evidencias ó inevidencias externas, de algo lógico ó ilógico. Es lo que llaman la lucha entre la razón y la fe, aunque tal fe no sea sino creencia. No podía él, nuestro hombre, sentirlo así, y apenas le interesaban ni los argumentos de los unos ni los de los otros. Disputas de intelectuales.

En cuanto á lo que llaman hombres espirituales — tal es el término tradicional y castizo—los intelectuales de la creencia...

Le llamaron á cenar á nuestro hombre, y fué á hacer por el cuerpo, dándole repuesto primero y sueño después.

MIGUEL DE UNAMUNO

RELACIONES HISPANOAMERICANAS

LA GUERRA DEL PACÍFICO

I

Restablecidas las relaciones comerciales entre España y las que fueron sus colonias de América, y estrechados los lazos de amistad, una vez dados al olvido añejos agravios, que debían unir á la antigua metrópoli y las nacientes Repúblicas de Méjico y el Ecuador, parecía natural que, siguiendo esa corriente felizmente iniciada, se hubiesen reanudado al poco tiempo, ó con pequeños intervalos, las relaciones con los demás Estados americanos. Mas no sucedió así: suspicacias, sin duda exageradas, pero fácilmente explicables por parte de los Gobiernos americanos; las frecuentes perturbaciones que sufrieron aquellos pueblos, y la consecuyente inestabilidad de los poderes; errores cometidos por los Gabinetes de Madrid, y el temor de que nuevas concesiones reprodujesen las exigencias de Inglaterra, hicieron difícil continuar lo que había comenzado bajo tan excelentes auspicios, entorpeciendo el desarrollo del comercio, y prolongando la crisis de nuestras relaciones con América.

No importa á nuestro objeto en estas páginas el detalle de los mil incidentes que hubieron de surgir entre España y las Repúblicas americanas en general, asunto que podrá ser tema de otro trabajo dedicado especialmente á estudiar la forma y manera en que se reanudaron las relaciones entre una y otras;

pero sí es preciso consignar algunos extremos que sirven de antecedente á la historia del conflicto que tuvo tan lamentable desenlace en 1866, y que tanto retrasó el establecimiento de la intimidad de relaciones de los nuevos Estados con la antigua metrópoli:

Hasta 1841 ningún paso se dió, ni por parte de España ni por parte del Perú, para reanudar las relaciones (1). En dicho año, el cónsul de la citada República en Burdeos se dirigió al presidente del Consejo español, preguntándole, en carta confidencial, «si el Gobierno peruano podría, con seguridad de buen éxito, exponerse á solicitar de España el ajuste de todo aquello que obstruía la regularidad de las comunicaciones diplomáticas y comerciales». Habiendo sido favorable la respuesta, pudo esperarse que no tardase en iniciarse la negociación; pero pasó el tiempo, y el Perú se limitó á acreditar en España agentes comerciales, á los cuales se autorizó en un principio para ejercer sus funciones, negándose luego á otros la autorización por estimarse, sin fundamento bastante por cierto, anómalo el procedimiento.

A mediados de 1850 llegó al Callao, en un viaje de circunnavegación, la fragata *Ferrolana*, cruzándose entre ésta y la plaza, el comandante y las autoridades, los saludos de rúbrica, como si se tratase de naciones enlazadas por Tratados de amistad. Esto, y las manifestaciones hechas al encargado de Negocios de España en Quito, D. Salvador Tavira, durante su estancia en Lima, en 1851, por motivos de salud, hicieron renacer las esperanzas de un pronto arreglo; y, en efecto, habiendo tomado posesión de la presidencia de la República, en reemplazo del general Castilla, el general Echenique, nombró éste su plenipotenciario en Madrid á D. Joaquín José de Osma, «exministro de Relaciones extranjeras y hombre de en-

(1) Prescindimos de las diversas negociaciones que, sin éxito, tuvieron lugar en 1822, por iniciativa del general San Martín, de las proposiciones de Riva Agüero y de las tentativas de arreglo de Suera. Todas éstas tuvieron lugar con los generales que mandaban las fuerzas españolas.

tendimiento é ilustración, que contaba en la corte de Su Majestad Católica con la gran influencia personal de su hermano político, el general Zavala». «Osma — agrega un ilustrado historiador de estos sucesos (1) — fué cordialmente atendido por el Gabinete español, y esto le indujo á pedir que le recibiese S. M. la reina como á ministro plenipotenciario, lo que, de haberse efectuado, implicaba de hecho el reconocimiento de la independendencia. Después, el Tratado se hacía de todo punto inútil (2). De modo que el Sr. Osma, con tan suave expediente, quiso empezar por el fin. Para su patria hubiese sido una fórmula inmejorable, pero el Gobierno español no podía contentarse con ella. Demasiado lo comprendió Osma, y no insistió por entonces».

Iniciadas las negociaciones, no fué difícil llegar á un acuerdo, firmándose, el 25 de Septiembre de 1853, el Tratado de reconocimiento, paz y amistad entre España y el Perú, semejante en el fondo y en la forma á los celebrados antes y después con las demás Repúblicas hispanoamericanas, por lo cual cabía esperar que en breve plazo fuese ratificado.

No sucedió así. En lugar de la ratificación, lo que recibió el Sr. Osma fué una larga carta del ministro peruano Paz Soldán, haciendo una viva y apasionada crítica del Tratado, y diciendo, en conclusión, al plenipotenciario, que al día siguiente de perder una batalla podría admitir la República tan duras condiciones, algunas de las cuales creía que afectaban al honor, la dignidad y la hacienda del Perú. Aunque la injusticia de la crítica era tan manifiesta que sólo podía explicarse suponiendo que el ministro no estaba muy lejos de admitir el aserto de que el Sr. Osma era poseedor de valores que eran objeto del arreglo entre ambas naciones, el plenipoten-

(1) D. Pedro de Novo y Colson: *Historia de la guerra de España en el Pacífico*.

(2) El procedimiento era irregular, pero no por eso era inútil el Tratado. El reconocimiento de la independendencia resultó, después de todo, un hecho antes de que se concertase pacto alguno.

ciario no dimitió, sino que se limitó á contestar protestando enérgicamente de que, por infames indiscreciones, se hubieran hecho públicas en el Perú las bases del Tratado; de que, no obstante haberse atendido á sus primitivas instrucciones, se le desaprobaba todo lo hecho, y de que no se le enviaban otras muy concretas y precisas de acuerdo con la nueva opinión y nuevos propósitos que abrigaba el Gobierno.

Como quiera que el Sr. Osma no dió cuenta al ministro de Estado de su fracaso, y como poco después el general Castilla logró derribar á Echenique y recobrar la presidencia, el Gobierno español, acostumbrado á las dilaciones que las continuas revueltas producían en todos los negocios que había que tratar con la República, no dió importancia al retraso en ratificar el Tratado. Acaso por esta consideración y por aquella ignorancia, cuando en 1855 el presidente Castilla nombró cónsul en Madrid á D. Mariano Moreira, y éste solicitó el *regium exequatur*, no sólo se apresuró el ministro de Estado, general Zavala, á concedérselo, sino que á su vez nombró cónsul de España en Lima á D. José de Jane, que obtuvo también fácilmente el *exequatur* del presidente del Perú. De este modo, tan extraño y anormal, quedó reconocida de hecho la independencia de la República.

Pasaron algunos años, durante los cuales no faltaron incidentes que complicasen la situación, y en 1859 el general Castilla nombró plenipotenciario en Madrid á D. Pedro Gálvez, bien conocido por sus sentimientos hostiles hacia España. Gálvez pretendió ser recibido oficialmente antes de concertar el nuevo Tratado; pero ya no era ministro de Estado el general Zavala, sino el Sr. Calderón Collantes, y éste se negó en absoluto á semejante pretensión, por lo cual se retiró aquél sin iniciar las negociaciones.

Así las cosas, tuvieron lugar la expedición á Méjico y la reincorporación de Santo Domingo.

En vano declaró España, una y cien veces, que ni abrigaba propósitos de engrandecimiento territorial á costa de la Repú-

blica mejicana, ni hacía otra cosa en Santo Domingo que aceptar un hecho consumado.

La América española se alarmó, y el Perú hubo de distinguirse por su espíritu de hostilidad, apresurándose á fortificar los puertos y á reforzar la escuadra, y negando el *exequatur* al Sr. Merino Ballesteros, recientemente nombrado vicecónsul de España en Lima; nombramiento poco acertado, no sólo por las circunstancias en que se efectuó, sino por tratarse de una persona que no podía ser grata al Gobierno del Perú. Es un hecho positivo, que no cabe negar, que si por parte de la República hubo poca sinceridad en todos sus tratos con el Gabinete de Madrid, por parte de éste se cometieron múltiples errores, y por una y otra causa las relaciones entre ambos pueblos se habían hecho, no ya difíciles, sino realmente peligrosas, bastando cualquier incidente para que surgiera un conflicto, cuya única solución fuese la guerra.

Semejantes temores no tardaron en realizarse.

En Marzo de 1860 había proyectado el Gobierno enviar una escuadra á las costas del Pacífico, no con propósito alguno hostil, sino únicamente con el de que, visitando los principales puertos de la América del Sur, diese á conocer la fuerza de que podía disponer España.

No fué muy afortunada la idea de semejante viaje en tales circunstancias, porque cuando acabábamos de retirarnos de Méjico, diciendo que pretendíamos volver, y cuando aún no habíamos logrado afianzar nuestra situación en Santo Domingo, hacer un alarde de fuerza ante las Repúblicas hispano-americanas era una verdadera imprudencia, pues un desaire, cualquier incidente, podía dar origen al conflicto. Pero, en fin, la escuadra, compuesta de las fragatas *Resolución* y *Triunfo* y de las goletas *Vencedora* y *Covadonga*, zarpó de Cádiz en Agosto de 1862, á las órdenes del general D. Luis Hernández Pinzón; realizó felizmente su viaje, recibiendo en todas partes muchos obsequios, y el 10 de Julio siguiente (1863) llegó al puerto del Callao.

No tardó en surgir el conflicto que era de temer.

No había transcurrido un mes desde la llegada de la escuadra al Callao, cuando en una hacienda situada en Talambó (provincia de Chiclayo) ocurrió un incidente del que fueron víctimas varios españoles que trabajaban en el cultivo del algodón.

Habían surgido disensiones y disgustos entre los obreros y el dueño de la finca, que lo era un indio llamado Salcedo; y á pretexto de que aquéllos se habían amotinado, el mayordomo de la hacienda, Valdés, al frente de unos 40 hombres, se dirigió contra los españoles, y haciendo fuego mató á uno y dejó heridos más ó menos gravemente á cuatro más. La justicia local procedió á instruir el correspondiente sumario; pero lo hizo de una manera tan manifiestamente parcial, que el resultado fué declarar absueltos á todos los procesados, excepto á dos, á quienes se impuso la pena de cuatro meses de cárcel. Pasó la causa al Tribunal Superior de Justicia del Departamento de la Libertad, y tales enormidades encontró éste en aquélla, que mandó instruir la de nuevo y amonestó severamente al juez. Reclamó Salcedo contra este fallo, y después de otros varios trámites, llegó el asunto al Tribunal Supremo de la Nación, del que era fiscal el Sr. Paz Soldán, y en 16 de Febrero de 1864 decretó ésta la anulación del fallo del Tribunal del Departamento: esto equivalía á sancionar la impunidad.

Cuando el Gobierno español tuvo noticia de esos sucesos, el marqués de Miraflores dirigió una Real orden al cónsul de España en Lima dándole instrucciones. «El Gobierno de S. M. —decía— no pretende hacer cómplice, ni aun completamente responsable, al Gobierno del Perú de un acto bárbaro y atroz; pero como sea un hecho no sujeto á duda que á la luz del día se reclutaron y reunieron asesinos pagados, y conduciendo á éstos reunidos al lugar donde habían de perpetrar el crimen, es indudable que pesa sobre el Gobierno una responsabilidad moral inmensa de la sangre derramada de súbditos extranje-

ros, cuya nacionalidad ultrajada exige que, á nombre del Gobierno de S. M., gestione con empeño para que se haga pronta justicia, haciendo presente á ese Gobierno que el de S. M. necesita una pronta reparación de semejante atentado» (1).

El cónsul, que lo era un tal Ugarte (2), reclamó contra las dilaciones que sufría el proceso; y el ministro de Relaciones exteriores encargó al cónsul peruano en Madrid que asegurase al Gobierno español que la causa no había sufrido retraso y que el Perú abrigaba buenas intenciones, lamentando que no se hubiese celebrado un Tratado de paz y amistad.

Así las cosas, recibió el almirante Pinzón un aviso confidencial del ministro español en Washington, noticiándole que la escuadra había sido destinada con urgencia á las aguas de Cuba; pero aquél, teniendo en cuenta la situación de los españoles, que se juzgaban amenazados y le rogaban no se retirase; en presencia de la negativa del Gobierno peruano á aceptar que el representante francés se encargase de la protección de nuestros nacionales, y escuchando los consejos belicosos del excónsul Ballesteros y del exdiputado Sr. Salazar y Mazarredo, reunió á los jefes de los buques y con ellos acordó prescindir del aviso, continuar en el Callao y participar al Gabinete de Madrid los fundamentos de su actitud. El mismo Sr. Salazar se brindó á conducir personalmente á España la comunicación del almirante.

Con conocimiento de ésta, y en vista de los datos que facilitó el Sr. Salazar, acordó el Gobierno enviar al Perú un representante encargado especialmente de reclamar justicia, y con tal objeto nombró al citado Sr. Salazar, con el título de

(1) Despacho del marqués de Miraflores al cónsul de España en Lima; fecha, Madrid, 9 de Octubre de 1863.

(2) Ugarte, vascongado enriquecido y avecindado en Lima, fué nombrado cónsul, en reemplazo del Sr. Merino Ballesteros, por la presión que el Sr. Osma hizo sobre el general Zavala, y éste sobre el ministro. Su nombramiento fué mal recibido, pues se le tenía entre los españoles del Perú por poco afecto á España. Así lo afirma el Sr. Novo y Colson.

comisario especial extraordinario, dándole, para cumplir su misión, amplias instrucciones, públicas unas y reservadas otras.

Reducíanse las primeras á encargarse al comisario que se empleasen todos los medios de miramiento y templanza para conseguir un éxito favorable en su misión, y á ordenarle que si desgraciadamente no daban aquéllos el resultado apetecido, se retirase á bordo de uno de los buques de la escuadra, y, de acuerdo con el almirante, obrasen ambos con arreglo á sus instrucciones, teniendo presente que, para decidirse á emplear la fuerza, habían de ser tales sus razones que su sola enunciación justificase al Gobierno de S. M. ante las naciones civilizadas.

En las reservadas se le prevenía que, bien enterado del estado del proceso de Talambó y de las vejaciones y atropellos cometidos contra súbditos españoles, y asesorándose del representante francés en Lima, presentase al Gobierno peruano, con su carácter de comisario especial, su primera reclamación, razonada y enérgica, pero pacífica, sin acudir de modo alguno al empleo de la fuerza, y reduciendo sus pretensiones á lo justo, para ver de terminar pronto este negocio y que pudiese retirarse cuanto antes la escuadra á las aguas de la Península. Se le encargaba reputase como principio de satisfacción el hallarse sometido un delito á la acción de los Tribunales; el ejercer el Gobierno sobre los procedimientos la inspección celosa que permiten las leyes; el someter á responsabilidad á los jueces y autoridades en el caso de un fallo irritante, y la promesa y garantía de resarcimiento de perjuicios. Si no se había instruido proceso, sería igualmente principio de satisfacción el incoarlo inmediatamente, ó las mismas seguridades antes mencionadas, no debiendo rechazar, en punto á resarcimientos y á cuestiones de principios, el arbitraje que pudieran proponerle. Si la reclamación era rechazada *in limine*, debía el Sr. Salazar retirarse á bordo de un buque español, expresando su pesar por tener que recurrir á demostraciones de fuerza; pero si la reclamación no se rechazaba de un modo absoluto, debía cru-

zar con aquel Gobierno alguna contestación, si de ella podía esperar un favorable resultado.

Ya á bordo, el Sr. Salazar debía dirigir un *ultimatum*, acompañado de copia de las instrucciones públicas, dando treinta horas para que se le contestase, anunciando que la satisfacción que se iba á procurar por la fuerza el Gobierno español era completamente contraria á los deseos de éste, el cual, por medio de un manifiesto, haría conocer á Europa y á América los agravios y negativas que á ello le habían impulsado. Si, en vista de todo, el Gobierno peruano no proponía solución al conflicto, debía el Sr. Salazar manifestar al general Pinzón que el asunto le pertenecía; quedando, sin embargo, á su lado hasta la terminación de la empresa, por si el Gabinete de Lima hacía á la vista de la escuadra lo que había rehusado por medios pacíficos.

Aun empezada la demostración de fuerza, debería el señor Salazar recibir la mediación que se le propusiese de ministros extranjeros, cuya opinión, lo mismo que la del jefe de la escuadra, podía oír en caso que dudase de la suficiencia de una solución que se le ofreciese.

Aunque el Sr. Salazar debía quedar en Lima, en caso de un éxito favorable, hasta la llegada del nuevo agente que nombrase el Gobierno de S. M., se le prevenía que no detuviese á la escuadra desde que terminasen las cuestiones, considerándose concluídas en este concepto: 1.º, con el condigno castigo de los culpables é indemnización correspondiente; 2.º, por compromiso formal del Gobierno de la República de realizarlo en los términos que se estipulasen; 3.º, por garantías que presentasen alguno ó algunos de los ministros de las potencias amigas de primer orden; y 4.º, por arbitraje aceptado por los mismos.

No huelga añadir que en las instrucciones que por el Ministerio de Marina se comunicaron al general Pinzón, se prevenía á éste que, llegado el caso de que el Perú no accediese á las justas reclamaciones de España, debería trasladarse inmediatamente á la rada del Callao y anunciar su propósito de

emplear la fuerza, esperando cuarenta y ocho horas la respuesta del Gobierno de Lima. Si ésta no fuese favorable, cumplidas las formalidades prescritas en el derecho internacional, debería dar principio á las operaciones militares, procurando siempre conciliar hasta donde fuese dable los sagrados derechos de la humanidad con el justo desagravio de las repetidas ofensas inferidas á la honra nacional.

El 18 de Marzo de 1864 llegó Salazar á Lima, é inmediatamente solicitó ser recibido por el Gobierno peruano. Éste contestó hallarse dispuesto á entenderse con él como *agente confidencial* del de S. M., dándole aquellas facilidades y reconociéndole todas las preeminencias que el derecho concede; mas no como *comisario*, porque, sobre no estar conforme esa denominación con los usos diplomáticos, podía producir embarazos en el curso de las negociaciones. Que semejante denominación no era propia, es cosa innegable; pero si todo había sido anómalo siempre en las relaciones entre el Perú y España, si se habían admitido cónsules sin existir Tratado, ¿tenía derecho el Gobierno de Lima para mostrarse intransigente en ese punto? De ninguna manera; pero tampoco debió el Gobierno español dar semejante título á su enviado.

Ante esa negativa, el Sr. Salazar se retiró á bordo de la goleta *Covadonga* el 12 de Abril, encomendando la protección de nuestros nacionales al encargado de Negocios de Francia, y avisando, en tono amenazador, el recibo de su Nota al ministro de Relaciones exteriores del Perú, á quien incluía copia del *Memorandum* que dirigía á los representantes de las naciones aliadas, explicando los motivos de queja que España tenía contra la República (1).

(1) En esa copia suprimió el Sr. Salazar el último párrafo del *Memorandum*, que decía: «Que habiéndose agravado los conflictos por la política conciliadora observada, creía llegado el caso de sustituir á las gestiones diplomáticas una acción más eficaz». El proceder no era muy correcto, pero esa falta resulta insignificante ante las que luego cometió el agente español. Bien es verdad que ninguna era tan grave como la de su nombramiento.

Salazar, á bordo de la *Covadonga*, se trasladó á las islas Chincha, donde se hallaba Pinzón con las fragatas *Resolución* y *Triunfo*. Conferenció con el almirante, enseñándole las instrucciones públicas, pero ocultándole las reservadas, que alegó se le habían perdido, si bien añadiendo que carecían de importancia; y aunque esto debió hacer sospechar al general Pinzón, y aunque en la comunicación que había recibido de Marina se le marcaba la forma en que había de emplear la fuerza, prescindió de todo y accedió á la propuesta de Salazar de apoderarse de dichas islas. Ni siquiera llamó su atención que el agente español le había formulado la misma idea antes de llegar al Perú (1). Tomaron, pues, posesión de las Chincha, sin encontrar resistencia, después de haber hecho la competente declaración diplomática de que así lo iban á verificar, fundándose en las muchas razones de queja contra el Perú que tenía España, en que el Gobierno de S. M. no había reconocido aún la independencia de la República, y, por lo tanto, podía *reivindicar* la propiedad de las citadas islas.

Contra esa idea de *reivindicación* protestaron en Lima, hasta recibir órdenes de su Gobierno, los representantes de los Estados Unidos, Inglaterra, Bolivia, Chile y Hawai.

El 6 de Mayo, el Cuerpo diplomático acreditado en el Perú envió á las Chincha una comisión compuesta de los encargados de Negocios de Francia, Inglaterra y Chile, á pedir que se le abandonasen las islas, que quedarían bajo su protección, sin izarse en ellas pabellón alguno, hasta que se arreglasen las cuestiones pendientes entre España y el Perú, respondiendo sus respectivos Gobiernos de la seguridad de la garantía que se les confiaba, y que devolverían al general Pinzón

(1) Desde Panamá, esto es, antes de llegar al Perú, había escrito Salazar una carta á Pinzón, de tonos muy belicosos, en la que le decía: «Recibirá usted ésta el 29; dése usted á la vela en seguida con las dos fragatas, y vaya usted á fondear á las islas de Chincha. Es el *rendez-vous* más conveniente, después de pesados todos los argumentos que usted puso y los míos».

si el Perú no accedía á justas pretensiones de España. La ocasión no podía ser mejor para rectificar el error cometido; error tanto más lamentable, cuanto que no habiendo alterado nada respecto al embarque del guano, no se privaba de recurso alguno al Perú, siendo España una especie de administrador gratuito de los intereses de la República.

Pero, en vez de eso, Pinzón y Salazar contestaron el 7 de Mayo en una declaración reducida á manifestar: 1.º, que sería restituída la barca peruana *Iquique*, apresada en las islas; 2.º, que la escuadra española se mantendría á la defensiva mientras no se le obligase á lo contrario, en cuyo caso concedería cuarenta y ocho horas de término á las autoridades si tuviese que hostilizar algún puerto de la República; 3.º, que el Gobierno de S. M. no reclamaría ningún crédito de particulares que no reuniese las condiciones siguientes: origen español, continuidad y actualidad del derecho en súbditos españoles; 4.º, que los créditos ó reclamaciones particulares que ofrecieran dudas serían sometidos á una comisión mixta; y 5.º, que carecía de fundamento la idea de que España deseaba establecer dinastías europeas en el Perú ni en ninguna otra República de América no reconocida. Esta declaración fué recibida como un insulto por la prensa peruana, y aquel Gobierno rehusó admitir la barca *Iquique*.

Salazar insistió en los deseos, que ya antes había mostrado, de venir á España, y así lo efectuó, aprovechando el regreso de la Comisión diplomática. En su viaje le acompañó como secretario el alférez de navío D. Cecilio Roda, siendo ambos objeto de asechanzas por parte de algunos peruanos.

Sobre este último extremo no se llegó á averiguar la verdad. El Sr. Salazar se presentó como víctima de criminales tentativas; pero no se pudo esclarecer lo ocurrido, aunque sí se adquirió la convicción de que en manera alguna tuvieron los hechos la importancia que aquél quiso darles. Sin embargo, el Gobierno, cometiendo una nueva torpeza, dió completo crédito al relato del Sr. Salazar, y el ministro de Estado, en

circular de 24 de Junio, dió cuenta á los representantes de S. M. de todo lo ocurrido y de la política que se proponía seguir en este asunto.

Desaprobando desde luego la idea de reivindicación de las islas Chincha emitida por los Sres. Salazar y Pinzón, reconociendo al Perú como pueblo libre é independiente, y sin querer humillarle, el ministro de Estado declaraba que la honra de España exigía que el Gobierno peruano desaprobase la conducta de sus agentes, que en el Callao quisieron prender al secretario del comisario español (1); que declarase que era ajeno á los conatos criminales dirigidos contra aquél, y que se hallaba dispuesto á castigarlos; y que se recibiese á un comisario español encargado de gestionar que se administrara justicia en el proceso de Talambó. Luego que España recibiese esas satisfacciones, se entregarían las Chincha al comisario que para recibirlas nombrase el Perú.

Al mismo tiempo se remitió á los representantes en París, Londres y Washington, copia de las bases que el Gobierno de S. M. creyó conveniente presentar al cónsul del Perú en Madrid para el arreglo de las cuestiones pendientes con dicha República, cuyas bases eran: 1.^a, que el Gobierno del Perú enviaría á Madrid un representante diplomático caracterizado que declarase en su nombre y con toda solemnidad:

A) Que desaprobaba el intento de las autoridades del Callao de querer reducir á prisión al secretario del comisario de España, y que las expresadas autoridades, las que hubiesen sido, estaban ya destituidas; y

B) que el mismo Gobierno no había promovido ni tenido participación alguna en los conatos contra la persona del comisionado español, intentados por peruanos en su viaje al Callao, á Paíta, á Panamá y á Colón, estando dispuesto á castigar á los autores.

(1) El secretario á que se alude no fué el alférez de navío Sr. Lora, sino un tal Ceruti, de nacionalidad italiana, que iba empleado en uno de los buques de la escuadra.

2.^a El Gobierno español enviará un representante á Lima con el objeto de reclamar que se administre justicia en la causa de Talambó, y con una credencial igual á la que llevó el señor Salazar, el cual comisionado será recibido por el Gobierno del Perú.

3.^a Inmediatamente después de esta recepción, serán entregadas las islas Chincha al comisario que nombre el Perú.

4.^a El Perú nombrará un plenipotenciario que venga á España, á fin de ordenar sobre bases prudentiales y completa buena fe un Tratado entre aquella República y la nación española, semejante á los que han celebrado las demás Repúblicas hispanoamericanas.

Al tener conocimiento de la mencionada circular y de estas bases el ministro de Relaciones exteriores del Perú, se dirigió al Cuerpo diplomático, refutando los asertos del ministro de Estado, rechazando en absoluto las bases, mostrándose ofendido por la publicidad de ciertos cargos, y declarando que el Perú no suscribiría ninguna humillación, y que no desistiría de exigir el desagravio de la ofensa que le habían irrogado.

Cada vez se alejaba más la posibilidad de un arreglo; y era natural que así sucediese, porque la conducta del Gobierno español no pudo ser más torpe; parecía como que deseaba la guerra, y sin embargo no se decidía á hacerla. Cuando inmediatamente después de llegada la escuadra al Callao no se lograron las satisfacciones pedidas, debió emplearse la fuerza. No se hizo: se siguió negociando, se cometió la torpeza de apoderarse de las islas Chincha cuando no podíamos suprimir la exportación de guano; dimos exagerado crédito á las quejas de Salazar, y concluimos fundando nuestra reclamación en los agravios que suponía haber sufrido el titulado comisario español. De este modo hicimos de un incidente secundario la cuestión principal. Y no fué esto lo peor, sino que se incurrió en una grave contradicción, desautorizando al jefe de la escuadra por haberse apoderado de las islas, y declarando, sin embargo, que no se devolverían éstas hasta que el

Perú hubiese cumplido las condiciones que le dictábamos.

Verdad es que, si torpe era la conducta del Gobierno en este asunto, no pecaba de acertada ni de hábil, y menos de discreta, la actitud de la opinión. Con un desconocimiento profundo de la realidad de las cosas y de los verdaderos intereses españoles en América, la prensa madrileña, no sólo la ministerial, sino la de oposición, como *La Iberia*, órgano de los progresistas, y *La Discusión*, demócrata, publicaban furiosos artículos contra las Repúblicas; con lo cual, sobre dar armas á los enemigos de España, se dificultaba toda solución con el Perú y se suscitaban nuevos conflictos con otros Estados americanos.

Pronto pudo advertirse que la mayoría de las Repúblicas, aunque haciendo protestas de amistad á España, se mostraban sentidas por la conducta de ésta; y no era difícil comprender que, si no todas, algunas de aquéllas no debían tardar en hacer causa común con el Perú.

En efecto: los representantes en el Congreso latinoamericano reunido en Lima (1), de Chile, Bolivia, Confederación Argentina, Colombia, Venezuela y Perú, dirigieron al general Pinzón una Nota, fecha 31 de Octubre, en la cual, después de consignar que las circunstancias en que el almirante español había ocupado las Chincha herían los derechos de todos los Estados del continente, requerían á aquél á la pronta desocupación de las islas y su entrega al Perú en los términos correspondientes á los derechos y á la dignidad de la República; manifestaban que la declaración del Gobierno de S. M., de que reprobaba el principio de reivindicación, habría disipado las justas alarmas de América si no se hubiese mantenido la ocupación de las islas; añadían que las Repúblicas de-

(1) Por consecuencia de la circular dirigida por el Gobierno peruano el 11 de Enero de 1864, se reunieron en Lima, el 28 de Octubre del mismo año, delegados de ocho Repúblicas, los cuales firmaron en 10 de Junio de 1865 un Tratado de alianza, garantizándose mutuamente su independencia, soberanía, integridad del territorio y forma de gobierno.

seaban conservar sus amistosas relaciones con España; enumeraban las disculpas ya expuestas por el Perú, y afirmaban que éste se hallaba dispuesto á atender las reclamaciones justas, así que entrase en debida forma en la posesión de su territorio.

Como las instrucciones enviadas al almirante, aunque desautorizábase el acto de la ocupación, prescribían que no se abandonasen las islas, claro es que no podía acceder el general Pinzón; y como éste, además, había anunciado al Gobierno de S. M. su propósito de dejar el mando de la escuadra, no cabía siquiera que entrase en negociaciones de ninguna especie. Su contestación de 2 de Noviembre fué, pues, negativa.

De este modo nos alejábamos cada día más de las Repúblicas americanas, mientras buscábamos la aprobación por el Gabinete de Londres de la conducta del de Madrid; aprobación que se obtuvo, juntamente con la promesa de que el ministro británico en Lima aconsejaría al Perú que evitase un rompimiento. La mediación de los Estados Unidos, por dos veces ofrecida, fué rechazada con buen acuerdo; como también se rechazaron las bases para un arreglo que formuló en París el representante peruano Sr. Barreda.

El conflicto no tenía ya más solución que la guerra, y así pareció entenderlo el Gobierno.

Imposible era, después de lo ocurrido, la continuación al frente de la escuadra del almirante Pinzón: bien demostró éste comprenderlo al indicar su deseo de volver á la Península, y no se le ocultó al Gobierno, que nombró para sustituirle al general Pareja.

Al comunicar á éste su nombramiento, se le dirigió por el Ministerio de Estado una Real orden, fecha 19 de Octubre, previniéndole: 1.º, que de ninguna manera debían abandonar nuestros buques aquellos mares sin obtener previamente las satisfacciones consignadas en las bases del Sr. Pacheco; 2.º, que procurase inculcar la idea de que España renunciaba á toda mira de conquista en el continente americano; 3.º, que afir-

mase, llegado momento oportuno, que no se trataba de reproducir franca ni encubiertamente la lucha pasada, sino que el conflicto actual era uno de tantos como ocurren entre las naciones; 4.º, que conservase las Chincha, no á título de reivindicación, sino como medio de hacer entrar al Perú en vías de arreglo; 5.º, que no impidiese la salida de guano que exportasen las Compañías extranjeras por virtud de contratos anteriores á la ocupación, pero que impidiese se utilizase de esto el Perú; 6.º, que el Gobierno se proponía adoptar nuevas medidas según se desarrollasen los sucesos; y 7.º, que procurase provisionarse en puertos amigos, y que, en caso necesario, invocase el derecho de gentes, declarando que la negativa á permitirle aquello constituía un acto de hostilidad, al que respondería en la forma oportuna.

Se dieron, además, el general Pareja instrucciones reservadas, en las cuales se le ordenaba que no hiciese uso de su credencial de plenipotenciario sino cuando el Gobierno peruano manifestase directamente por medio de algún agente diplomático extranjero, de una manera explícita, clara y segura, el deseo de tratar con él, ó cuando en los casos previstos en las otras instrucciones llegasen á abrirse hostilidades entre las fuerzas españolas y peruanas, y después se tratase de terminarlas por composición ó arreglo, para el cual partiría de las bases contenidas en la propuesta del Sr. Pacheco; contestando, si el Gobierno peruano intentase introducir alguna variación en las mismas, que no estaba autorizado para ello, sino sólo para dar cuenta al Gobierno de S. M., persistiendo entretanto en la actitud que prescribían las instrucciones.

Se le manifestaba también que no debería tener reparo en anunciar la resolución de emplear medios coercitivos, en caso de que el Perú se negase en un plazo dado á entrar en negociaciones razonables; pero que debería guardar reserva acerca de la extensión de ese plazo, que á tiempo oportuno se le comunicaría, sin emprender operación alguna ofensiva hasta recibir nuevas y positivas órdenes, á no ser provocado y

forzado á ello por hostilidades de buques peruanos, guardando también la mayor reserva sobre el límite de las facultades de que iba investido y sobre el momento en que había de comenzar por parte nuestra la agresión.

Con respecto al aprovisionamiento de víveres y carbón, se le decía que, para evitar inconvenientes con algunos Gobiernos de dudosa disposición, como los de Chile y Bolivia, prefiriese valerse de los medios empleados hasta entonces, procurando recibir aquellos artículos por medio de buques neutrales.

Por el Ministerio de Marina se ordenó además al general Pareja (1) que no abandonase el fondeadero de las Chincha hasta recibir nuevas instrucciones, á no ser que se viese obligado á devolver cualquier acto de hostilidad iniciado por el Perú, ó en el caso de creer conveniente presentarse en el Callao con todas las fuerzas para reclamar al Gobierno de la República copia de los contratos con extranjeros para la exportación de guano.

Como complemento de estas instrucciones, puede considerarse la circular que el 8 de Noviembre dirigió el ministro de Estado, Sr. Llorente, á los representantes de S. M. en el extranjero, en la cual formulaba las siguientes declaraciones: 1.º, que persistía en considerar como satisfacciones suficientes las contenidas en el proyecto de arreglo de 25 de Junio, debiendo tenerse por retirada esta propuesta, y sin ningún valor y efecto, si en un plazo dado, que se reservaba fijar y del que daría previo conocimiento al Perú, no había sido aceptada; 2.º, que renunciaba á toda mira de conquista y dominación en el territorio del continente americano; 3.º, que de igual modo persistía en no considerar ocupadas las islas Chincha á título de reivindicación, sino como medio coercitivo para obtener del Perú reparaciones justas; y 4.º, que era posible se viese obligado á adoptar ulteriores disposiciones

(1) Real orden de 20 de Octubre.

respecto á la exportación del guano, bien fuera para estorbar que el Perú hallase por este medio recursos para hostilizar á España, bien para conseguir el resarcimiento de perjuicios; pero que en todo caso se obraría de manera que no se lastimasen los derechos de los acreedores extranjeros del Perú que lo fuesen en virtud de contratos aprobados por el Congreso de aquel país, y publicados antes del 14 de Abril, día de la ocupación. Acerca de esta última declaración se dieron previamente amplias explicaciones al Gobierno inglés (1).

Teniendo conocimiento el Gabinete de Madrid de que el Perú persistía en su actitud, rechazando en absoluto las bases propuestas por el Sr. Pacheco, creyó llegado el caso de dirigir al general Pareja nuevas instrucciones, como lo hizo con fecha 25 de Noviembre, ordenándole que, conservando la posición de las Chincha con aquella parte de sus buques que considerase absolutamente indispensable, tomase con el resto de ellos la vuelta del Callao, verificado lo cual debería pasar una comunicación al Gobierno peruano pidiéndole manifestase si aceptaba las bases ó si consideraba oportuno proponer algunas modificaciones que no afectasen á su esencia, y que esperaba que contestase en el término de cuarenta y ocho horas.

Si el Gobierno peruano aceptaba las bases, el Sr. Pareja debía pedir un inmediato cumplimiento y que se enviase á Madrid alguna de las personas que hubiesen desempeñado cargos diplomáticos importantes en Europa, siendo esencial que se pasase al jefe de la escuadra una comunicación firmada por el presidente de la República ó el ministro de Relaciones exteriores, participando que dicho nombramiento se hacía para cumplir lo prevenido en el artículo 1.º de las bases del Sr. Pacheco.

En el caso de que el Gobierno del Perú exigiese algunas modificaciones ó explicaciones respecto á su sentido é inteli-

(1) Despacho al encargado de Negocios en Londres, fecha 26 de Octubre.

gencia, se aceptaría la negociación, señalando un plazo irrogable de seis ú ocho días, que podría, sin embargo, ampliarse por razones muy poderosas, para terminar aquélla. No se aceptaría modificación alguna esencial, pero el general Pareja podría hacer las siguientes concesiones: á la base primera, que bastaba que el agente peruano que había de venir á Madrid declarase solemnemente que las autoridades del Callao intentaron reducir á prisión al secretario del Sr. Salazar en la inteligencia de que no era español ni tenía relación alguna oficial con el Gobierno de S. M. ni con sus representantes; y que consideraba la pretendida participación del Gobierno peruano en los atentados contra el comisario de España, como contraria á los deberes y sentimientos del Gobierno de una nación civilizada. Era condición *sine qua non* que esto se declarase en Madrid. A la base 2.^a, que las islas Chincha podrían ser evacuadas ó devueltas inmediatamente después que el Gobierno peruano hubiese firmado las bases del Convenio, y que el comisario español podría denominarse «agente especial», pero en este caso se añadiría un artículo expresando que se nombraría una comisión mixta para entender en las reclamaciones de súbditos españoles.

Si expiraba el plazo de la negociación sin haberse llegado á un completo acuerdo, se debía considerar el Sr. Pareja en el mismo caso que si el Perú no hubiese contestado en el término de las cuarenta y ocho horas ó fuese la contestación resueltamente negativa. En cualquiera de estos casos declarararía que iba á principiar las hostilidades en el plazo de diez días, lo que debía llevar á cabo si el Gobierno peruano no iniciaba las negociaciones con arreglo á lo expresado.

En el caso de negociar, si se trataba de cambiar saludos entre los buques de ambas naciones, debía exigir que los peruanos disparasen los cuatro primeros cañonazos antes de que los españoles principiasen á disparar, y prosiguiendo luego alternativamente. Esta sería condición ineludible en el caso de aceptarse modificaciones en las bases. Por último, no debería

exigirse indemnización alguna por gastos de la expedición, á no dispararse un cañonazo ó hacerse declaración de guerra, en cuyo caso el Gobierno de S. M. reclamaría indemnización por todos los gastos causados desde la fecha de 14 de Abril último.

El 7 de Diciembre tomó Pareja el mando de la escuadra, que fué reforzada, primero con las fragatas *Blanca*, *Berenguela* y *Villa de Madrid*, y luego con la *Numancia* y vapor *Marqués de la Victoria* (1); y el 30 del mismo mes se presentó en las Chincha el general peruano Vivanco para negociar con el almirante español.

No obstante la buena voluntad de ambos plenipotenciarios, las negociaciones hubieron de prolongarse, hasta que habiendo recibido Pareja las instrucciones de 25 de Noviembre, se vió precisado á dar por terminadas aquéllas.

Dejando en las Chincha la goleta *Vencedora* y todo el convoy, se dirigió Pareja al Callao con el resto de las fuerzas, fondeando en dicho puerto el 25 de Enero de 1865. Inmediatamente envió al Gobierno del Perú un *ultimatum*, señalando para la contestación un plazo de cuarenta y ocho horas. Rechazada la mediación que el día 26 le propusieron el ministro y cónsul francés, el 27 por la mañana recibió el almirante una comunicación del ministro de Relaciones exteriores, anunciándole la visita de un plenipotenciario, y en efecto, poco después volvió á presentarse el general Vivanco. La conferencia fué larga, pero no infructuosa, pues el mismo día 27 quedó firmado el Tratado preliminar de paz entre España y el Perú (2). En él no se consignó nada acerca del saludo; pero

(1) La fragata *Triunfo* había quedado completamente destruída por un incendio casual en las islas Chincha.

(2) El Tratado, que lleva fecha de 27 de Enero de 1865, dice así:

Artículo 1.º Habiendo desaprobado el Gobierno de S. M. C. la conducta de sus agentes en el litoral del Perú, tomando posesión de las islas Chincha á título de reivindicación, y habiendo al propio tiempo el del Perú reprobado, como desde luego lo supuso el de S. M. C., la violencia intentada contra el comisario español en Panamá, según lo ha expresado

los plenipotenciarios acordaron, después de empeñada discusión, que disparasen el primer cañonazo los fuertes del Callao y que los demás disparos fuesen simultáneos. Se verificó el saludo, se devolvieron las islas, y el Perú pagó la indemnización. Todo parecía satisfactoriamente terminado, y sin embargo, ¡cuán lejos estaba de ser esto verdad!

Ni en España ni en el Perú fué bien recibido el Tratado. En España, porque las pasiones políticas que se habían apoderado de este asunto y que inspiraban todos los juicios, impidieron reconocer que, aun no hallándose exento de defectos, era dicho pacto bastante ventajoso, poniendo fin á una

el Gobierno de la República por medio de sus circulares y agentes diplomáticos, en guarda de su honor, queda allanado el principal obstáculo que se oponía á la desocupación de las dichas islas, y, por lo tanto, serán éstas evacuadas por las fuerzas navales de S. M. C. y entregadas á la persona que el Gobierno del Perú nombre para recibirlas.

Art. 2.º El Gobierno del Perú, á fin de cortar radicalmente toda posibilidad de desavenencia, confirmando sus amistosos sentimientos respecto de la España, acreditará un ministro cerca de S. M. C.

Art. 3.º Como el Gobierno del Perú nunca se negó en absoluto á la admisión del comisario español, y como el de S. M. C. ha manifestado en sus circulares diplomáticas de 24 de Junio y 8 de Noviembre últimos que el título de comisario especial no daña los derechos del Perú á su independencia, queda convenido por las partes contratantes que el Gobierno de S. M. C. podrá enviar á Lima, y el del Perú recibirá, un comisario especial encargado de entablar gestiones ó reclamaciones sobre la causa seguida por el suceso de Talambó.

Art. 4.º El Perú autorizará con plenos poderes á su ministro en España para negociar y concluir un Tratado de paz, amistad, navegación y comercio, semejante al ajustado por Chile ú otras Repúblicas americanas, que S. M. C., como el Gobierno del Perú, están dispuestos á celebrar.

Art. 5.º En dicho Tratado se establecerán al mismo tiempo las bases para la liquidación, reconocimiento y pago de las cantidades que por secuestros, confiscaciones, préstamos de la guerra de la independencia, ó cualquiera otro motivo, deba el Perú á súbditos de S. M. C., con tal de que reunan las condiciones de origen, continuidad y actualidad española.

Art. 6.º Las altas partes contratantes convienen en que la liquidación y reconocimiento de que trata el artículo anterior se hagan precisamente en virtud de pruebas documentadas, auténticas y oficiales, y nunca en virtud de pruebas testimoniales ni de ninguna otra clase.

Art. 7.º Si ocurriere alguna dificultad ó duda para la liquidación y

situación peligrosa para nosotros; porque ni era posible decorosamente retirar la escuadra antes de llegar á una solución, ni cabía que nuestros barcos, poco menos que abandonados por el Gobierno, pudiesen acometer en buenas condiciones empresas militares. Es más: en las instrucciones se había ordenado á Pareja que no exigiese indemnización sino en el caso de negociar después de romperse las hostilidades. Pareja se excedió de sus facultades al recabar una indemnización de tres millones de pesos, pagada en el acto, y luego pareció esa suma pequeña, insignificante, sosteniéndose que debía haberse exigido 30 ó 40 millones de pesos (1).

reconocimiento de alguna ó algunas de las entidades reclamadas, serán resueltas por una comisión de seis individuos, nombrados tres por cada una de las partes contratantes.

Art. 8.º El Perú indemnizará á España de los tres millones de pesos fuertes españoles que se ha visto obligada á desembolsar para cubrir los gastos hechos desde que el Gobierno de dicha República desechó los buenos oficios de un agente de otro Gobierno amigo de ambas naciones, negándose á tratar con el de S. M. C. en estas aguas, y rechazando de este modo la devolución de las islas de Chincha, que espontáneamente se le ofrecía. El presente Tratado será ratificado, etc.

Por las causas que expondremos en el texto, este pacto no llegó á ser ratificado.

(1) Ocupándose de este incidente de la indemnización, escribe el señor Novo y Colson en su citada obra: «Temió éste (el presidente del Consejo, general Narváez) que, conocida su imprevisión, sirviera de arma al partido vicalvarista para debilitar el nuevo prestigio ganado por la feliz terminación del conflicto peruano; y no cabe admitir que en su innegable perspicacia juzgara contraproducente y de efímera existencia el Tratado por lo ventajoso, puesto que, lejos de desaprobárlo lo hecho por Pareja, trató de arrogárselo como Gobierno y enmendar las cosas de modo que apareciese marcado en las instrucciones del 25 de Noviembre el punto referente á la indemnización. A este fin el ministro de Estado, D. Alejandro Llorente, escribió una carta semioficial, con fecha adecuada, á Pareja, la que debía considerar como una adición á las instrucciones citadas y quedar unida á ellas. En dicha carta se daba motivo para que, aceptada por el general plenipotenciario, reformase éste su comunicación del 28 de Enero en el sentido de que había exigido la indemnización obedeciendo á las prevenciones del ministro de Estado, y no á su propio criterio. Por el Ministerio de Marina, que regía D. Francisco Armero, se suplicó la aquiescencia de Pareja y su conformidad con esta prevención retrospectiva».

Más fundadas eran las quejas de los peruanos, porque conociendo éstos como conocían, sin que se sepa quién se las facilitó, las instrucciones recibidas por Pareja, las compararon con el Tratado, y formularon graves acusaciones, puesto que el Perú se comprometía á acreditar un representante en Madrid, y España no se obligaba á hacer lo mismo en Lima, y puesto que se hacía aparecer como que la República no había aceptado la devolución de las islas de Chincha, que espontáneamente se le ofreció (1), haciendo de esta negativa una de las causas que legitimaban la indemnización.

De la excitación que había provocado en los ánimos el conocimiento del Tratado, se valieron los enemigos del Gobierno peruano para provocar el 5 de Febrero, con motivo de haber desembarcado algunos individuos de la escuadra (2), un motín contra los españoles; motín que las autoridades militares trataron de reprimir, pero del que fueron víctimas un cabo de mar, muerto por el populacho, y varios tripulantes, que resultaron heridos.

Pareja reclamó enérgicamente en su comunicación al ministro de Relaciones exteriores. «La naturaleza y circunstancias todas de los sucesos—dijo—que lleva sólo iniciados el infrascrito, y la publicidad con que han tenido lugar, á la luz del día, ante el pabellón de todas las naciones civilizadas, exigen que el Gobierno del Perú, por su propio buen nombre, se apresure á imponer el más severo de los castigos á los culpables de semejantes sucesos; y por eso el ministro plenipotenciario de S. M. C., y comandante general de sus fuerzas navales en el Pacífico, revestido con toda la que le presta la razón y la justicia, y dispuesto como se halla con las que el Gobierno de

(1) Este y otros asertos del Tratado dieron lugar á que el almirante Hernández Pinzón formulase una reclamación ante el Gobierno por considerar aquéllos como atentatorios á su buena fama y nombre.

(2) También se hallaba en tierra el almirante Pareja, que había desembarcado para visitar al general prefecto del Callao, en cuya casa recibió la primera noticia de los sucesos.

su país ha puesto á su disposición para hacer que se respete su pabellón y los intereses de sus súbditos, cuando estén de su parte, como en el caso presente, la razón y la justicia, se apresure á manifestar al Gobierno del Perú, por medio de su excelentísimo señor ministro de Relaciones exteriores, que no considerará lavado el bárbaro ultraje inferido á su pabellón y á las personas é intereses de los súbditos españoles, sino con el condigno é inmediato castigo de los autores y cómplices de semejantes atentados» (1).

La contestación del ministro de Relaciones exteriores fué satisfactoria, prometiendo que se terminarían cuanto antes los procedimientos judiciales incoados, y que se castigaría á los delincuentes, y mencionando el estado de la República y su creencia de que el ataque á los españoles había sido un pretexto para desórdenes, cuyas verdaderas y reales causas eran de suma gravedad y trascendencia. No tardó en evidenciarse el fundamento de este aserto, pues la revolución estalló pocos días después. Antes de esto, habiendo sido destituido el prefecto del Callao, en atención á la queja del general Pareja, nombrado plenipotenciario cerca de S. M. C. el contraalmirante Valle-Riestra, y visitado el jefe de la escuadra española al presidente Pecet, creyó el almirante español llegado el caso de ocuparse de Chile, cuya actitud era cada día más hostil.

Mientras se desarrollaban los sucesos de que habremos de ocuparnos en el capítulo siguiente, se normalizaron las relaciones entre el Perú y España en términos que permitían abrigar la esperanza de que no se alteraría la paz entre ellas. El Gabinete de Madrid designó por su representante en Lima á D. Jacinto Alvistur, al que entregó dos credenciales: una como comisario especial y otra como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, fechada la primera el 14 de Mayo y la segunda el 16; y habiendo sido recibido oficialmente como

(1) Comunicación del general Pareja al ministro de Relaciones exteriores, fecha 7 de Febrero de 1865.

tal comisario el 21 de Julio, entregó sus credenciales como ministro plenipotenciario el 3 de Agosto, cambiándose entre él y el presidente afectuosos discursos.

Valle-Riestra se vió detenido en París por una grave dolencia, no pudiendo venir á Madrid hasta el mes de Mayo, siendo recibido por S. M. el 10 del mismo mes (1).

Entonces comenzaron las negociaciones para el Tratado definitivo de paz, en las que entendieron, como ministro de Estado, Benavides y Arrazola, que formaron parte del Gabinete Narváez, y desde el 21 de Junio D. Manuel Bermúdez de Castro, miembro del Ministerio O'Donnell (2).

De las primeras conferencias sacó el plenipotenciario del Perú la esperanza de concluir un Tratado digno y ventajoso (3); y creyéndolo así, presentó un proyecto en el cual eludió todo lo relativo al reconocimiento especial de la independencia del Perú, á la renuncia de los antiguos derechos de España sobre el territorio peruano y á la amnistía á cuantos habían tomado parte en la guerra de separación—ideas consignadas en todos los Tratados hechos por las Repúblicas de América con la Corona de España.—En vez de la cláusula especial de reconocimiento, se limitaba á consignar en la introducción del Tratado, como aludiendo á un hecho consumado, que la separación é independencia del Perú de su antigua metrópoli exigían el establecimiento de relaciones entre ambos, y que, en esta virtud, ambas partes habían nombrado sus res-

(1) Obsérvese que las credenciales de Alvistur, como comisario y como ministro plenipotenciario, llevaban fecha posterior á la recepción de Valle-Riestra, lo cual, en aquellas circunstancias, tenía marcadísima significación.

(2) Arrazola, ministro de Gracia y Justicia, estuvo encargado del Ministerio de Estado durante la enfermedad de Benavides, que era el propietario. Cuando O'Donnell sustituyó á Narváez, se encargó de la cartera de Estado D. Manuel Bermúdez de Castro.

(3) Despacho de Valle-Riestra al ministro de Estado del Perú. Madrid, 27 de Junio de 1865.—Véase toda esta correspondencia en la *Colección oficial de Tratados del Perú*, tomo VI.

pectivos plenipotenciarios, etc. En cuanto á la cuestión de la deuda, propuso Valle-Riestra que fuese objeto de una convención especial que debería negociar en Lima el ministro de España. Rechazó el Sr. Bermúdez de Castro semejante proyecto, y aunque al fin se llegó á un acuerdo respecto al reconocimiento, renuncia de soberanía, lo relativo á la deuda hizo que la negociación se prolongara.

Valle-Riestra alegó no tener instrucciones para aceptar lo que proponía el ministro de Estado español; éste quiso ver en esa excusa una infracción del Tratado del Callao; mediaron múltiples conferencias, y cuando parecía ya próxima una feliz solución, el movimiento revolucionario reprimido meses antes estalló con tal fuerza, que dió en tierra con la presidencia del general Pecet. El nuevo Gobierno peruano se declaró desligado de todo compromiso con España; negó validez al Tratado Vivanco-Pareja; no mantuvo relaciones con el representante español, y ordenó á Valle-Riestra se retirase de Madrid, rompiéndose las relaciones entre ambos pueblos en Enero de 1866.

Como luego veremos, al rompimiento diplomático siguió bien de cerca la declaración de guerra.

JERÓNIMO BECKER

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS.—*Historia del desarrollo intelectual en Chile*, por A. Fuenzalida.—*Mi año literario*, por A. Reynal O'Connor.—*El crepúsculo de los gauchos*, por Félix B. Basterra.—*Simulación de la locura y La psicopatía en el arte*, por el Dr. Ingegnieros.—*Más allá de los horizontes...*, por Blanco-Fombona.—*Lecciones de literatura española*, por S. Argüello.—*Anales de la catedral de Lima*, por el Dr. J. M. Bermúdez.—*Mayorazgos y títulos de Castilla*, por D. Amunátegui.—REVISTAS.—*Anales de la Universidad* (Chile).—*Oidores de la Audiencia de Chile en el siglo xvii*.—*Equivalencia de títulos académicos y profesionales en América*.—*Convenios establecidos*.—*Higiene de la infancia*.—*Revista Positiva*.—*La República (!) de Panamá y la diplomacia contemporánea*.—*Civilización yanqui*.—*Boletín de Instrucción Primaria* (Méjico).—*La Comisión internacional americana de Arqueología y Etnología*.

De todos los libros americanos que últimamente he recibido es, sin duda, el más importante, curioso y útil, el titulado *Historia del desarrollo intelectual en Chile*. Su autor, D. Alejandro Fuenzalida, profesor en el Instituto Nacional, era ya conocido en este género de trabajos por su considerable monografía sobre *Lastarria y su tiempo*. Abrazando cuadro de mayor amplitud, ha escrito ahora la historia documentada de la cultura intelectual chilena ó que tuvo por campo de acción el territorio de Chile, desde 1541 á 1810, en lo referente á instituciones de enseñanza pública (en los tres grados generalmente distinguidos: primario, secundario y superior), educación femenina, Ciencias jurídicas, Medicina y Cirugía, Geografía, Ciencias exactas y naturales, industria minera é influencia docente y moral de los eclesiásticos. Basta considerar el período á que se refiere esta *Historia*, para comprender que, tanto ó

más interés que para los chilenos, ha de tener para los españoles, pues en rigor forma un capítulo de nuestra acción intelectual en América, de la que suele hablarse, por lo común, muy vagamente. Como la mayoría de las instituciones de enseñanza se desarrolló ya en el siglo XVIII, y á este tiempo corresponden también muchos de los datos relativos á las demás materias, el libro del Sr. Fuenzalida constituye especialmente una contribución valiosísima á la historia de aquel simpático y efímero renacer de nuestra cultura que produjo el llamado «despotismo ilustrado», en cuya vida interior y vicisitudes aún no se ha penetrado bastante, á pesar de las muchas monografías que parcialmente han estudiado tales ó cuales manifestaciones suyas.

El autor cree que su libro «adolece en muchas partes de una invencible aridez».—«He caído—añade—en lo prolijo, que es como caer en lo árido; me he esforzado en comprobar, cuanto es posible, en sus fuentes originales, lo que digo, porque más que de entretenimiento este libro es de estudio». Declaro sinceramente que no tengo por falta esto de que se confiesa el autor. La aridez es uno de esos conceptos relativos que, más que en las cosas, están en el sujeto. Para muchas gentes, la música de Bach es árida; y sin embargo, ¡qué fuente de goces intelectuales no representa para los que tienen educado su gusto estético! Aquellos á quienes interese la historia—que son los que leerán el libro de Fuenzalida—seguramente no sólo no encontrarán árida la acumulación de pormenores (en que no creo, además, que el escritor chileno se haya extremado), sino que cada nuevo dato, cada particularidad insignificante para el vulgo, será un nuevo excitante de su curiosidad y deleite. Por otra parte, de los libros de historia no cabe esperar otra cosa sino pormenores y documentos. Ciertamente es que, á veces, los grandes artistas de la composición histórica ordenan relatos en que la erudición, exprimida en lo mejor de su sustancia, queda disimulada de modo que el «gran público», es decir, el público generalmente frívolo, el que lee por pura dis-

tracción ó para enterarse por encima, halla en lo escrito igual placer que en la literatura de entretenimiento. Pero esto no suele lograrse muy á menudo, ni sin sacrificio de condiciones científicas en la obra, ó con adición de elementos (pasionales, dramáticos, etc.) que no son propiamente del campo propio al historiador. Otra cosa es el arte de presentar y tejer las noticias y de aprovechar los documentos, ya extractándolos, ya dando de ellos los pasajes característicos, ó relegándolos á los apéndices para que no embaracen el texto y lo confirmen. Este arte creo que, en general, lo ha tenido el Sr. Fuenzalida, á lo menos en lo que llevo leído de su libro, muy superior (como era lógico esperar) al de *Lastarria*.

Para que el lector juzgue ahora por sí del interés de las materias tratadas, citaré algunos de los epígrafes y datos de varios capítulos.

El primero lleva por título *La Universidad de San Felipe y la cultura intelectual al finalizar la colonia*. En él se habla de la organización universitaria durante los primeros años; de la enseñanza en las diversas cátedras; de las ferias de grados; de los libros de los jesuitas. En 1756 no había en Santiago más que un doctor en Medicina, y éste de origen francés. A él se encargó la cátedra de esta materia en la nueva Universidad. Para la de Matemáticas «no hubo en todo el reino de Chile persona capaz». Aun después de proveída, quedó desierta, y «en todo el curso del siglo XVIII no se graduó ningún doctor, absolutamente ninguno, en Matemáticas». Esta ciencia, como la Medicina, era mirada con prevención. La enseñanza se daba en latín, cuyo uso en las aulas restableció un decreto de Fernando VI (11 Septiembre 1753).

El capítulo IV trata de la *Influencia docente y moral de los eclesiásticos*, para determinar la cual estudia la erección y alcance de las Universidades pontificias; la rivalidad entre la de los dominicos y la de los jesuitas; las costumbres y condición moral del clero; las misiones y sus resultados positivos.

El V está dedicado á *La educación de las mujeres: la vida*

claustral y la vida social, y expónense en él algunas costumbres femeninas de la época colonial; la educación en los claustros; lo que fué el Instituto de enseñanza para mujeres de la Compañía de María; las modas, etc.

Los datos relativos á costumbres no son, por cierto, edificantes. La sociedad colonial era, á lo que se ve por ellos, bastante depravada, y en la depravación, el clero tenía buena parte, á pesar de los esfuerzos de algunos prelados. Por lo común, las mujeres recibían instrucción y educación en los conventos de monjas, pero cuidando de capacitarlas, sobre todo, para ser buenas madres de familia, á la manera como esto se entendía entonces. El autor utiliza mucho los relatos de viajes por Chile, cosa acertada y que debe recomendarse, tanto más cuanto que en España, no obstante lo rica que es esa literatura, muy rara vez se acude á ella para historiar las costumbres.

*
* *

D. Arturo Reynal O'Connor ha inaugurado unos *Anales literarios*, en que se propone ir recogiendo diferentes escritos sobre libros y hechos recientes, ó sobre asuntos puramente literarios. El primer volumen, que se refiere al año 1903 (1), contiene trabajos de política, historia, crítica literaria, etc. El autor expresa la razón de publicar estos *Anales*, del siguiente modo: «Opositor intransigente de la política industrial, y entregado desde hace muchos años á mi profesión y al cuidado de mis intereses, creí que en nada mejor que en escribir podía ocupar mis horas de descanso.—Sea cual fuere el valor del producto, no lo inspiró la vanidad literaria... sino sustraer el alma al espectáculo de la cosa pública, y olvidar los agravios á los principios y á las ideas... No reclamo benevolencia, y sin desafiar la opinión, me ofrezco como la primera víctima de la crítica, si con mi inmolación contribuyo á crearla, para sa-

(1) *Mi año literario*. Buenos Aires, 1903.

carla del sistema mendicante de cartas de recomendación». El trabajo más extenso é importante del libro es el titulado *Por las colonias*, que expone la vida de los cultivadores del campo argentino.

El crepúsculo de los gauchos, de Félix B. Basterra, es un libro implacable, en que se pone al desnudo el estado de la sociedad argentina, que el autor juzga deplorable, y más que deplorable, desesperado. Imposible es, para un extranjero, decir si la pintura es exacta, ó peca por exageradamente pesimista. En una dedicatoria que el autor ha puesto en ejemplar enviado á un amigo mío, dice que se lo envía «para que corrobore los asertos de Bunge». Supongo que se refiere al libro de Bunge titulado *Nuestra América*. Tenga ó no razón Basterra en todo lo que dice, yo declaro que me son sumamente simpáticos los pesimismos de ese género, porque tienen por raíz una idealidad elevada, y la santa facultad de indignarse ante lo malo, de dudar ante lo imperfecto, y porque, en el fondo, son pesimismos intelectuales que no trascienden á la acción paralizándola, sino, por el contrario, estimulándola al remedio. Cuanto más alto es el ideal y más viva la indignación, la pintura es más apasionada, y es seguro que sobrepuja á lo real, como aquellas terribles pinturas del mundo pagano que se leen en los escritores cristianos de los primeros tiempos. Y, sin embargo, de aquel paganismo tomó infinitos elementos de vida la nueva sociedad cristiana, y aún somos hijos de él en gran parte. Además, yo tengo gran confianza en los pueblos jóvenes y mezclados, con tal de que no se aislen ni cristalicen en una forma dada. Y en punto á defectos, creo también que hay muchos eternamente humanos, que no autorizan á desesperar sólo de una nación determinada; y otros, pasajeros, propios de estados de evolución social y, por tanto, vencibles. Pero, en fin, el fustigar es siempre sano. ¡Cuántos hombres no andarían si no sintiesen sobre su espalda el látigo de la censura, el golpe de la injusticia misma!

*
* *

Tengo al Dr. Ingegnieros por uno de los intelectuales más cultos y listos de la Argentina. Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA ya están familiarizados con su firma y con la originalidad de sus trabajos. En estas crónicas he resumido varios capítulos de su libro en formación sobre *Simulación de la locura*. El libro acaba de publicarse (1), y constituye, á mi juicio, un acontecimiento en la producción literaria de América. Es, juntamente, la obra de un médico observador y de un psicólogo sagaz, alumbrado por una ilustración que los profesionales vulgares suelen considerar como inoportuna.

No hay para qué decir que ese libro encierra materias sobre las cuales me declaro incompetente para formular juicio; pero juzgo por las otras y por esa impresión de convencimiento que aun á los profanos producen las obras sólidas, fruto de un estudio verdad y de una penetración honda de los asuntos. Al final del libro, Ingegnieros resume su doctrina en algunas conclusiones. La simulación es para él un medio de la lucha por la vida, resultante de la adaptación á las condiciones especiales del ambiente en que se vive; por eso varía según las formas de la lucha, y se encuentra en todos los hombres, en mayor ó menor grado: «solamente los individuos superiores, psicológicamente más diferenciados, pueden sustraerse á las imposiciones de la adaptación al medio»; las simulaciones patológicas, entre ellas la de la locura, son un grupo de los fenómenos de adaptación; la simulación va en aumento de día en día, pues en la lucha actual «los medios astutos reemplazan á los violentos», pero «disminuirá en el futuro por el predominio del sentimiento de solidaridad social»; la simulación se produce aun en los alienados verdaderos, en quienes se da la comprensión de «las ventajas que reporta su estado, ó bien sus desventajas, y entonces disimulan»; en los delincuentes «está subordinada á

(1) *Simulación de la locura*, precedido de un estudio sobre la simulación en la lucha por la vida.—Buenos Aires, 1903. Un vol. en 4.º mayor, de XIII-500 págs.

las circunstancias propias de la legislación penal contemporánea», por eso su criterio de interpretación debe ser «clínico-jurídico»; el delincuente simulador «no simula por sus anomalías psíquicas verdaderas, sino á pesar de ellas, contra lo afirmado hasta ahora por los autores»; contra las ideas hoy predominantes, «debe considerarse que la posibilidad de simular la locura para eludir la represión penal, es en absoluto independiente de las anormalidades psicológicas: los delincuentes más anormales son los menos aptos para usar de este medio defensivo en su lucha por la vida»; los delincuentes que simulan son, en su mayoría (83,13 por 100), de aquellos «en que predominan los factores externos ó sociales en la determinación del delito»; los delincuentes natos «dan una reducida minoría de simuladores (16 por 100)», etc.

Los criminalistas, los antropólogos, los médicos, discutirán la exactitud de estas afirmaciones. Que Ingegnieros acierte en todas ó se equivoque en algunas, importa poco. Lo que en el trabajo intelectual vale no es el resultado doctrinal, sino el esfuerzo de la investigación y el planteamiento de los problemas.

De Ingegnieros también es un breve libro, sumamente simpático, cuyo objeto principal es analizar y defender el que, con el título de *Hacia la justicia*, ha dado á luz recientemente el Dr. Sicardi (1). La crítica de Ingegnieros tiene en este caso doble valor: por lo personal que en ella hay, y porque nos revela los méritos de un escritor poco conocido en España. La introducción de este libro es un valiente alegato en pro de la cultura general de los profesionales. El alegato es tanto más de estimar, cuanto que no ya el público, sino los mismos especialistas, creen, por lo común, innecesario (y aun perjudicial) saber otra cosa que aquello que estrictamente se refiere á su profesión; con lo cual constituyen un peligro cada vez que los

(1) *La psicopatía en el arte.*—*Hacia la justicia*, de Sicardi, con una introducción sobre los médicos literatos. Buenos Aires, 1903.

azares de la vida les llevan á dar opinión ó voto sobre cosas de otra índole (y el caso es frecuente), y se incapacitan incluso para sacar de sus estudios especiales todo el fruto que darían de ser vistos en la orgánica relación en que todo conocimiento se halla con los demás, aun los relativos á esferas de la realidad que parecen distantes *toto orbe*. El Dr. Ingegnieros prueba, con citas, que, por fortuna, en su país son muchos los médicos literatos, es decir, los médicos que no se contentan con ser médicos en sus aficiones y trabajos intelectuales: manera segura para ser mejores médicos que los reclusos en los límites de una profesión forzosamente recortada, cuando así se la considera.

* * *

En un artículo anterior he hablado de *El éxodo y las flores del camino*. Del libro de Blanco-Fombona, *Más allá de los horizontes*. (1), se podría decir casi lo mismo que del de Amado Nervo dije. Desenfado, sinceridad cruda, poesía, observación personal... Un libro *literario*, sugestivo, ameno, simpático. ¡Lástima que Blanco-Fombona galiparle á veces, sin necesidad! ¿Para qué decir «apartamento», cuando hay en castellano, en ese castellano que Fombona maneja con tanta soltura, palabras castizas que hacen inútil esa adaptación del vocablo francés?

El Sr. D. Santiago Argüello H. acaba de publicar unas *Lecciones de literatura española* (2) que son, á la vez, historia y antología. En esto segundo estriba su mayor utilidad. En la parte relativa á los contemporáneos, no siempre ha escogido bien. ¿A qué citar tanta medianía como cita, y menos que medianías, malísimos escritores (Ayguals de Izco, Pérez Escrich, Ortega y Frías y otros), aunque sea para fustigarlos? ¿No hubiera valido más detenerse algo en la exposición de las

(1) Madrid, 1903.

(2) León, Nicaragua, 1903. 2 vols.

obras de Guimerá, de Feliú y Codina y de otros, que se mencionan muy de pasada? El Sr. Argüello parece bien enterado de lo actual. ¿Cómo se explican, con esto, algunas omisiones de importancia en poetas, novelistas, dramaturgos y críticos? El estilo es demasiado retórico por lo común, y empedrado de galicismos y neologismos.

*
* *

La colección de documentos y monografías históricas que publica el Gobierno mejicano, bajo la dirección de la Biblioteca Nacional de Lima, y particularmente del jefe de ésta, Ricardo Palma, se ha enriquecido con un nuevo volumen de *Anales de la catedral de Lima*. Escribió estos *Anales* el doctor D. José Manuel Bermúdez, canónigo que fué de aquella iglesia desde 1806 á 1830, y constituyen «la historia más completa y auténtica de la catedral limeña durante la época colonial». Las noticias que trae Bermúdez comienzan en el año 1534 y terminan en 1824. Proceden de los antiguos archivos de Lima y de la catedral.

Otro libro de historia, muy interesante para los estudios biográficos españoles, acaba de publicarse en Chile. Es el tomo II de la obra titulada *Mayorazgos y títulos de Castilla*, cuyo autor es el conocido literato chileno Domingo Amunátegui Solar. Forman esta obra varias monografías de familias chilenas del siglo XVIII, procedentes de los colonizadores españoles, y que en esa época tenían instituidos mayorazgos ú ostentaban títulos de Castilla. La documentación que presenta y utiliza el Sr. Amunátegui es numerosa, y merced á ella el libro ofrece un rico manantial de pormenores y noticias curiosas sobre la sociedad chilena de aquel tiempo, y en particular sobre las costumbres, ideas y preocupaciones sociales.

*
* *

El último cuaderno de los *Anales de la Universidad*, de Chile, que llega á mis manos, es el correspondiente á los me-

ses de Julio y Agosto de 1903. En él encuentro más de un trabajo de positiva importancia. El Sr. A. de Silva y Molina trae una serie de 34 breves biografías de oidores de la Real Audiencia de Chile en el siglo xvii, en su mayoría españoles peninsulares. Los hay andaluces, extremeños, castellanos nuevos y viejos y un asturiano, D. Alvaro Bernardo de Quirós, natural del pueblecito de Olloniego.

D. Gaspar Toro publica su informe sobre «Equivalencia de grados universitarios y de títulos profesionales en los diversos países americanos», que presentó al Congreso de enseñanza de 1902. El autor es resueltamente favorable á la equivalencia que, en principio, aprobó el Congreso panamericano de Méjico. Pero este acuerdo lleva trazas de no realizarse. Adelantándose á su aplicación, Chile ha convenido con la Argentina y Costa Rica sobre aquel asunto, y el Sr. Toro propone que estos acuerdos se conviertan en regla general. Su fórmula podría ser la contenida en los siguientes artículos:

«Art. 1.º Los certificados de estudios, los diplomas de grados y los títulos de profesiones liberales expedidos por la autoridad nacional competente en uno de los Estados contratantes, producirán en el otro los mismos efectos que si se hubiesen expedido en este otro Estado por la autoridad nacional competente.

»Art. 2.º Para dichos efectos, los indicados documentos se presentarán debidamente legalizados al respectivo Ministerio de Relaciones Exteriores, el cual dispondrá que se registren y archiven en la oficina de la autoridad correspondiente, una vez comprobada, en conformidad á las leyes del país en que dichos documentos se presenten, la identidad de la persona á que ellos se refieren».

Y añade el autor:

«Con los referidos convenios sobre equivalencia de grados y títulos para garantizar el libre ejercicio de las profesiones liberales en los países latinoamericanos, ningún interés legítimo se contraría. Con ellos ganan ciertamente las relaciones

políticas y sociales de pueblos afines, llamados á conocerse mejor y á vivir juntos la vida del derecho; ganan el concierto de los intereses científicos y profesionales, y la cultura general de los espíritus.

»A esa conclusión puede llegarse. Aceptándola bajo su patrocinio, le prestaría fuerza poderosa este Congreso, ofrecido al adelantamiento de la enseñanza nacional por la iniciativa fecunda y la acción perseverante del hombre distinguido que hoy preside y rige la Universidad de Chile».

El Dr. Rodríguez Barros dedica un largo y sustancioso estudio á la higiene de la infancia, buscando la manera de disminuir el enorme coeficiente de mortalidad que se observa en Chile. Aduce el Sr. R. Barros numerosos datos adquiridos en una misión científica á Europa, y sus conclusiones son como sigue:

«1.^a La mortalidad general reviste entre nosotros caracteres de suma gravedad, y, siendo debida en mucha parte á la mortalidad infantil, todo cuanto se haga por disminuir ésta será obra patriótica y necesaria.

»2.^a Los resultados estadísticos y las experiencias hechas en otros países, permiten asegurar que se puede salvar un gran número de niños débiles ó prematuros, mediante cuidados especiales y el uso de incubadoras, por lo cual se hace necesario un servicio especial con este objeto en nuestras Maternidades.

»3.^a La leche de mujer es el alimento exclusivo del recién nacido, y es deber, tanto del médico como de las personas que tienen influencias especiales y rodean á las nuevas madres, alentarlas por todos los medios posibles para que den el pecho á sus hijos y para que sólo en aquellos casos en que esto es imposible recurran á la alimentación artificial, que será hecha con leche esterilizada.

»4.^a La creación de *Crèches*, y sobre todo de *Consultorios para recién nacidos*, medios reconocidos como excelentes de protección de la infancia, deben multiplicarse á medida de las necesidades.

»5.^a La unión de la Beneficencia pública y la caridad privada, del Gobierno y los Municipios, debe ser completa en esta empresa de protección á la infancia, y deben prestarse mutuo apoyo, porque sólo así se hará obra de verdadera utilidad y se salvarán todos los años millares de niños que pueden dar días de gloria y de riqueza á nuestro querido Chile».

En el número 37 (Diciembre 1903) de *Revista Positiva*, el profesor Aragón dedica un valiente artículo á *La República (!) de Panamá y la diplomacia contemporánea*.

Después de recordar la insistencia con que los gobiernos yanquis han expresado su propósito de ejercer su hegemonía en toda América, á pretexto de tutela sobre las repúblicas de origen latino, dice: «Si esta presunción á la hegemonía la fundasen en la superioridad moral y en la prosecución de grandes ideales, necio sería el que la censurase; pero como no se funda sino en el deseo del propio engrandecimiento, la miran todos con profunda desconfianza y la censuran todos con más ó menos libertad».

En apoyo de esa afirmación, consigna el autor los siguientes razonamientos:

«Hubo un tiempo en que los Estados Unidos fueron la esperanza de los amantes de las instituciones republicanas, el lugar del planeta adonde se fijaban las miradas de los que veían vinculado el progreso humano en la constitución de una sociedad pacífica ó consagrada á la industria. Hoy dominan en ese pueblo la Plutocracia, el Militarismo y el Imperialismo. En su vida interior ó nacional tiene una carcoma que ennegrece su civilización: *la pérdida progresiva de la libertad*. Los conflictos producidos por el trabajo últimamente en Chicago, la absolución en Lexington (Carolina del Sur) del asesino Tillman—criminal que, al cometer su horrendo asesinato, tenía el cargo de elevada autoridad—y otros muchos *hechos*, revelan con su abrumadora realidad que en los Estados Unidos se vive como vivían asociados los hombres en *la edad de la piedra*. Mr. Maurice Low, yanqui, en un artículo de la *National Review* (Octu-

bre último), dice: «El desorden y los actos de violencia son más comunes en aquellos Estados donde es menor la mezcla de población extranjera. Las clases realmente peligrosas en este país no son importadas, son nativas». De los homicidios dice el mismo autor: «Estos crímenes son tan comunes que no atraen ó apenas atraen la atención. Frecuentemente no es juzgado el asesino. Si se le somete á juicio, el juicio es siempre una farsa, y el asesino puede confiar con arrogancia en su absolución». Cuando en 1898 publicamos un *Ensayo* motivado por la guerra que declararon los Estados Unidos á España, al referirnos al estado social de los yanquis decíamos entre otras cosas: «Los asesinatos son tan frecuentes, que ya no causan aversión, menos espanto». Esta frase lastimó entonces la sensibilidad exquisita de nuestros compatriotas *yancófilos*.

»El profesor James, de la Universidad de Harvard, dice que la epidemia de los lynchamientos está asumiendo las proporciones de una enfermedad nacional profunda, que llegará á ser con certeza endémica, en cada lugar de nuestro país, en el Norte y en el Sur, si no es que se adoptan remedios heroicos rápidamente. El Norte está casi inoculado en su totalidad, como el Sur».

Sin embargo, el citado Mr. Low todavía tiene la frescura de afirmar, al predecir la anexión de parte del territorio colombiano por los Estados Unidos, que con esto «ganará la civilización» y en aquel país vendrá á sustituirse «la ley y el orden á la anarquía y el desorden».

La creación del Estado independiente de Panamá en 1903 no ha sido otra cosa que un juego de los sindicatos yanquis. La *independencia* encubre una verdadera *dependencia* que, lejos de dar al nuevo Estado «nacionalidad y respeto», lo presenta como mero instrumento y escarnio de la soberanía de las naciones.

Todos los datos que se conocen en punto á la revolución istmeña, comprueban que ésta ha sido una pura obra de los Estados Unidos y que, al fin, todo parará en un protectorado

yanqui, de que es ya preludio el Tratado existente. En éste concede el nuevo Estado á la federación yanqui «derechos absolutos y ejercicio de *soberanía* á perpetuidad en la región del Canal, con el consiguiente monopolio de la vía marítima y un ferrocarril. Los Estados Unidos garantizan la independencia de la nueva República».

La conducta de Mr. Roosevelt y Mr. Hay en este negocio diplomático será siempre una sombra en su carrera política, pues aun desechando la suposición de que hayan ayudado siquiera moralmente á los rebeldes panameños, hay dos hechos incontrovertibles que hablan en su contra, á saber: haber reconocido incontinenti al nuevo Estado que surgía de una *separación* del territorio de nación amiga, y haber impedido la acción de Colombia para someter á los separatistas.

«¡Calcúlese la significación que habría tenido en el mundo que naciones poderosas de Europa hubiesen evitado á Lincoln que sometiese á los separatistas confederados! El presidente actual de Estados Unidos y su secretario de Estado son republicanos, y los sorprendemos en violación abierta de las tradiciones gloriosas de la política de su partido, al examinar su conducta en el caso reciente de Panamá. La *Convención Republicana* que colocó al gran Lincoln en la presidencia, por medio de declaraciones en extremo explícitas, dió á saber al mundo que la conservación de la integridad de la República debería ser el objeto de la actividad de su candidato, y que «á la perfecta unión de los Estados debía el país su prodigioso aumento de población, el sorprendente desarrollo de sus recursos materiales, el rápido incremento de su riqueza, la felicidad interior y los honores en el exterior, y que todo plan de desunión, cualquiera que sea su origen, es y debe ser aborrecible».

»A los ojos de Mr. Roosevelt y Mr. Hay, el plan de desunión de los panameños no fué aborrecible y *sí apetecible*. Causa desilusión que el estadista que ha mostrado amplitud de miras tratándose de los negros, que se ha esforzado en suprimir la corrupción de su país y en combatir las tendencias antisociales

de los *trust*, haya hollado la moralidad internacional con su apoyo al escandaloso panamá político que acabamos de presenciarse.»

«Los Estados Unidos serían un tanto menos censurables por su inmoral conducta, si ellos no se presentasen ante el mundo como defensores del derecho de los débiles y de los oprimidos (caso de Cuba, memorial al Czar sobre los asesinatos de los judíos, etc.), ¡ellos!, que distan tanto de poder tirar la primera piedra, como pueden distar las agrupaciones humanas hoy existentes que no aspiran á exhibirse como arquetipos!

»En la inmoralidad gubernativa de los Estados Unidos en estos días de Panamá, no todas han sido sombras: ha habido *luz*. Los partidarios del Canal de Nicaragua han obrado con celosa actividad y decisión enérgica; pero aunque sean fundadas las apreciaciones de los senadores que han condenado la conducta del Ejecutivo yanqui y han hablado en contra de los actos que rebajan el nivel de su nación, no es fácil saber si semejante modo de obrar lo ha inspirado el odio de partido ó la *moralidad política*, pues periódicos prestigiados de allende el Bravo han hecho la afirmación de que los aludidos senadores estaban dispuestos á dar su apoyo al presidente Roosevelt en sus actos referentes á la formación de la República de Panamá, siempre que el mismo presidente optase por la vía de Nicaragua.»

Lo sucedido en Panamá debe ser motivo de meditación para los gobiernos de las demás repúblicas. ¿Cuál ha de ser la conducta de éstos en vista de los avances del imperialismo yanqui y para conjurar el peligro de que sean mordidos por el inmenso pulpo?, pregunta el autor. Y contesta: «Debemos ante todo callar con sinceridad y buena fe los motivos de nuestras respectivas discordias, y rodearnos en torno de nuestros respectivos pabellones para darnos el abrazo de hermanos; pues sin unión, sin moral, sin obediencia á las leyes, sin respeto á las autoridades, sin amor al trabajo, sin el deseo de

constituir una patria fuerte y respetable por sus virtudes, seremos juguete de las ambiciones sin escrúpulos de los extranjeros más fuertes que nosotros. En una palabra: conservando el *orden* dentro de nuestras propias casas, trabajando por el *progreso* é inspirándonos en el *amor*, es como hemos de evitar todo pretexto de intervención de parte de los que ambicionen todo ó una fracción de lo que poseemos.»

.....

«Los pueblos de América formados por la conquista española tienen elementos reales y efectivos para constituir naciones respetables por títulos elevados. Trabajemos, pues, por la realización de esos ideales y por inspirar respeto á los demás, inspirándolo primero á nosotros mismos. Si así obramos, no tendremos motivos para ver sombrío el porvenir.»

El *Boletín de Instrucción Pública*, de Méjico, en su número de 30 de Mayo, trae interesantes datos sobre el establecimiento de una Comisión internacional americana de Arqueología y Etnología, cuyo proyecto se aprobó en el Congreso Panamericano de Méjico.

Para cumplir este acuerdo se reunió en 15 de Abril último una asamblea de representantes de algunos países americanos, la cual aprobó el plan orgánico de la Comisión. Los representantes de cuatro países significaron la intención de adoptarlo desde luego, «mientras otros ministros explicaron la necesidad de detener la acción final hasta requerir instrucciones de sus respectivos gobiernos, y se votó por unanimidad que se recomendara la adopción del plan y se hiciera una moderada apropiación á varios países americanos, con el fin de llevar adelante sus propósitos.

» Fué también decidido por voto unánime reunirse en sesión para la organización fiscal, el tercer lunes de Diciembre de 1903, y entretanto invitar á varios gobiernos americanos para que designen comisionados que concurran á esa sesión y participen en su organización.

» Bajo el plan adoptado, la comisión esta designada para

formar un cuerpo administrativo é incluir un cuerpo científico, el primero formado por ~~comisionados~~ comisionados designados oficialmente por los gobiernos que concurran, en número que no exceda al de tres por cada uno, y que tendrá un presidente, dos vicepresidentes y un secretario, electos per término de cuatro años; el personal de comisionados y esas oficinas administrativas serán honorarios. El cuerpo científico deberá constar de científicos y científicos prácticos *attachés*, escogidos por la Comisión, con un director general y un secretario y un director por cada país concurrente; estos puestos serán honorarios ó retribuidos, y los comisionados serán elegidos. Los fines especificados de la Comisión son: 1.º, promover la unificación de leyes relativas á antigüedades del Hemisferio Occidental; 2.º, aumentar y difundir los conocimientos concernientes á esas antigüedades y á los pueblos aborígenes por quienes fueron producidas; 3.º, despertar el interés por los vestigios de los pueblos desaparecidos; 4.º, unificar métodos en los museos de toda América; 5.º, trabajar para el establecimiento de uno ó más museos arqueológicos y etnológicos de carácter internacional.

»Se hará un presupuesto para adquisición, preservación y transporte de museo y oficina, para cambio de colecciones y trabajos científicos y para preparación y publicación de memorias.»

El plan ó reglamento íntegro ha sido publicado en el número de 20 de Junio del mismo *Boletín*.

HISPANUS



CRÓNICA LITERARIA

Los Concursos literarios.—La novela *Ganarás el pan...*, por D. Pedro Mata.

La publicación de la novela *Ganarás el pan...*, de D. Pedro Mata, premiada en un Concurso de cuyo Jurado formé parte, me sugiere algunas consideraciones acerca de esta clase de certámenes.

¿Es necesario fomentar la literatura? ¿es útil? ¿es práctico? ¿puede considerarse la literatura, aquella literatura que no tiene otro fin que el artístico, como cosa necesaria en la vida social, ó simplemente como un lujo y un adorno de la civilización? Desde luego hay que considerar que los hombres poseen ya un inmenso capital acumulado de esta clase, obra de las generaciones anteriores. Supongamos que en un período de cien años ó más se paralizara por completo la producción literaria, se extinguiese la raza de los poetas líricos, de los novelistas, de los dramaturgos; no se escribiera más que con fines de utilidad. En tal hipótesis, que es desde luego fantástica y aun absurda, las necesidades estéticas que satisfacen las obras literarias, suponiendo que subsistieran en ese extraño estado de infecundidad, no dejarían de hallar abundante pasto. Las letras han producido ya muchas más obras de las que permite leer y apreciar la vida entera de un hombre. Lo que se conserva de las literaturas clásicas, griega y romana; lo que ha llegado á nosotros de las orientales; lo que produjeron en la Edad Media las nuevas lenguas romances; el enjambre de obras que luego de constituídos ya estos idiomas forma las grandes literaturas

modernas francesa, inglesa, española, alemana en sus siglos de oro; la copiosa y rica literatura del siglo XIX, bastarían para que los que viviesen en aquella época de esterilidad literaria no careciesen del recreo de las letras ni de la educación del gusto que puede emanar de ellas, si posible fuera que se dieran, simultáneos, dos fenómenos tan opuestos, como son la incapacidad para cultivar la literatura y la aptitud para apreciar este género de belleza. Y ese capital no se gasta, no disminuye, no se consume, aunque generaciones sin número usen de él.

Pero, además, ¿puede esperarse que por virtud de una acción reflexiva se fomentaría artificialmente la producción literaria? En cantidad, acaso; pero no en calidad. La producción de las más importantes obras literarias no ha ido unida á consideraciones de utilidad que guiasen al autor, sino que ha sido efecto de una vocación especial, de un impulso espontáneo, casi irresistible. Si se atiende á los resultados prácticos: honores, riqueza, jerarquía social, que puede producir una profesión, es evidente que hay muchas ocupaciones que prometen mayores beneficios que el cultivo de las letras, y aun ha habido épocas en que éstas, aparte del halago del aplauso, no ofrecían más que muy escasos y problemáticos frutos, y ni siquiera podía esperarse de ellas que dieran de comer al que las consagraba su tiempo y su ingenio. En las dedicatorias de las obras de Cervantes se ve claramente la situación de domesticidad y casi de mendicidad á que se veían reducidos los grandes ingenios con relación á los magnates que, por vanidad ó afición á la literatura, desempeñaban el papel de Mecenas. El caso del autor del *Quijote* no es excepcional, sino común. Hasta los tiempos modernos, en que han aparecido los grandes públicos que pagan la literatura como cualquier otro servicio, no se han emancipado los escritores de esa situación de dependencia de príncipes ó magnates, que les ponía al nivel de los criados de los grandes.

Resulta, pues, que hasta en tiempos en que la literatura era desde el punto de vista de la utilidad uno de los peores

oficios, tuvo grandes y numerosos cultivadores; lo cual se explica, porque no es ésta, en realidad, una profesión como otra cualquiera, sino el resultado de una vocación ó inspiración especial. Precisamente uno de los males que produce hoy el que el cultivo de las letras sea un oficio regularmente remunerado, ó susceptible al menos de obtener suficiente remuneración, es que muchos le siguen sin tener aquella verdadera inspiración que engendra las grandes obras, y se dan á escribir novelas ó dramas, como podrían hacer alegatos ó recetas ó despachar expedientes, lo cual no es menos importante, pero sí distinto.

En la literatura, como en todas las bellas artes, hay una parte externa, técnica, de procedimiento, que está al alcance de cualquiera que la aprenda y posea regular talento. Por eso hay muchos que escriben novelas, dramas, poesías líricas, etc., sin ser verdaderos artistas, sin poseer el *quid divinum* de la inspiración literaria; y claro es que sus obras no agregan nada al tesoro de las letras, aunque sean ellas discretas y no se aparten de la reglas de la retórica. Es indudable que cuanto más produzca la literatura y más ventajas reporte, más aumentará el número de estos seudoliteratos. En cambio, aunque no se proteja ni se fomente de modo alguno la literatura, es caso improbable que el que lleve dentro una obra genial deje de escribirla y sacarla al mundo, pues en la vocación del artista hay algo de impulso irresistible. Ningún Cervantes se queda con el *Quijote* en el cuerpo.

No hace falta que se escriban muchas novelas ni muchos dramas, sino buenas novelas y buenos dramas. Un libro es capaz de difusión indefinida y puede servir para millones de lectores. Las obras literarias, aunque se fijan y conservan en materiales tan frágiles como el papel, son lo más duradero que han hecho los hombres, lo que menos padece con la acción del tiempo, lo que experimenta menor desgaste. Más de dos mil quinientos años de uso no han conseguido desgastar aún los poemas homéricos.

Síguese de esto que no hay necesidad de fomentar la literatura, y que, de hacerlo, probablemente no se conseguiría otro resultado que el de aumentar el número de obras, añadiendo estímulos á los que ya lleva consigo la profesión de las letras desde que hay públicos numerosos que la retribuyan, cosa que verosímilmente ha de ir en aumento al compás de la difusión de la cultura. El mercado literario crece á medida que hay más gente que sabe leer y que entre los que saben leer hay mayor suma de conocimientos.

Dicho esto, se comprenderá que no doy importancia á los Concursos como medio de fomentar las letras. Hay que mirarlos desde un punto de vista más prosaico, como un medio de propaganda, como un recurso para llamar la atención del público. Por eso los periódicos, maestros en las artes de la publicidad, son los que los han generalizado modernamente en España, dándoles una resonancia que no alcanzaron antes, cuando no salían del modesto círculo de los juegos florales y otros ejercicios literarios semejantes.

Pero el que los Concursos sean en puridad un reclamo no debe desacreditarlos. Nuestra escasa capacidad para la lucha económica hace que desdeñemos ó aparentemos desdeñar generalmente los españoles, so capa de idealismo, lo que con ella se relaciona y lo tengamos por cosa subalterna. No hay nada de eso. El reclamo, por prosaico que parezca, es una necesidad de los tiempos modernos, pues siendo tantas las cosas que solicitan la atención de las gentes, y andando ésta distraída entre sinnúmero de objetos, forzoso es atraerla con habilidad cuando se quiere que en alguno se fije particularmente.

Tienen, pues, los Concursos la ventaja de atraer la atención, y desde este punto de vista son muy beneficiosos para los autores que en ellos obtienen el lauro, pues así alcanzan una notoriedad superior á la que habrían conseguido por los caminos ordinarios. Y en países de pocas iniciativas y de actividad perezosa é inconstante, sirven también para estimular en

cierta medida aptitudes que, sin ocasiones tales, tardarían más en revelarse.

En compensación de estas ventajas, ofrecen inconvenientes notorios. Dan lugar á una producción forzada, sujeta á límites de tiempo, extensión de obras, etc., que no puede menos de perjudicar á la espontaneidad y desarrollo natural de los trabajos que se escriban expresamente para concurrir á uno de estos certámenes, inconveniente mucho mayor tratándose de obras literarias que de escritos puramente didácticos, en los cuales entra por menos la inspiración, ó tal vez no se necesita, y lo que hace falta es investigación, consulta de textos ó, en general, aprovechamiento de las fuentes del saber que sirvan para el caso, todo lo cual se presta á una labor metódica, constante y hasta en parte mecánica, que no puede aplicarse de igual manera, con esperanzas de buen éxito, á las creaciones artísticas. Otro inconveniente de los Concursos literarios es que pueden extraviar á la parte menos ilustrada del público sobre el verdadero valor de las obras premiadas, presentándolas como cosa extraordinaria, pues no todos comprenden que lo que se premia es el mérito relativo, lo mejor de lo presentado, siendo aceptable.

Vienen luego las dificultades del acierto. Es menos fácil de lo que se cree discernir cuál es la mejor entre varias obras literarias que no se diferencien mucho. Que una novela es mala, puede apreciarse con seguridad, no habiendo enemistad ó pasión por medio; que es buena, con relativa probabilidad de acierto; que es la mejor de las presentadas á un Concurso, no pasa de ser una impresión, un juicio personal, una preferencia subjetiva que acaso variara si fuesen otras las personas encargadas de dar su parecer ó fallo. Sólo en el caso de que exista una gran diferencia de mérito entre las obras de las cuales haya que elegir, sólo cuando alguna de ellas sobresalga extraordinariamente de entre sus compañeras, puede adquirir ese juicio cierta certeza objetiva. No basta que los jueces encargados de fallar el pleito literario sean competentes é impar-

ciales. En los juicios literarios entran por mucho el gusto personal de cada uno, sus ideas, sus lecturas favoritas. Puede sentarse como axioma que el fallo del Jurado de un certamen literario es cosa provisional, un antejudio, una sentencia que tiene que pasar á más señores y que no adquiere fuerza mientras no la confirma el público.

Y no está sólo la dificultad en lo que tiene de subjetivo y variable todo juicio literario. Falta un criterio fijo. ¿Qué debe premiarse, por ejemplo, en una novela? ¿lo castizo y elegante del lenguaje? ¿el pensamiento de la obra? ¿la habilidad en el desarrollo del argumento? ¿la originalidad de los caracteres? ¿la novedad del asunto? ¿el colorido y la fiel reproducción de la vida? Puede haber sobre esto opiniones diversas. Por mi parte creo, y lo diré de pasada, que á lo que debe atenderse con preferencia es á lo específico en la clase de obras de que se trate: siendo novelas, á lo específicamente novelesco. ¿Y qué es lo novelesco? Una novela es una historia imaginaria, y su efecto estético se mide por la intensidad con que estén presentados esos hechos imaginados que la sirven de asunto. La presentación movida, animada, viviente de los sucesos y personas que crea el novelista es lo que mayormente califica su habilidad como tal. Lo cual no quiere decir que sea indiferente la calidad de esos tipos ó escenas. Pero la mera inventiva no basta, si no existe esa verdadera encarnación ó vivificación del asunto. Con todo, es esta materia opinable, y habrá de seguro quien piense de otro modo.

*
* *

Desde este punto de vista, puede considerarse que el Concurso de novelas abierto por la Casa Henrich, de Barcelona, ha sido afortunado, pues la novela premiada en primer lugar tiene, antes que otro alguno, ese mérito.

No es la naturaleza del asunto, ni la índole de los personajes, ni el hondo análisis psicológico de éstos, lo que distingue

á la novela *Ganarás el pan...* y hace de ella la revelación de un novelista hasta ahora inédito. Es esa viviente evocación de la realidad; es la pintura, llena de colorido y movimiento, de un medio especial, de una clase de hombres, de un aspecto ó una esfera de las costumbres. Pinta esta novela la vida de la bohemia literaria, descrita muchas veces desde Murger acá, pero que en la novela española ha tenido mucha menos importancia que en la francesa, por ejemplo. Desde luego ha perdido ese género de tipos y costumbres gran parte de la aureola de que los rodeó el romanticismo. No ha desaparecido la bohemia, pero sí ha decaído, al menos como tema literario, y tal vez se deba en primer término al cambio de las condiciones económicas de la profesión literaria. En los tiempos heroicos de la bohemia no había apenas términos medios entre la miseria y la opulencia, entre la obscuridad y la fama. Faltaba esa multitud de ocupaciones literarias modestas que pueden dar el pan de cada día sin encumbrar al que las ejercite, y que han desaparecido á consecuencia de la difusión de la lectura, el desarrollo de la industria editorial, y más que nada del extraordinario crecimiento del periodismo. El bohemio que se lanzaba entonces á conquistar la gloria y la riqueza tenía algo de épico, por las dificultades de la aventura que emprendía. Hoy acaso los sentimientos, las aspiraciones y hasta las ilusiones del bohemio serán las mismas; pero como en esa conquista de la gloria y de la posición social hay muchas estaciones intermedias, modestas las más, pero tolerables, resulta simplemente un luchador por la vida; no es épico, no es un loco que puede resultar sublime; es un hombre que sigue un camino bastante frecuentado, y en que, si es dudoso llegar hasta el fin, se corre ya poco riesgo de perecer. El que sueña con la gloria dramática puede no llegar á Shakespeare, quedarse á inmensa distancia, pero con todo vivir cómodamente del trimestre. Y por lo mismo que la profesión literaria se ha vuelto menos precaria y aventurada y ha adquirido mayor seguridad, se ha *aburguesado*, han entrado en ella hábitos de orden y de normali-

dad, que tienden á hacer desaparecer la bohemia, á limitarla, á convertirla en un estado pasajero y hasta en una excepción.

Los personajes de la novela del Sr. Mata están concebidos con estas proporciones modestas que hay que dar á lo que queda de la bohemia. No son románticos, sino realistas, y al decir esto no me refiero á sus ideas estéticas, sino á su traza y á su proceder. No sienten la angustiosa obsesión del protagonista de *L'Œuvre*, no se han enamorado de un ideal que juega con ellos negándoseles; luchan por la vida, sin perjuicio de soñar á veces con encontrarse á la gloria en el camino.

La vida es relativamente fácil para los personajes de esta novela. Asoma pocas veces á sus páginas la siniestra catadura de la miseria de levita, y no muestra más que una pequeña parte de sus horrores. Los bohemios de *Ganarás el pan...* encuentran fácil el bolsillo de los amigos ó tropiezan con *cocottes* generosas que les protegen. El mismo protagonista tiene ciertos rasgos de Alfonso sentimental. Este personaje, cuyas aventuras son el eje de la novela, es un joven que ha consumido la herencia paterna corriendo juergas en París y en Madrid. Pero es algo más que un *noceur* ó un juerguista. Es literato, tiene estudios, cultura, gusto. Mas estas mismas prendas de su ingenio le hacen difícil para admitir ciertos trabajos subalternos, y casi le inhabilitan para la conquista del pan de cada día. La novela nos le presenta al principio viviendo al amparo de un tío suyo (D. Tomás), de cuya esposa (María) está enamorado el sobrino (Luis Gener). Tiene esta dama el siniestro sino de enamorar á todos los parientes de su esposo. En la historia de aquel matrimonio hay un drama. Un hijo de anteriores nupcias del marido se prendó locamente de María y se suicidó al verse rechazado por ella. El esposo lo sabe y odia á aquella mujer, que le ha sido fiel, pero que causó la muerte de su hijo. Y Luis, el sobrino, que es sentimental y romántico, al ver maltratada y aborrecida por el marido á la infeliz mujer, se enamora de ella.

Esta primera parte no está más que esbozada en la novela,

y resulta casi superflua por los rumbos que toma luego la acción. El análisis psicológico del hombre aquel que llega á aborrecer á la esposa honrada, cuya presencia le recuerda constantemente al hijo muerto, era un asunto tentador, materia sobrada para llenar él solo una novela. Pero en *Ganarás el pan...* todo eso queda lejano, borroso; lo cuenta incidentalmente uno de los personajes, es una mera referencia.

Volvamos en busca del protagonista. Se muere el tío, y Luis Gener, no queriendo comprometer á la viuda con la convivencia bajo el mismo techo, se va de la casa después de haber cambiado con ella juramentos de amor. Y se va de un modo inverosímil, sin una peseta, sin más ropa que la puesta, como no se va nadie de su casa, por enamorado que esté de su tía. Vive primero con un pintor que le brinda hospitalidad. Comparte luego el techo *et le reste* con una *cocotte* á quien él socorrió en sus tiempos de opulencia; entra en un periódico, escribe un drama titulado *Ganarás el pan...*; se bate por un artículo ajeno, y le abren la cabeza; y cuando convaleciente de la herida, desalentado, triste, convencido de que no sirve para las letras, está pensando en buscar un medio obscuro y humilde de vivir, un destino, un pedazo de pan, vienen una noche sus amigos á anunciarle que su drama (cuyos ensayos le habían ocultado) se ha estrenado y ha obtenido un éxito loco. El público le aclama; quieren que se levante de la cama para ir á recibir la ovación. ¿Llegaré á tiempo?, pregunta afanosamente el enfermo. É Isabelilla, la *cocotte* que vive con él, le dice: «¿á qué esas prisas? ¿á qué quieres llegar, si ya has llegado?», aludiendo á la conquista de la fama y de la posición.

¿Y la tía?, preguntará tal vez algún lector curioso. La tía se eclipsa, desaparece, se mete en un convento. Ha sorprendido una vez á Luis é Isabelilla, y, desengañada del amor del mozo, le abandona. Es una figura que pasa rápidamente por la novela y que está deseando salir de ella.

Un extracto breve sólo puede dar confusa idea de una novela. En el anterior resumen del argumento de *Ganarás el*

pan... se omiten muchos episodios, algunos superfluos, que quedan colgando, sin finalidad conocida, sin concluir, como el de la *cocotte* que mata de una puñalada á su rival; otros, bien encajados en la acción general de la novela y de verdadera fuerza dramática, como el de los amores de Antonio Biedma y la cómica Elena Samper, y el lamentable fin del mísero enamorado poeta, que muere de amor y de borracheras en la cama de un hospital.

En general se observa cierta incoherencia en la acción de esta novela. Hay en ella acciones subalternas y episodios que no tienen razón de ser y cuya introducción no se explica. Parecen como órganos atrofiados que han quedado de una concepción primitiva de la novela, distinta de la que ha prevalecido al fin en la ejecución. Quizás el autor pensó dar mayor desarrollo á algunas partes de su obra, y modificó luego este propósito, para acomodarla á las condiciones del Concurso ó de la Biblioteca en que había de publicarse en el caso de ser premiada.

Lo mejor de *Ganarás el pan...* son sus descripciones: las del Carnaval, la del ensayo en un teatro del *género chico*, la del depósito de cadáveres en el hospital, la de la inauguración del merendero. Algunos personajes, en primer lugar Isabelilla, que recuerda algo á la Perí de Galdós; el pintor Boncamí, y, en general, los bohemios, son figuras rebosantes de vida, llenas de naturalidad. El carácter del protagonista resulta más borroso, y á veces contradictorio. El argumento de la obra adolece de cierta pobreza. Pero la fuerza descriptiva de varias escenas y el relieve de ciertos personajes elevan esta novela sobre el nivel ordinario y hacen de ella una de las mejores de la Biblioteca de novelistas del siglo xx.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—SOCIOLOGÍA: ¿Es incompatible el amor á la patria con el amor á la humanidad?—HISTORIA: El proceso de Juana de Arco.—COSTUMBRES: ¿Señorita ó señora?—LITERATURA: Dramaturgos y novelistas.—GrafoLOGÍA: La edad de la escritura.—CIENCIAS NATURALES: ¿Tienen oído los animales acuáticos?—Nuestra cabellera.—IMPRESIONES Y NOTAS: León Tolstoi y los clericales rusos.—La supervivencia de la personalidad.—Herbert Spencer y el Japón.

SOCIOLOGÍA

¿ES INCOMPATIBLE EL AMOR Á LA PATRIA CON EL AMOR Á LA HUMANIDAD?—Tal es la pregunta formulada por *La Revue*, de París, para servir de base á una curiosa información, más interesante por la notoriedad de los sabios, filósofos, historiadores, moralistas, críticos, novelistas, poetas y periodistas consultados, que por el valor mismo de las respuestas.

El cuestionario que ha servido de base á la información estaba redactado del modo siguiente: «¿Es incompatible el patriotismo con los sentimientos humanitarios que parecen afirmarse cada vez más en el mundo civilizado: solidaridad entre todos los miembros del género humano, conciencia del salvajismo de los instintos primitivos que impulsan á las razas á odiarse, horror á las luchas en que se matan mutuamente hombres que personalmente tendrían motivos para estimarse, respeto de la justicia reconocida como superior á la fuerza brutal para resolver los conflictos entre las naciones y las disputas entre los individuos?—¿Hemos llegado á una época

en que la idea de patria, habiendo dado ya todos sus frutos para el desarrollo de la humanidad, tendería á ser reemplazada por otras ideas?—Ó bien, por lo contrario, ¿es bueno que cada nación conserve su patriotismo para continuar su evolución histórica trabajando á su modo por el progreso de la humanidad?» He aquí las respuestas más interesantes:

Miguel Breal, filólogo.—En 1870, los más optimistas no veían más que guerras implacables en el porvenir; han pasado treinta años, y las corrientes son de paz, debiéndose esta resurrección del espíritu pacífico, no á los políticos ni á los sabios ni á los literatos, sino á las masas populares, hartas de suministrar materia viva á los conflictos internacionales; á la juventud, que no se cuida de pasar en los cuarteles los mejores años de la existencia; á los trabajadores, agobiados por el peso acumulado de las faltas del pasado. Siendo las masas pacíficas, hay que tener confianza en el porvenir.

H. Duclaux, director del Instituto Pasteur.—El patriotismo es un legado de la época en que la enseñanza de la historia atendía á sembrar envidias entre los pueblos y los gobiernos y á cambiarlas en odios. Cada nación tenía su historia y su patriotismo. Hoy se ve que hay otra historia en la que todo el mundo trabaja, y que todo el mundo aplaude. Y esto se comerá á aquello.

Emilio Faguet, crítico y académico.—La cuestión es sencilla: el patriotismo es la salud de los pueblos; los pueblos sanos lo tienen en una forma y en otra; los pueblos enfermos no lo tienen. Los pueblos humanitarios están condenados á morir y ser absorbidos por los pueblos patriotas. En Europa, el último pueblo patriota absorberá á los demás y creará una Europa análoga al Imperio romano, que será fuerte *si tiene un enemigo* y si es patriota, y que será débil y malsana si no tiene enemigo ó no es patriota; y en este último caso será devorada por la primera banda de incultos que se presente para conquistarla, como ocurrió al Imperio romano.

Alfredo Fouillée, crítico y filósofo.—Hay que estar *por su*

patria, no contra las demás patrias, sino con ellas, y todas juntas con la humanidad. La Humanidad, como unión orgánica de todos los hombres, no es todavía más que un ideal. El nacionalismo exclusivo es un error y una injusticia; el internacionalismo exclusivo no es menos falso ni menos injusto. No vayamos á sustituir la patria de los franceses ó de los españoles por la patria de los proletarios ó la de los capitalistas. Kant mismo ha dado á las naciones esta solemne advertencia: «Hasta el momento supremo de la constitución de los Estados Unidos de Europa, tenga cada pueblo la mano sobre la empuñadura de su espada; de otro modo, podría desaparecer antes del gran día».

El conde de Haussonville, sociólogo y político.—Si hay que optar entre el patriotismo y los sentimientos humanitarios, opto por el patriotismo.

Luis Havet, profesor del Colegio de Francia.—El amor á la patria y á la humanidad son de los más compatibles. Cada nación vive hoy con el cerrojo echado y el revólver cargado, como un hombre que no cuenta con la policía. Organice Europa su policía, y las naciones podrán estar entre sí como personas honradas.

Izoulet, profesor de Moral en la Normal.—Reproduce y hace suyos estos textos de Roosevelt: «El hombre que ama los demás países tanto como el suyo es un miembro tan inútil de la sociedad como el que ama á las demás mujeres tanto como á la suya». «La nación más saturada de la idea nacional es el miembro más útil de la confraternidad de las naciones».

Anatolio Leroy Beaulieu, economista.—La idea de patria es una idea esencial que, lejos de estimarse como una añeja superstición, es uno de los sentimientos más elevados, más propios para ennoblecer el alma y para alzar á los hombres por encima de los intereses de su efímera personalidad. No hay oposición entre el amor á la patria y el amor á la humanidad, pues el verdadero patriotismo no consiste en querer mal á los demás pueblos. Suprimir las naciones sería mutilar y

empobrecer la humanidad. La concepción de una sociedad cosmopolita no sólo es una quimera, sino una utopía retrógrada, análoga al sueño de la monarquía universal, que tanta sangre ha hecho correr.

Magnaud, magistrado.—El mejor patriota puede tratar al extranjero como hermano.

A. Mezieres, literato y filósofo.—El patriotismo es la virtud esencial de los pueblos que quieren permanecer fuertes. Un pueblo no funda nada, no conserva nada, si no tiene ardiente amor á la patria. Nada impide conciliar este sentimiento con el amor á la humanidad.

Federico Passy, apóstol de la paz.—Voltaire escribió: «El amor de la patria es el odio á la patria de los demás». Y San Pablo dijo: «No hay ya griegos ni judíos, escitas ni romanos: todos sois hermanos». Hay que amar á su patria, pero no por eso hemos de aborrecer al extranjero. Hay dos políticas: la de la expoliación mutua y la de la asistencia mutua; y hay dos grandezas: la relativa, consistente en creerse más elevado cuando se ha rebajado á los demás, y la absoluta, que consiste en elevarse realmente uno mismo por el trabajo, la justicia y la paz. Ese debe ser el ideal del verdadero patriota.

Carlos Richet, fisiólogo.—El patriotismo es un sentimiento muy noble, pero que se ha ensanchado extraordinariamente, no siendo fácil fijar sus límites, que se confunden con los de la raza. Si es lícito sentir preferencias, es á condición de que no impliquen odio, mentira ni injusticia. Amar á los franceses no quiere decir que se deteste á los italianos ó á los alemanes. El patriotismo debe ser cultivado en los jóvenes; pero hay que enseñarles que por encima de la idea de patria está la idea de justicia, y por encima de ésta todavía está la de fraternidad.

Gabriel Tarde, sociólogo.—El patriotismo en sus orígenes fué el espíritu del *clan*, la injusticia organizada; para unos el privilegio y para otros la opresión; después este espíritu se dulcificó, y hoy ha sido rechazado hasta las fronteras; pero

subsiste, pues los Estados viven entre sí sin ninguna obligación jurídica, y no se creen obligados á hacerse justicia entre sí. El internacionalismo económico no hará desaparecer el patriotismo, que está llamado á ser, en el porvenir, estético sobre todo, aunque ahora no tenga tal carácter.

Eliseo Reclus, geógrafo anarquista.—La patria y el patriotismo, tal como estos conceptos están sancionados por la diplomacia, el régimen militar y el sistema fiscal, son una deplorable supervivencia, producto de un egoísmo agresivo que sólo puede dar por resultado la destrucción de las obras humanas y el exterminio de los hombres. Históricamente, la patria fué siempre idea mala y funesta. El mundo nos pertenece y nosotros pertenecemos al mundo. ¡Abajol as fronteras, símbolos de acaparamiento y de odio! Tenemos prisa de poder abrazar á todos los hombres y llamarlos hermanos.

Julio Claretie, novelista.—El patriotismo es compatible con los sentimientos humanitarios; no debe ser un instinto que odia, sino una virtud que prefiere. Se puede amar y servir á la humanidad; pero es inútil sacrificarla esa idea de patria que ha hecho la fuerza de las naciones. Un patriota militante es un humanitario en acción. En cuanto á la cuestión del «respeto á la justicia, horror á la fuerza brutal, amor al prójimo, inutilidad de las fronteras, si todos los hombres fuesen hermanos y todas las naciones hermanas...» ¡Verdades que son la verdad misma, pero que se desvanecen al menor arrebató de cólera y desaparecen al primer cañonazo! La razón, sin embargo, acabará por triunfar. ¿Cuándo? ¿es hoy? ¿será mañana?

Francisco Coppée, poeta.—Perdonad á un viejo que prefiera su patria á las demás naciones, y preguntad al primer niño que encontréis si quiere más á su mamá que á las vecinas.

Anatolio France, literato.—Sabemos que todos somos hermanos y que es criminal matarnos; pero nos empuja á la lucha la mala organización de nuestras relaciones internacionales. Estamos en el caso de las ciudades griegas: unidas contra los

bárbaros, no cesaban de luchar entre sí por la hegemonía.

Pablo y Víctor Margueritte, novelistas.—Hay patriotismo y patriotismo; el bueno no está formado por el odio al extranjero; pero hay que atenerse, con raíces profundas, al alma y al cuerpo de su país. En cuanto á la guerra, debe desearse que se haga imposible de hecho, imposible de derecho, anulada por pacíficos arbitrajes y repudiada por la conciencia humana.

Octavio Mirbeau, literato.—El patriota, dice, me hace el efecto de un salvaje con su cabeza adornada de plumas y su cintura de cabezas cortadas. Le hacen creer que es un héroe, y es en realidad un asesino. La idea de patria es la que sostiene todavía la abominable cuestión de las razas, cuando no debía haber más raza que una, la humanidad. Pero ¿qué sería entonces de los artistas, de los poetas, del pueblo mismo, que necesita su pasto de errores, prejuicios y mentiras? ¡Pobre pueblo! El ideal del humanitarismo está lejos de realizarse.

HISTORIA

EL PROCESO DE JUANA DE ARCO.—El P. Antonino Thonnart viene tratando en *La Ciudad de Dios* los dos procesos de Juana de Arco, y de este curioso estudio extractamos la parte relativa á los interrogatorios secretos que sufrió la valerosa doncella después de los cinco interrogatorios públicos á que la habían sometido los ingleses sin resultado alguno.

Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, presidente del Tribunal, necesitaba condenar á Juana; pero ¿cómo condenarla sin que resultara cargo alguno contra ella? Por eso se había reservado tres puntos en los interrogatorios públicos, con los que esperaba que podría confundir á la doncella. Estos puntos eran: 1.º, el salto de Beurevoir; 2.º, el traje masculino; 3.º, la sumisión á la Iglesia.

Cuando Juana cayó prisionera, Juan de Luxemburgo la llevó á su castillo de Beurevoir, junto á Cambrai, ence-

rrándola en la torre más alta. De allí quiso Juana escaparse para socorrer á Compiègne, sitiado por los ingleses; pero Santa Catalina la disuadió de ello prometiéndola que Dios la ayudaría y socorrería á la ciudad; Juana, desatendiendo estos consejos, al saber que Compiègne estaba á punto de rendirse, se descolgó de la torre por medio de unas cuerdas ó correas, que se rompieron, cayendo Juana al suelo sin sentido, y estando tres días sin comer ni beber, oyendo las reprensiones de Santa Catalina, que la mandó confesar y pedir perdón á Dios, asegurándola que Compiègne no se rendiría, como en efecto sucedió. Esta era una de las acusaciones.

La del traje masculino era otra. Para dirigir las operaciones y montar á caballo sin ofender al pudor, Juana llevaba una armadura completa de hierro con una túnica ó falda que sólo la llegaba á las rodillas, y jamás se despojaba de este traje ni aun para dormir, soportando esta mortificación para defender su recato, exigiendo además que sus dos hermanos, Juan y Pedro, no se apartasen de su lado; después de prisionera, tampoco quiso quitarse el traje ni cambiarlo por otro, teniendo gran fe en su eficacia y defendiéndose con él de las tentativas obscenas de varios lores ingleses y de sus carceleros.

La tercera acusación era la más delicada de todas. Juana se había presentado siempre como enviada de Dios, y la asamblea de teólogos de Poitiers había admitido aquella misión divina. Pero como Juana nada sabía de teologías, Pedro Cauchon pensaba plantearla el dilema de si se sometía ó no á la Iglesia: si se sometía, él, en nombre de la Iglesia, la ordenaría que renunciase á la creencia en la divinidad de su misión y en las apariciones, con lo cual la desprestigiaba; y si no se sometía, la entregaría como hereje al brazo secular para quemarla viva.

Preparadas las cosas para este golpe de efecto, comenzaron los interrogatorios, de los que entresacamos los siguientes:

—¿Cómo bendijiste ó hiciste bendecir tu espada?—Ni la bendije ni pedí que la bendijeran; la quería mucho porque la

encontré en la iglesia de Santa Catalina, de Fierbois, de la cual soy muy devota.—¿No pusiste la espada sobre el ara del altar para tener buena suerte?—No.—¿No hiciste ninguna oración especial para que tu espada fuera invencible?—Lo que deseaba era que el ejército del rey de Francia saliera siempre victorioso.—¿Qué querías más, tu estandarte ó tu espada?—Quería cuarenta veces más al estandarte; yo misma lo llevaba al atacar á los enemigos, para evitar dar muerte á alguno, y nunca he matado á nadie.—¿Era en tu estandarte ó en ti en quien fundabas la esperanza de vencer?—La fundaba en Nuestro Señor, y no en otra cosa.—Si otros que tú lo hubieran llevado, ¿hubieran tenido igual fortuna?—No lo sé; el Señor lo sabrá.—¿Hacías creer á las tropas francesas que aquella bandera llevaba consigo la suerte?—No hacía creer nada; decía á mis soldados: «penetrad con valor entre los ingleses»; y yo misma entraba.—Santa Margarita y Santa Catalina, ¿quieren ó aborrecen á los ingleses?—Quieren á los que Dios quiere, y odian á los que Dios odia.—¿Odia Dios á los ingleses?—No sé; lo que sé es que serán todos arrojados de Francia, menos los que dejen aquí sus huesos.—¿Qué lengua hablaban tus santas? ¿Hablaban inglés?—¡Qué han de hablar inglés, si son partidarias del rey de Francia!

Juan de Fonte vió que por este lado no sacaba nada contra Juana, y, cambiando de asunto, la preguntó:

—Otras veces has dicho que cuando tuviste las apariciones hiciste voto de virginidad, y, sin embargo, sabemos que has estado á punto de casarte; y si esto es cierto, has incurrido en pecado mortal. ¿Qué contestas á esto?—Que un conocido mío que quería casarse conmigo me hizo comparecer ante el Tribunal de Toul, afirmando que después de haberle dado palabra de casamiento me había arrepentido. Juré que no era verdad, y como no pudo alegar ninguna prueba, fui absuelta. En Toul encontraréis los documentos relativos á este asunto. Ahora he de advertir al señor obispo de Beauvais que al encargarse de juzgarme se ha puesto en gravísimo peligro de perderse; y

á todos vosotros, que pretendéis ser mis jueces sin que yo sepa si verdaderamente lo sois, os advierto que me juzguéis bien, pues si me juzgáis mal os ponéis en grave peligro.

—Has dicho que nada hacías sin el consejo de tus santas; y una de dos: cuando te quisiste escapar del castillo de Beauvoir has intentado suicidarte al arrojarte de una torre de 60 pies de altura; ó si lo has hecho por consejo de tus santas, te han engañado esa vez.—Durante mi prisión en el castillo de Beurevoir seguían las santas visitándome y me animaban á soportar con paciencia los tormentos del cautiverio. Entonces me revelaron que Compiègne resistía todavía y que Dios se apiadaría de la ciudad; pero de repente se me dijo que la fortaleza estaba á punto de rendirse, y como yo sabía, por otra parte, que á mí me habían de entregar á los ingleses, prefiriendo mil veces morir á caer en su poder, me decidí á escapar con objeto de librarme de las manos de los enemigos del rey, y para ver además si me era posible ayudar á los infelices sitiados. Las santas me disuadieron de hacerlo, y tuve que luchar conmigo misma; pudo al fin más la tentación, y encomendando mi alma á Dios, até á la ventana unas tirillas de cuero, creyendo que sostendrían el peso de mi cuerpo; pero se rompieron, y caí al suelo desmayada. Perdí la memoria de lo que acababa de hacer, y estuve tres días sin poder tomar alimento. Confieso que hice mal en desobedecer á las santas; pero debo asegurar que jamás fué mi ánimo matarme (1), como algunos de vosotros han pretendido. Después de esto volvieron las santas á aparecérseme diciendo que había obrado muy mal; me confesé, y luego me aseguraron que mi falta estaba perdonada.—¿Has hecho gran penitencia por ese pecado?—El gran daño que me hice al caer hubiera podido servirme de pe-

(1) El texto dice *suicidarme*, pero se nos resiste aceptar esta palabra: se suicida él, pero no tú ni yo; sería preciso decir *yo me suicido, tú te suicidas, él se suicida*. Pero *yo me suicido ó tú te suicidas* nos parece un solemne disparate, aunque sea corriente oír, aun á personas cultas, decir ó escribir esas frases ú otras equivalentes.

nitencia.—¿Era aquél un pecado mortal?—No lo sé; Dios lo sabrá; de todos modos, ya me he confesado.—¿Y por qué al recobrar el conocimiento empezaste á blasfemar y á renegar de Dios?—Yo nunca he blasfemado, ni contra Dios ni contra sus santos; nunca he tenido tan mala costumbre; y si no logré escaparme, eso prueba que Dios no aprobaba mi conducta.—¿Crees tener ahora el permiso de Dios para escaparte?—Lo he preguntado varias veces á mis santas, y no me han contestado; pero os advierto que si encuentro la puerta de mi calabozo abierta, lo consideraría como un aviso del cielo y me escaparía.

Donde los jueces pretendían hallar pactos infernales, sortilegios, orgullo, desesperación y mentiras, sólo encontraban naturalidad, firmeza, humildad, candidez y confianza en Dios. No habiendo dado resultado esta acometida, el tribunal la echó en cara el uso del traje masculino como impropio de su sexo, á lo que Juana contestó que el traje, por sí mismo, era indiferente; pero que ella lo había usado así por orden de Dios, transmitida por sus santas.

—¿Crees haber obrado conforme á la recta razón adoptando ese traje?—Ya os he dicho que todo lo que he hecho ha sido por orden de Dios; cuando las santas me digan que ha llegado el momento de dejarlo, lo tiraré inmediatamente.—¿Qué prefieres: ponerte un traje propio de tu sexo y poder oír misa, ó conservar el puesto sin poder entrar en la capilla?—Aseguradme que podré oír misa en caso de ponerme un traje femenino, y os contestaré.—Te lo prometo.—Mandadme hacer una saya que llegue hasta el suelo, sin que arrastre; con ella oiré misa, y después volveré á ponerme el traje que actualmente llevo, pues mientras permanezca aquí no he de gastar otro.—¿Qué premio esperas de Nuestro Señor por empeñarte en llevar ese traje masculino?—La salvación de mi alma.

El jueves 15 de Marzo y el sábado 17 se jugó la última carta, ya que todas las bazas anteriores las habían perdido. Se trataba de envolver á Juana en una confusión para tener

motivos de condena; y como Juana nada entendía de teología ni de argumentaciones escolásticas, la cosa era relativamente fácil.

—En caso de que hayas dicho ó hecho alguna cosa contra la fe cristiana, somételas al juicio de la Iglesia.—Pido que mis contestaciones sean leídas y examinadas por clérigos, y que me digan si en ellas se encuentra algo que no esté en conformidad con las doctrinas de nuestra madre la Iglesia; entretanto, me adelanto y rechazo cuanto pudiera haber dicho ó hecho contra la fe cristiana.—Pero, ¿quieres, sí ó no, someter cuanto has dicho al juicio de la Iglesia?—Dígame en qué he errado, y en seguida me retractaré. Por ahora no tengo otra contestación que dar; el sábado sabré qué contestar, y se podrá poner por escrito lo que diga.

El sábado 17, el Tribunal volvió á la carga.—¿Quieres, sí ó no, someterte á la determinación favorable ó adversa de la Iglesia en todo lo que hayas dicho?—Amo á la Iglesia, y de buena gana sacrificaría mi vida por el triunfo de nuestra fe; lo que me extraña sobremanera es que vosotros, ministros de la Iglesia, me impidáis ir á ella á oír misa. En cuanto á mis acciones, me someto en absoluto al juicio de Dios, rey del cielo, el cual me ha enviado al rey Carlos, que dentro de poco será rey de toda Francia. Habéis de ver dentro de poco que mi rey y señor alcanzará grandes triunfos; os lo digo para que cuando lleguen estos acontecimientos os acordéis de lo que acabo de decir.—Pero, ¿quieres, sí ó no, someterte á la resolución de la Iglesia en todo lo que hayas dicho y hecho?—Me someto á Nuestro Señor, que me ha enviado; á la Virgen Santísima y á todos los santos del cielo, y esto os debe bastar.—No basta.—Me parece que las doctrinas de Jesucristo y de la Iglesia son la misma cosa, y no cabe dificultad en este punto. ¿Por qué os empeñáis en decir que las enseñanzas de Jesucristo y de la Iglesia no son las mismas?

Juan de Fonte, que preguntaba, sintió al fin conmovido su corazón por la tortura moral á que estaba sometida la

doncella; y repugnándole el papel que le obligaban á representar, explicó á Juana la diferencia que hay entre Iglesia triunfante é Iglesia militante.

—La triunfante—le dijo—se compone de Dios, de los santos, de los ángeles y de todas las almas de los bienaventurados; la militante se compone de nuestro Santo Padre el Papa, Vicario de Jesucristo; de los cardenales, de los prelados, del clero y de todos los católicos; esta Iglesia, reunida legítimamente, no puede errar, y es gobernada por el Espíritu Santo.

—¿Te sometes á esta Iglesia militante?

—Yo he ido al rey de Francia de parte de Dios, de parte de la Santísima Virgen y de todos los santos y bienaventurados que reinan en la Iglesia triunfante: como vengo de parte de aquella Iglesia, me someto ante todo á Dios y á sus santos; en cuanto á la Iglesia militante, no diré nada por ahora.

Bastaba esto para que los jueces interpretasen mal su silencio; pero Juan de Fonte, acompañado por dos Padres dominicos, Isambert de la Pierre y Martín L'Advenu, fué á verla en su calabozo después del interrogatorio, y los tres juntos la aconsejaron que de ninguna manera reconociese el tribunal presidido por Pedro Cauchon como representante de la Iglesia.

Pedro Cauchon y los ingleses, furiosos de ver á Juan de Fonte ponerse de parte de la procesada, le dirigieron tales amenazas, que el infeliz tuvo que huir el mismo día de Ruán, y no volvió nunca á aparecer. Algunos autores sospechan que los ingleses le ahogaron en el Sena. Juan de Fonte aconsejó á la joven esta línea de conducta por deseo de salvarla é ignorando por completo los planes infernales del presidente; pero aquí entra en escena un personaje que, animado del deseo contrario, fué á aconsejarla lo mismo. Nos referimos al traidor Loyseleur, el cual, de acuerdo con Pedro Cauchon, se presentó como clandestinamente en el calabozo de la «Doncella» y la dijo:

—Anda con cuidado; no te fíes de esa gente de iglesia, que

quieren perderte; y si crees lo que te digan, ten por seguro que te quemarán.

Se comprende con qué facilidad se dejaría Juana convencer, pues consideraba á sus jueces como enemigos personales, y á los asesores como sometidos á ellos; por lo cual rechazaba con vivacidad toda idea de sumisión á la *gente de iglesia*, es decir, al tribunal reunido para juzgarla. Los asesores, que ignoraban las maniobras del presidente y de Loyseleur, consideraban las negaciones de Juana como una decisión positiva de no querer someterse á la Iglesia. De este número era Tomás de Courcelles, y así se ha de explicar la aparente contradicción que se observa en las deposiciones de los testigos en este asunto. Ignoraba Juana completamente la distinción entre la Iglesia triunfante y la militante, según declaró formalmente en sus contestaciones, y mientras no la supo persistió firmemente en su negación; pero desde que Juan de Fonte la explicó con claridad lo que constituía la Iglesia, inmediatamente dijo:

—Me someto al Papa.

Y habiéndola añadido que el Papa había convocado en la ciudad de Basilea un Concilio, en el cual habían de intervenir todos los obispos sin distinción de partido, exclamó Juana:

—Me someto al Concilio.

En el último interrogatorio del sábado 17 de Marzo no se presentó Juan de Fonte; y como un asesor, que probablemente ignoraba lo sucedido en la cárcel, preguntase á la «Doncella» si, puesta en presencia del Papa, se sometería á él y le diría toda la verdad, contestó inmediatamente:

—A ese sí que me someto: llevadme al Papa; le diré toda, toda la verdad, y me someteré á todo lo que él diga.

Estas palabras tenían en labios de la «Doncella» el valor de una apelación, lo cual no podía ignorar el presidente; pero enojado por este cambio repentino de escena, y no queriendo por otra parte respetar el derecho de la prisionera, salió, como se dice de ordinario, por la tangente, y dijo con evidente mal humor:

—¡El Papa está lejos!

Decididamente, los interrogatorios empezaban á volverse contra el Tribunal, y Pedro Cauchon pudo advertir que, de insistir más sobre este tema, lejos de condenar á Juana, no tendría más remedio que absolverla; así que, cansado de tanta resistencia y de ver cómo la joven le devolvía sus propios argumentos, declaró que bastaba lo hecho y no eran necesarias más declaraciones.

COSTUMBRES

¿SEÑORITA Ó SEÑORA?—¿Qué título debe darse á una mujer, el de *señorita* ó el de *señora*? Probable es, como dice en *La Revue* Hudry Menor, que esta cuestión se suscitara al aparecer la especie humana sobre la tierra; pero como nos faltan los documentos, limitémonos á los datos conocidos para estudiar las fases de este curioso proceso de nuestras costumbres sociales.

En la antigua Francia se daba el título de *señorita* (*mademoiselle*) á toda mujer casada que no era noble ó que, siendo noble, no tenía título; el *damoiseau* ó *damoisel* (doncel) no llegaba á *señor*, y no se le daba el título de *monseigneur* sino cuando había sido armado caballero; de aquí que, mientras su marido no tenía el grado de caballero y el título de *monseigneur*, su mujer no podía llevar el título de *señora* (*madame*), sino el de *señorita* (*mademoiselle*), aunque fuese una princesa. Por lo mismo, la hija de *monsieur* y de *madame* no se llamaba *mademoiselle* porque no estuviera casada, sino porque era un título propio que conservaba hasta de casada, como hoy en Inglaterra una *lady* que se case con un inferior tiene el derecho de conservar su título.

Cuando cayeron en desuso las costumbres caballerescas y apareció una nueva nobleza al lado de la antigua, las mujeres reclamaron el título de *señoras*, que no les fué concedido

sin grandes dificultades, y de ahí la confusión que se produjo durante mucho tiempo. Montaigne se dirige en carta á su esposa diciendo: «A la señorita de Montaigne, mi mujer». Racine escribe á su hermana soltera llamándola «señora María Racine»; y luego que se casó, «señorita María Rivière». Molière, en *Las mujeres sabias*, llama *señora* á una hija soltera de Crisalio; y Scarron todavía, en su *Novela cómica*, cuenta que «la señorita de la Rapinière se sorprendió de ver á su marido luchando con una cabra».

En vísperas de la Revolución se había, sin embargo, generalizado la costumbre de llamar *señoras* á todas las mujeres casadas, de antigua ó nueva nobleza, grande ó pequeña, y *señoritas* á sus hijas. Entre los hombres no tardó en resolverse la cuestión, y todos fueron *señores* (*monsieur, messieurs*); pero en cuanto á las mujeres, la lucha duró todavía largo tiempo.

A fines del siglo XVIII, las burguesas carecían de título; entre sí se llamaban *señoras*, pero las nobles les negaban este tratamiento. La señora Roland cuenta en sus *Memorias* la indignación que sintió al oír á una dama noble, á cuya casa fué de visita con su madre, llamar á esta señora *señorita*. La Revolución acabó con todo aquello, y si al principio estableció el tratamiento de *ciudadano* y *ciudadana*, fué sólo provisionalmente; restaurado el orden, todos los hombres se encontraron convertidos en *señores*, las mujeres en *señoras* y sus hijas en *señoritas*. Y como los nobles tenían que preocuparse de cosas de más entidad, aceptaron los hechos consumados y llamaron desde entonces á sus porteros y doncellas *señor, señora* y *señorita*.

La cuestión parecía quedar con esto definitivamente zanjada; pero las hijas de las Manon Phlipon la han planteado de nuevo. Hoy existen muchas mujeres que no se casan porque no pueden ó no quieren casarse, y que reclaman un título único para todas las mujeres, el de *señora*, aboliendo esa distinción que se hace entre solteras y casadas, y concluyendo con el dictado de *señorita*, que las coloca en una situación

eternamente provisional. Este es el nuevo aspecto del problema, que el porvenir resolverá.

Por lo demás, la cuestión es la misma en casi todos los países: como en Francia *madame* y *mademoiselle*, en Alemania hay la *frau* (señora) y la *fräulein* (señorita), como en Italia la *signora* y la *signorina*, y en España la *señora* y la *señorita*. En Rusia prevalece la fórmula patriarcal: *Alejandra Fedorovna* es «Alejandra, hija de Fedor». En Holanda se guardan mejor las distancias: *Mevrouw* es la mujer casada, noble ó de sociedad culta, esposa de doctor, de profesor, de abogado, etc.; *freule* la mujer noble soltera, y *juffrouw* las solteras no nobles y las mujeres del pueblo, casadas ó solteras; una institutriz, por ejemplo, tiene que contentarse con el *juffrouw*, mientras que su discípula, por pocas pretensiones nobiliarias que tenga, no se conforma sin el *freule*; entre los hombres se llama á todos *mynherer*, menos á los hijos de condes ó barones, que reciben el nombre de *jonker*. En cuanto á Inglaterra, sabido es que se usa el *lady* para las mujeres de la aristocracia, casadas ó solteras, siempre que sean herederas de un título ó esposas de un heredero, y el *mistress* para las mujeres casadas que no son nobles ni tienen derecho á ningún título, reservándose el tratamiento de *miss* á todas las solteras en general que no entren en la categoría de las *ladys*.

LITERATURA

DRAMATURGOS Y NOVELISTAS.—El literato—dice Sorel en la *Revue Bleue*—llama en general injusticia literaria al éxito de un compañero, que sólo á él le corresponde, según él. No hay escritor que no se sienta con enemistades irracionales, sin más punto de partida que la envidia inconfesable. También se encontraría sin trabajo al verdadero desgraciado, al talento desconocido, al tímido que se oculta y que se muestra demasiado

tarde ó torpemente. Fuerza es confesar que en el éxito entra por mucho la suerte.

Pensar y escribir una obra, está bien, pero es poco; lanzarla, preparar su advenimiento, atender á todas las susceptibilidades, ganar la voluntad de los críticos, y en fin, presentarla como se presenta una novia, ése es el gran arte. No es éste, ciertamente, el ideal de la ciudad del arte, en que se pierden tantos utopistas. El espíritu práctico es en esto el más precioso auxiliar. No se va contra la corriente; ó si algún atrevido nadador quiere intentarlo, debe prepararse con tiempo, aunque también es éste un modo de hacer hablar de sí que á ciertas personas les sale bien. ¿Por qué unos resultan más favorecidos que otros? Casualidad, cuestión de personas frecuentemente...

Hay verdadera desproporción entre las facilidades que tiene un autor dramático para la publicidad y la notoriedad, y las que tiene un novelista. Que un joven logre hacer representar una piececita cualquiera, y durante varias semanas tiene asegurado que todo el mundo cita su nombre. Una primera nota anunciará que «el señor X da la última mano de una comedia destinada á tal teatro»; otra segunda nota nos avisará que «el señor X ha elegido el título de su obra», y entonces es raro que algún colega no se lo dispute, habiendo con tal motivo la consabida polémica; el señor X ha encontrado un título nuevo, y es preciso que lo sepamos por la indiscreción de un reporter ó por un suelto de contaduría; luego se sabe que el manuscrito ha sido entregado al director,—que el director va á leer la pieza,—que la ha leído y aceptado,—que en tal día se representará,—que los papeles se han distribuido de tal modo,—que un actor se incomoda por el reparto y hay que sustituirle,—que los ensayos se llevan con gran actividad,—que se espera poder estrenar en tal fecha,—que hay que retrasar el estreno,—que hay que adelantarlo,—que llega el ensayo general,—que los amigos y los críticos se apoderan de la obra,—que se celebra, en fin, la primera representación. La crítica, al día siguiente, habla del autor diversamente; nue-

vas notas, hábilmente esparcidas, despiertan la atención de los tontos, y toda esta publicidad atrae el éxito y la fama. Claro es que ha habido que pasar malos ratos; pero se ha triunfado y es uno conocido.

Supongamos en las mismas condiciones á un novelista. Quizá consiga colocar su obra en una revista. Luego hay que encontrar un editor y pasar por sus condiciones. El volumen aparece; los suscriptores de la revista que ya lo han leído no lo compran; los ejemplares, hojeados por los transeuntes, sucios y estropeados, no se venden; los amigos, que quieren hablar del libro, tropiezan con la resistencia de los periódicos á todo reclamo que se haga sin contrato de publicidad; y si se logra, á fuerza de astucia, deslizar su nombre en una crónica, se pasan semanas enteras en silencio, hasta que se acaba por comprar uno mismo su propia mercancía, enterándose de que la primera edición no se agota nunca. La esterilidad del esfuerzo desalienta á ciertas voluntades jóvenes y fecundas.

No hay que echar la culpa á los periódicos, sino al público: los trabajos de cierta extensión le cansan, mientras que el teatro le fascina. El leer ocupa tiempo; comprender, exige reflexión; meditar, supone holgura de ocupaciones. En el teatro se oye en común, se charla, se ve á todo el mundo, sin contar los atractivos y el misterio de los bastidores y los encantos del fruto prohibido.

Ciertos éxitos serían inexplicables sin el gusto falseado y la pobreza de cultura intelectual de espectadores que no buscan más que un entretenimiento para pasar el rato después de comer ó de cenar; la escena recobra para él toda su magia, y aplauden y celebran lo que en otras condiciones rechazarían, creando éxitos estupendos. El novelista encuentra á veces compensaciones al olvido en que generalmente se le tiene; así, cuando una persona distinguida se distrae en escribir una novela, se habla del autor en demasía, se penetra en su intimidad como en el cuarto de una actriz, y los buenos burgueses se sienten encantados de poder criticar los detalles de su

mobiliario ó de sus gustos y costumbres, y gracias á la casualidad de aquel libro, que no se lee, pero del que se habla, llegan á familiarizarse con el nombre del autor, que repiten como si fuera el de un antiguo conocido. ¡Siempre el ansia por los bastidores de la vida!

GRAFOLOGÍA

LA EDAD DE LA ESCRITURA.—El ilustre Binet, director del Laboratorio psicológico de la Sorbona, ha llevado á cabo, en unión de Crépieux-Jamin, que había admitido en su libro *La escritura y el carácter* que cada escritura tiene su edad y su sexo, una serie de experimentos para comprobar si esta afirmación era exacta. Para ello han utilizado una colección de 180 sobres trazados casi todos con escritura natural y que han pasado por el correo; el timbre de la administración fija la fecha, y como todos los escritos proceden de personas conocidas de los investigadores, que saben también la fecha del nacimiento de cada una, nada más fácil que saber la edad que tiene cada cual el día en que escribieron el sobre. La edad de éstos es muy variada, llegando desde quince á noventa y tres años, y el experimento consistía en adivinar la edad de cada persona en el momento de escribir el sobre por el estudio de su escritura. Para ello se entregaron los sobres á dos grafólogos, Crépieux-Jamin y la señora de Salberg, y á 15 personas extrañas á la grafología, algunas de las cuales se mostraron tan hábiles como los grafólogos.

Muchas objeciones se hacían á Binet sobre el valor de este trabajo: unos le decían que el sexo no puede adivinarse, porque hay muchos hombres de carácter femenino y muchas mujeres de alma varonil, habiendo quienes padecen la inversión sexual; otros le aseguraban que si la grafología no era capaz de adivinar ni siquiera el sexo, era un embuste; un académico afirmaba que lo que mejor se lee en la escritura es el

grado de inteligencia, mientras que un fisiólogo afirmaba que la inteligencia no influye para nada en la escritura. De todas estas objeciones, la que Binet recoge es la de un fisiólogo que le hace notar que la edad real de las personas no es determinable por la escritura, porque resulta, no de su acta de nacimiento, sino de la edad de sus arterias; y, como dice Binet, es cierto que la edad del cuerpo es una resultante del estado histológico en que se encuentran transitoriamente las células del organismo, y la edad psicológica lo es de las lecciones aprendidas, de las pruebas sufridas, de las ilusiones perdidas. ¿Y cómo se dosifica todo eso?

No hay medio de salir del apuro cuando se trata de apreciar la exactitud de los diagnósticos del grafólogo para cada caso individual. Pero Binet no se inquieta por estas dificultades, que no le afectan, porque él opera sobre promedios, y de este modo los errores procedentes de la diferencia entre la edad fisiológica y la legal se corrigen automáticamente: si entre diez viejos de sesenta años hay cinco cuya edad fisiológica es de cincuenta y cinco, y otros cinco de sesenta y cinco, viene á resultar para el cálculo como si los diez fueran de sesenta, como promedio.

¿Cómo eliminar la parte del azar en la determinación de la edad? Binet ha hecho multitud de ensayos y ha llegado á fijar como término medio la cifra de quince años y siete décimas; es decir, que al adivinar al azar la edad de un escrito (la edad de la persona al ejecutarlo) se cometería, por término medio, un error de quince años y medio; de modo que si un grafólogo no se aproxima á la edad exacta más de quince años, es que no tiene suficiente experiencia ó no percibe los signos gráficos de la edad. En estos errores es de notar que los que pasan del promedio recaen en escrituras de jóvenes y de viejos, mientras que los inferiores al promedio afectan á escrituras de veinticinco á cincuenta años.

Todo esto sentado, ¿en qué signo se reconoce la edad? Según Crépieux-Jamin, la niñez se manifiesta por un trazado

grueso, lento, torpe, sin gracia, cuyas letras son iguales ó van aumentando en altura; los adolescentes tienen el trazado más expansivo, con desigualdades numerosas y formas pretenciosas, como los remates arrollados de las *d*; los jóvenes tienen una escritura todavía más clara y más libre de las formas caligráficas; en la edad viril no se tiene ya esa ligereza, esa frescura de trazado, y hay rasgos apoyados, ángulos, señales de vacilación y depresiones; más tarde se observan rasguitos añadidos que muestran la fatiga del que no levanta la pluma con ligereza, dejando apéndices, pelos ó hilitos en los finales; la desigualdad considerable de la altura de las letras muestra por otra parte lo que la mano ha perdido de seguridad; la vejez, en fin, se presenta en formas variadas, pero se distingue sobre todo por temblores característicos ó depresiones, escritura en descenso, líneas convexas ó cóncavas, rasgos curvos invertidos ó transformados en líneas rectas asociadas, escritura laxa, trazado blando, tachaduras, etc.

Aplicando estos principios y teniendo en cuenta otros muchos, se llega á la conclusión de que, en efecto, la escritura tiene una edad, aunque esa edad no pueda fijarse más que aproximadamente en los casos individuales, y cuando se trate de escrituras trazadas en condiciones normales de salud y de reposo.

CIENCIAS NATURALES

¿TIENEN OÍDO LOS ANIMALES ACUÁTICOS? — El objeto de la mayor curiosidad para los visitantes de la abadía benedictina de Krems, en el Austria superior — según dice en la *Rivista d'Italia* V. Ducceschi, — es un gran estanque de cerca de mil metros cuadrados, poblado de peces de agua dulce. El guía recomienda siempre que se asista al llamamiento que se hace de los peces á la hora de la comida por medio de una campana como las que se usan en las fondas; al llamamiento, los peces, especialmente las truchas, acuden de todas partes á disputarse

la comida que les arrojan. ¿No parece esto evidenciar que los peces oyen?

Dos fisiólogos alemanes, Exner y Kreidl, no se conformaron, sin embargo, con esta demostración; para asegurarse por sí mismos se acercaron al estanque sin ser vistos, á la hora de la comida, y se pusieron á tocar la campana de llamamiento con los acostumbrados repiques; los peces no se dieron por entendidos. En cambio, en cuanto los pescadores se acercaron al estanque llevando la comida, se produjo gran movimiento entre los habitantes del estanque; luego no era el sonido de la campana el que atraía á los animales, sino la vista de los pescadores transportando el alimento. Los dos fisiólogos volvieron á su casa satisfechos del experimento, que no hacía más que comprobar lo que ya por otras investigaciones habían reconocido: que los peces comunes dorados no oyen sonidos ni rumores, ni aun los más fuertes; lo único que perciben son las vibraciones mecánicas del agua.

Numerosas y bien fundadas observaciones hacen afirmar que la mayor parte de los peces son insensibles á los sonidos, y, por lo tanto, sordomudos; aunque, según los experimentos de Parker, hay algunos que parecen sensibles al sonido del diapasón y del violín, y aunque hay algunos peces que no son del todo mudos, pues producen ruidos por frotamiento en la época del celo. Pero no todos los animales acuáticos son peces: hay mamíferos (ballenas, delfines, focas) que tienen su aparato auditivo bien desarrollado; hay crustáceos, moluscos, equinodermos y millares de especies más de invertebrados que forman parte de la gran familia acuática.

Todos estos animales son insensibles al sonido cuando éste no reviste la forma de una vibración mecánica violenta; ningún invertebrado posee ningún aparato que se parezca al oído de los animales superiores; lo único que se ha tomado por órgano de la audición son ciertas vesículas provistas de pelos ó cejas que sostienen microscópicos cristales calcáreos llamados *otolitos*, ó piedras del oído; si se extirpa esta vesícula á uno de

estos animales, se observa que entonces se ponen á nadar del modo más extravagante, como si les faltara orientación; lo que prueba que no se trata de un órgano del oído, sino de un regulador del movimiento; por lo cual, en lugar del nombre de *otocista* que antes se daba á esta especie de aparato, se ha propuesto y adoptado el de *statocista*.

Nos engañaríamos mucho, sin embargo, si fuésemos á juzgar de las sensaciones de los animales por las nuestras. Estas comparaciones se nos imponen desde niños por las representaciones antropomórficas de las fábulas, y nunca acertamos á desprendernos de este prejuicio, pudiendo suceder que los animales acuáticos tengan formas de sensibilidad que nos sean desconocidas. Por lo demás, no hay que pensar que la causa de la insensibilidad auditiva de los peces provenga de que el agua no sea apta para transmitir los sonidos: el agua transmite perfectamente las vibraciones sonoras. Ni tampoco cabe explicar el hecho porque el órgano del oído no sea apto para recibir las ondas sonoras procedentes de un medio líquido, porque los experimentos realizados prueban lo contrario.

Ducceschi mismo llevó á cabo en Nápoles varios experimentos, que no dejan lugar á duda en este punto. En el golfo de Nápoles los *lazzaroni* y los muchachos de la ribera se entretienen con mil juegos acuáticos, y uno de ellos consiste en sumergirse en el mar, á un par de palmos de profundidad, uno de los chicos, mientras otro le grita varias palabras que el primero ha de repetir al salir: esta prueba era realmente suficiente; pero queriendo Ducceschi realizarla por sí mismo para mayor garantía, se dirigió una tarde á la ribera de Chiaya en una barca con unos marineros de la estación zoológica de Nápoles, dos campanas de cristal y otros instrumentos de observación. El sujeto de estudio era un marinero de veinticinco años que resistía bastante bajo el agua, pudiendo bajar á siete metros de profundidad y permanecer sumergido unos diez segundos.

Ahora bien: de los experimentos hechos resultó que á los

cinco metros el marinero oía con precisión cuanto se le decía desde la barca, y más abajo la percepción era confusa; á los seis metros distinguía bien el sonido de las campanas, de los pitos y de las trompetillas, y á los siete metros estos sonidos se percibían muy confusos. De modo que es indudable que los sonidos, aun procediendo del medio aéreo para pasar al medio acuático, pueden percibirse sin grandes dificultades, y que, por lo tanto, la falta de audición de los peces no puede atribuirse á esta causa.

Pero si la audición subácnea es posible, ¿por qué son sordos los animales acuáticos, excepto los mamíferos y los anfibios? Los órganos de los sentidos, tales como hoy los conocemos, representan los últimos grados de un perfeccionamiento sucesivo que se ha realizado á través de la serie animal. Los organismos acuáticos serían sordos, porque las formas inferiores de los animales viven en el agua. La vida ha tenido indudablemente su origen en el mar, y en él se han desenvuelto las primeras fases (1) del desarrollo de los animales. Las formas vivientes terrestres representan evoluciones más perfectas, y por eso poseen aparatos de sensibilidad mucho más complejos y perfeccionados.

*
* *

NUESTRA CABELLERA.—Cuando se mira al microscopio, dice el Dr. Romme en *La Revue*, de París, un fragmento de piel, se observa que está cuajada de agujeritos, unos libres y otros de los que sale un pelo más ó menos fino: los primeros están

(1) Nos limitamos á extractar las opiniones del autor, sin hacernos por eso solidarios de sus afirmaciones. ¿Por qué no admitir que los peces no oyen como nosotros por la sencilla razón de que no necesitan oír como nosotros? ¿Por qué no admitir que quizá tengan otro modo de audición, propio del medio acuático, de que nosotros ni siquiera tenemos idea, porque nuestro oído está hecho para la percepción del sonido por transmisión aérea y no acuática? En todo caso, bueno es advertir que las conclusiones del autor están reñidas con los experimentos hechos por el sabio doctor Ribera, de Valencia.

constituídos por los orificios de las glándulas sudoríparas ó productoras del sudor; los segundos corresponden á los orificios de las glándulas pilosebáceas, cuya función y destino es formar pelos y cabellos.

Si después de haber arrancado un pelo pudiésemos penetrar en el canal abierto, pasaríamos á una especie de pozo que se hunde oblicuamente en la piel, y en el fondo observaríamos una saliente, una papila con sus nervios y sus vasos, cubierta de varias filas de células epidérmicas, producto de la papila que las ha formado, segregándolas como una glándula. Con estas células, laminadas é imbricadas de cierto modo, es como la papila ha empezado por fabricar el pelo ó el cabello; fabricándolo y renovándolo constantemente, lo alarga y lo hace subir por el pozo que hemos visto en la superficie de la piel, donde, si se le corta ó se arranca, reaparece de nuevo por el incesante trabajo de la laboriosa papila. Todos los pelos, cabellos, barba, cejas, vello, etc., se forman de este modo.

Puede suceder que una papila pilosa que fabricaba cabellos se ponga á fabricar, en un momento dado, pelillos locos. Así sucede á consecuencia de envenenamientos y de ciertas enfermedades infecciosas. El veneno ha penetrado hasta el fondo de los pozos foliculares, hiriendo de muerte á las papilas, que cesan en su trabajo ó que no pueden producir más que un pelillo débil, sin raíces, que al menor esfuerzo se arranca. En la calvicie temprana sucede lo mismo. Por diversas causas la papila pilosa enferma, y en lugar de un cabello produce un aborto, un pelillo loco, y así vemos en los cráneos lisos y relucientes como bolas de billar, que casi cada cabello ausente se halla representado por un pelillo que se distingue muy bien... con microscopio.

¿Qué se necesita para transformar esos pelillos locos en verdaderos cabellos, haciendo así reaparecer la antigua cabellera? Reanimar las papilas desfallecidas, devolviéndoles la fuerza y el vigor que les faltan. Y no es ciertamente la tintura capilar del charlatán la que ha de darnos este resultado, por-

que las sustancias innombrables que contiene no irán seguramente á buscar la papila en el fondo de su pozo folicular, no pudiéndose desgraciadamente decir cosa mejor de las lociones que prescriben los médicos. Teniendo alcohol, azufre y pilocarpina, están destinadas á obrar *indirectamente* sobre la papila pilosa, excitando el cuero cabelludo y haciendo más activa su circulación, pero sin conseguir el resultado apetecido.

En este mismo orden de ideas, se ha preconizado últimamente, para contener la calvicie iniciada, el empleo metódico del masaje, para desembarazar la piel de restos epidérmicos y de manchas, activando la circulación sanguínea. Pero lociones y masajes fracasan generalmente. En las calvicies procedentes de enfermedades infecciosas, los cabellos reaparecen naturalmente sin necesidad de tratamiento especial. En la calvicie vulgar, hágase lo que se quiera, las papilas se empeñan en elaborar únicamente vello invisible, hasta el punto de que el doctor Sabouraud no vacila en afirmar que «no sabemos curar la calvicie ni devolver sus pelos á los calvos».

Y no es que no se hayan estudiado las causas de la calvicie: se ha acusado al abuso de los placeres y del trabajo intelectual, á la vida sedentaria y á la vida disipada, á la costumbre de dejarse el pelo corto y de llevarlo largo, al uso de sombreros ó gorras pesadas é impermeables, al abuso de la alimentación carnosa, al alcoholismo y á los microbios. Lo que se sabe mejor es que la calvicie es patrimonio de los artríticos. Ahora bien: según las ideas hoy dominantes, el artritismo es un modo de ser y de reaccionar los tejidos turbados en su nutrición. Esta turbación puede manifestarse por jaquecas, por un eczema, por reumatismos ó accesos de gota, por la calvicie ó por toda la escala de estas miserias. Aplicando un régimen apropiado al tratamiento del artritismo, pueden hacerse desaparecer algunas de estas manifestaciones.

La calvicie es rara en la mujer. Esta, en cambio, se queja del vello que á veces oscurece su labio ó turba la limpieza de su barba. Como á toda costa quiere hacerlo desaparecer, em-

pieza por arrancarlo; y como renace cada vez más vigoroso, pretende suprimirlo con pastas depilatorias cuyos pomposos anuncios lee en los periódicos. La pomada se funde tan aprisa como los duros de la bigotuda ilusionada; pero el vello persiste, y hasta aumenta, pues el unto mágico ha provocado una dermatitis ó inflamación de la piel.

No hay, no había para esto más que un remedio eficaz, tan doloroso como caro: arrancar uno por uno todos los pelos y quemar una por una, por electrolisis, todas las papilas. El doctor Gallois ha indicado, sin embargo, un remedio sencillísimo: se empapa un poco de algodón en agua oxigenada y se aplica sobre la región que se quiere depilar, dejándolo unos minutos en contacto con la piel; los pelos palidecen, se hacen imperceptibles, se rompen y desaparecen; claro es que vuelven á brotar, pero todo se reduce á la pequeña molestia de repetir esta operación diariamente. ¿No se sabe que hay que sufrir para ser bella?

Entre las sustancias que se emplean para teñir los cabellos, las únicas que no contienen materias tóxicas son el agua oxigenada, que da el tinte veneciano, y el *henné*, que da el rojo caoba. Todas las demás contienen venenos: azufre, antimonio, nitrato de plomo, arsénico, acetato de cobre, ácido nítrico, sulfúrico, sulfhídrico, etc. Su aplicación da lugar á graves daños, que á todo trance deben evitarse; aunque lo que no pudieron conseguir los filósofos de la antigüedad ni los Santos Padres, menos lo conseguirán los higienistas modernos.

IMPRESIONES Y NOTAS

LEÓN TOLSTOI Y LOS CLERICALES RUSOS.—En Jalta, en Crimea, existe una vieja millonaria, propietaria de una quinta y reaccionaria empedernida. Su portero ó *dvornick* alquiló un día una habitación á un alemán. La dama patriota, habiéndolo sabido, obligó al extranjero á desalojar inmediatamente,

diciendo que, á causa del maldito Bismark, no podía sufrir á los alemanes. En otra ocasión el portero alquiló un cuarto á un judío, y sucedió lo mismo, sólo que entonces la propietaria no se contentó con expulsar al inquilino, sino que pidió al clero que purificase las habitaciones *manchadas*.

En la quinta vivía una elevada dama emparentada con Tolstoi. Éste, que hace dos años vivía en Haspra, iba á caballo á Jalta para sus asuntos, y, como era natural, visitaba á su pariente. En una de estas excursiones se puso malo, y la señora le invitó á quedarse en su casa, le obligó á acostarse y envió á buscar un médico. El portero, con tal motivo, informó á la propietaria de la estancia de Tolstoi en la quinta.

—¡Cómo!—exclamó la dama fuera de sí.—¡El bribón! ¡El impío! ¡El excomulgado! ¡En mi casa! ¡Que se vaya inmediatamente!

Y mandó al portero con un recado para su inquilina, ordenándola que despidiese en el acto al excomulgado. La inquilina no hizo caso. ¿Qué hacer? La propietaria acudió á la policía, declarando que declinaba toda responsabilidad y reclamando su auxilio para expulsar al impío. La escucharon sonriendo y la aconsejaron calma.

Exasperada la buena señora, fué al telégrafo y disparó apremiantes despachos á Kieff, á Moscú y á San Petersburgo, anunciando que el excomulgado se había instalado en su casa, donde quizá le ocurriera morir, y quedaría así contaminada la casa de una verdadera cristiana. Como esperar la llegada de las respuestas hubiera sido demasiado pesado, la señora tuvo una ocurrencia endiablada: llamó al portero y le encargó que buscara un organillo ó una murga; media hora después tres músicos ambulantes se hallaban debajo de las ventanas del enfermo tocando á más y mejor sus organillos chillones; pero sin resultado ninguno, pues en el cuarto no se notó movimiento de ninguna clase.

¿Qué hacer en trance tal?—¡Ivan! Llama á Karp, y todos subid al desván y meted todo el ruido que podáis.

Los criados subieron, y no hay que decir el estruendo que armarían, con gran satisfacción de la señora y no escasa tribulación de los inquilinos.

La revista de donde tomamos este relato no dice si Tolstoi se fué ó se quedó; aunque de presumir es que, ante terquedad tan manifiesta, aprovecharía el primer momento de alivio para escapar de aquella casa tan intransigente.

*
* *

LA SUPERVIVENCIA DE LA PERSONALIDAD.—Federico Myers, crítico y poeta inglés, autor de un notable trabajo sobre la telepatía ó comunicación á distancia de las almas vivientes, titulado *Los fantasmas de los vivos*, venía trabajando en otra obra magna sobre los fantasmas de los muertos, cuando le sorprendió la muerte, habiéndose publicado ahora como obra póstuma una parte del trabajo en cuestión, en la que se esfuerza por crear una teoría científica sobre la vida de ultratumba.

La personalidad humana para Myers no es un principio simple y homogéneo, como creían los espiritualistas, ni tampoco una mezcla de elementos diversos, como pretenden los modernos empiristas; es un principio único, el yo consciente, que Myers llama *supraliminal*, bajo el cual se halla otro principio inconsciente, el *subliminal*. Este es el que de cuando en cuando proyecta sus rayos en nuestra vida consciente, y á veces hasta se sustituye al yo consciente, como en el caso de la desintegración de la personalidad. Puede decirse, con Nemi, que tenemos dos vidas según esto: una consciente, sujeta á las condiciones del cuerpo y adaptada á las condiciones de la existencia terrestre, y otra inconsciente, emancipada de los lazos corpóreos, sumergida con todas sus raíces en una realidad superior; el sueño tiene precisamente por objeto mantener y renovar el contacto entre las dos vidas, permitiendo sacar del profundo subliminal la suma de energía necesaria para la vida consciente.

El hipnotismo sería así un llamamiento directo á ese yo subterráneo. Este yo puede ponerse en todo instante en relación con otros, vivos ó muertos, lejanos en el espacio y en el tiempo, y hasta puede dejarse sustituir por otro *yo*, que se impone á la vida consciente como en los fenómenos de obsesión, y así se explicarían el demonio de Sócrates, las voces de Juana de Arco y la escritura medianímica. La masa enorme de hechos recogidos por Myers, contrastados y certificados por muchísimas personas, creyentes, escépticos, sabios y curiosos, hacen dudar á los más recalcitrantes. Evidentemente en esta materia nos encontramos frente á un enigma, debiendo confiar, con Wyzewa, en que la ciencia acabará por vencer la resistencia que oponen estos hechos á ser clasificados de otro modo que como milagros.

*
* *

HERBERT SPENCER Y EL JAPÓN.—Herbert Spencer es, de los pensadores europeos, el que mayor influencia ha ejercido en el Japón, no sólo por la difusión de sus obras, sino por la acción directa de sus opiniones y de sus consejos, más de una vez reclamados por los más altos personajes de aquel país.

Contestando á las insistentes instancias del barón Kaneko, declaró que «la política japonesa debe consistir en mantenerse alejada de los americanos y de los europeos. En presencia de razas más poderosas, decía, vuestra posición es un peligro crónico, y necesitáis de todas las precauciones para que los extranjeros penetren lo menos posible en vuestra casa. Si queréis saber lo que probablemente os ocurrirá, estudiad la historia de la India; si queréis evitar tales resultados, manteneos en el aislamiento, limitando todo lo posible vuestras relaciones.

En cuanto á la cuestión del matrimonio entre japoneses y extranjeros, no hay que discutirla siquiera: tales matrimonios deben estar absolutamente prohibidos; no es una cuestión de

filosofía social, es cuestión de teología: pruebas abundantes, suministradas por los intermatrimonios de las razas y por los cruzamientos de animales, demuestran que el resultado es inevitablemente malo.

Sorprenden estos consejos en el sabio sociólogo; pero ninguno de los argumentos que le opusieron pudo quebrantar sus convicciones. «Doy estas opiniones, decía, con toda confianza». Sabía, sin embargo, que habían de causar cierta sorpresa, porque la carta en que las consignaba terminaba de este modo: «Quiero que nada de esto transpire al público, por lo menos durante mi vida, pues no deseo suscitar la animosidad de mis compatriotas».

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Preliminares de una teoría de la educación intelectual, por D. Gerardo Rodríguez García.—Santiago, 1903. Precio, 5 pesetas.

Los estudios de carácter pedagógico no puede decirse que están aquí demasiado florecientes. Aparte los meritísimos esfuerzos de aquellos que han procurado encauzar la opinión hacia la pedagogía, haciendo interesantes cuestiones antes abandonadas, y demostrado la importancia que los problemas de la educación tienen para la tan cacareada *regeneración nacional*; aparte estos esfuerzos, repito, en general puede afirmarse que la literatura existente sobre este particular es escasa y no siempre está bien orientada.

La obra del Sr. Rodríguez, aunque careciese de mérito real en cierto sentido, puede tenerlo grande, por cuanto contribuye á su modo á llenar ese inmenso vacío de la cultura nacional.

Creo que todo cuanto se haga es poco, y todo grano de arena aportado á este fin tiene su respectivo valor.

No es la primera obra que de carácter educativo ha escrito el Sr. Rodríguez. *Monografías de ciencias pedagógicas* se titula otra que apareció en el año 1896. La *Teoría de la educación intelectual*, aunque no lo lleva en el título, puede afirmarse desde luego que también constituye una verdadera monografía. Porque si con esto significamos un estudio concreto y determinado, cuanto más específico sea éste, tanto más lo es monográfico; de aquí que nos parezca que la obra del Sr. Rodrí-

guez constituye una monografía sobre la educación intelectual.

Ante todo, debemos advertir que en ella se encuentra aplicada la doctrina de la evolución, viéndose acaso más claramente que en otros órdenes de la vida este principio. «Educar es, según el Sr. Rodríguez, influir intencionalmente en la evolución que, por diferenciaciones é integraciones sucesivas, se verifica en el hombre, desde que nace hasta que alcanza la plenitud del desarrollo correspondiente al estado actual de la especie humana, según lo permitan la constitución y circunstancias particulares de cada individuo»; y la misión del educador se reduce ante todo á ser «un espectador inteligente de la evolución intelectual, apto para verla y comprenderla».

Otros muchos pasajes podíamos citar, en los que se muestra terminantemente lo que antes dijimos; pero basta lo indicado para comprenderlo.

En armonía con lo dicho en el curso de la obra, el Sr. Rodríguez expone la educación de la percepción, atención y asociación intelectuales, extendiéndose en consideraciones sobre la doctrina del razonamiento y períodos superiores del desarrollo intelectual. Siempre se tiene presente el grado del desarrollo en que se encuentran las facultades mentales del niño, y se procura que éste se halle familiarizado con el medio que le circunda, para que de este modo «no se sienta desconcertado é inerme ante la realidad».

La labor de la educación intelectual debe encaminarse especialmente á procurar que el niño adquiriera imágenes de la naturaleza, mediante una amplia comunicación con la realidad, no á que se asimile las doctrinas de un libro y que llegue así á creer que «la ciencia es un libro ó una biblioteca» y que «la verdad está en la estructura de una frase».

«La educación, dice en otro lugar, tiene que redimir las funciones intelectuales de la esclavitud de la letra.»

En esto reconocemos la razón del Sr. Rodríguez. Esa educación memorista no conseguirá jamás que los hechos natura-

les tengan su explicación razonada en la inteligencia. La realidad pasa á través de ella sin que logre impresionarla. Las ideas abstractas y los términos metafísicos siempre le serán extraños.

JOSÉ MARÍA SEMPERE

Oviedo, Enero 1904.

*
* *

Psicología experimental, por H. HÖFFDING, traducida de la tercera edición alemana por Edmundo González-Blanco. Un tomo de la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia*.

El profesor danés Höffding ha llegado á ser en estos últimos tiempos uno de los psicólogos más celebrados y seguramente también más estudiados de Europa. Sabido es que sus libros forman una escogida y bien encadenada serie; ha escrito sobre ética, sobre ciencia de las religiones y sobre historia de la filosofía moderna; no conozco estas últimas obras, pero con la *Psicología experimental* basta para formar juicio sobre su originalidad é ingenio.

Nuestro autor, que está dotado de una de las cualidades que más dignifican al hombre y hacen más amable el talento, la modestia, trata en su hermoso libro, de manera clara é irrecusable, de las cuestiones psicológicas, tan palpitantes en el extranjero, y de las que se han ocupado muy pocos en España. Señala, con gran copia de conocimientos, la importancia que para el filósofo tiene todo lo que contribuye á fomentar el estudio del *yo* (base indispensable del perfecto conocimiento del universo), y datos abundantes suministran á este fin los adelantos de la Fisiología y la constancia con que hoy se estudian los fenómenos del sistema nervioso.

El punto de vista de Höffding resulta claramente de la habilidad con que procura armonizar los métodos de introspección y de observación en el terreno de la ciencia del alma. Ni

materialista ni espiritualista, su criterio podrá quizá parecer demasiado vago á los que sólo buscan en el filósofo soluciones completas. Estas soluciones no las da Höffding en su obra. Pero ni se muestra, como otros, adversario fanático del espiritualismo tradicional, ni trata de ocultar hipócritamente la contradicción intrínseca entre el materialismo moderno y las perspectivas verdaderamente científicas.

Estas perspectivas tienen su raíz en el estudio filosófico. Höffding plantea esta cuestión: ¿Cómo surge la ciencia del alma en el orden de los conocimientos humanos? Y responde: No de la experiencia ni del ejercicio de los sentidos, que únicamente nos hacen percibir movimientos y relaciones en el espacio, sino del fondo mismo de nuestro sér, perceptible tan sólo bajo la forma de tiempo. Y de este postulado, tan fundamental como abrumador contra las superficialidades materialistas, parte el examen que hace del objeto y método de la psicología, de la unión del espíritu y el cuerpo, de la conexión entre lo consciente y lo inconsciente y de la división de los elementos psíquicos, así como su profundo análisis del conocimiento, del sentimiento y de la voluntad.

Preciosos materiales aporta Höffding para cada uno de estos difíciles problemas. Y comparando é interpretando esos datos y su verdadera significación, nos lleva á contemplar á placer el brillante orden de verdades que sintetizan en él, con la más noble independencia y la más personal novedad, los resultados de la *psico-física* y de la *psico-matemática*, de la ley de Fechner y del laboratorio de Wundt. En su precioso tratado se adivina en seguida la tendencia que domina en la manera de considerar el espíritu en la actualidad. El velo que ocultó tanto tiempo una parte del espíritu ha sido descorrido; la conciencia no es un antro oscuro, como hasta hace poco muchos pensaban, creyendo poder iluminarle de un modo exterior y artificial, sino un espejo que por un lado se une con la materia y por otro lado con la unidad ideal del mundo; espejo en que se refleja más el objeto que el sujeto mismo.

Tal es la solución última del estudio positivo del alma, y la que Höffding ha adoptado en su trabajo sin restricción alguna. Es muy de alabar que nuestro escritor haya mostrado tanto interés en ocuparse en los problemas psicológicos de una manera propiamente científica, lo que sugiere al lector de su obra la idea de que su título no está en contradicción con la rama del saber que en ella se desenvuelve. Cien años atrás se llamaba ya esta rama en Inglaterra *psicología experimental*; hoy, en Alemania, lleva el nombre de *psicología fisiológica*, y en Francia y los demás países toma nombres varios, según las esferas donde ha establecido su trono.

*
* *

Los frailes de Filipinas. Datos y apuntes inéditos sacados de los documentos de NICOLÁS DÍAZ PÉREZ, y publicados por VIRIATO DÍAZ PÉREZ. Madrid, 1904.

La cuestión del patriotismo de Nozaleda está, á pesar de la opinión general, muy confusa y muy poco explicada. Los rotativos, que han sacado esa cuestión á la publicidad, se han distinguido por cierto aire de triunfo muy poco en armonía con la absoluta falta de datos. El autor de *Los frailes de Filipinas* ha querido llenar este vacío importante; pero si la información común de los periódicos no ha podido presentar un cargo histórico ó concreto contra el ex-arzobispo de Manila, la erudición barata del Sr. Díaz Pérez ha sido aún más desdichada en sus tentativas á este respecto. No. Para lanzar una acusación—esto debió comprenderlo el Sr. Díaz Pérez,—para lanzar una acusación, lo primero que se necesita son hechos. *Facta, non verba.*

Y he aquí por qué yo aconsejo á los que se hayan interesado por el asunto Nozaleda, la lectura detenida del único documento algo extenso que sobre ese asunto se ha redactado, no ya en las hojas fugaces de periódico, sino en las del libro,

que tienen la garantía de mayor perseverancia. Sí; preciso es hojearlas, si se quiere pasar del estado de ciega preocupación al estado de opinión ilustrada sobre la más reciente y delicada cuestión que ha podido preocupar á todo español recto y de buena fe. Porque seguro estoy de que el lector, al pasar su vista por la galería de miserables, de frailes antiespañoles, de políticas de sangre de que el Sr. Díaz Pérez nos habla, fundándose en vulgaridades mil veces refutadas, se sentirá impelido á exclamar: ¡Cuán perdida y desahuciada debe estar una causa en favor de la cual no es posible esgrimir otras armas que esas!

ANTONIO MORILLO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La princesa Tarakanoff</i> (novela), por Gregorio Danilewsky	5
<i>Una fiebre tifoidea</i> , por Antón Tchekhov	34
<i>Las ilusiones sobre el problema social</i> , por Edmundo González-Blanco	40
<i>El magisterio de la Prensa en España</i> , por Juan Pérez de Guzmán.	63
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray	81
<i>Intelectualidad y espiritualidad</i> , por Miguel de Unamuno	98
<i>Relaciones hispanoamericanas</i> , por Jerónimo Becker	113
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus	140
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero	157
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo	167
<i>Notas bibliográficas</i> , por José María Sempere y Antonio Morillo . . .	198

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,
número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renan.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.^a parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

Gumpowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Krüger. — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti. — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
Manduca. — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
Meyer. — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
Miraglia. — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
Mommsen. — Derecho público romano, 12 pesetas.
Neumann. — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Posada. — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
Ricci. — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
Savigny. — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
Sighele. — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
Sohm. — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
Spencer. — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. —

De las leyes en general, 8 pesetas.
 — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Stahl. — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Sumner-Maine. — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino. — Derecho mercantil, 12 pesetas.
Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
Todd. — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
Varios autores. — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
Idem. — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine. — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
Buylla, Neumann, Kleinwhac-

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.